

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL OCHO DE ESPADAS

POR
J. DICKSON CARR



Lectulandia

Mr. Septimus Depping es encontrado muerto en su casa de campo en Gloucestershire, de un tiro efectuado con su propia arma y sosteniendo una carta de la baraja de Tarot, el ocho de espadas, que significa «la justicia que condena». Entre los presentes se encuentran, un obispo anglicano que es un experto en criminología, y ve a criminales buscados en todos los lugares; Henry Morgan, un escritor de novelas de misterio. Mr. Depping resulta haber sido un criminal procedente de Estados Unidos, y Gideon Fell, debe penetrar en los secretos de sus antiguos socios estadounidenses, así como en su actual vida británica de jubilado con el fin de descubrir al asesino.

Lectulandia

John Dickson Carr

El ocho de espadas

Gideon Fell - 3

El séptimo círculo - 52

ePub r1.0

Titivillus 11.12.15

Título original: *The eight of Swords*
John Dickson Carr, 1934
Traducción: Susana Uriburu
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**

CAPÍTULO I

El inspector jefe Hadley estaba casi alegre cuando llegó aquella mañana a su oficina. Por lo pronto, la ola de calor infernal de agosto se había cortado la noche anterior. Después de dos semanas en que el cielo parecía de cobre y las calles reverberaban trémulamente ante los ojos, la lluvia había caído como un diluvio. En la casa de East Croydon Hadley había estado enfrascado en la redacción de sus memorias —labor penosa, por cierto—, sofocado y rabioso, pensando que algunas de ellas debían sonar a fanfarronada. La lluvia le devolvió su ecuanimidad, y también su noción de los valores. Pudo reflexionar que la nueva reforma de la policía no le afectaría en lo más mínimo: dentro de un mes se retiraría definitivamente. En sentido figurado, podría quitarse el cuello postizo (sólo en sentido figurado, pues no era de la clase de hombres que se quitan el cuello en público, y además la señora de Hadley tenía ambiciones sociales). Por último, dentro de un mes más, su manuscrito estaría en manos de Standish y Burke.

De modo que la lluvia lo apaciguó, mientras por la fuerza de sus metódicas costumbres observaba que había empezado a las veintitrés, y se fue a dormir más sereno. Aunque a la mañana siguiente hizo calor, no era un calor excesivo, y Hadley llegó a Scotland Yard por lo menos en el estado de ánimo amplio del inglés que consiente en dar una leal oportunidad al prójimo, siempre que éste no abuse.

Cuándo vio lo que había sobre su escritorio, la sorpresa le hizo lanzar un juramento, y luego, al al hablar por teléfono con el comisario ayudante, se acaloró aún más.

—Sé que no es tarea para Scotland Yard, Hadley —dijo dicho funcionario—. Pero esperaba que usted pudiese sugerir alguna cosa; yo mismo no sé qué pensar del asunto. Standish ha recurrido a mí...

—Pero yo quisiera saber, señor —replicó el inspector jefe—, cuál es el asunto, en realidad. Sobre mi escritorio hay algunas notas que se refieren a un obispo y a un *poltergeist*, sea lo que fuere el término...

Se oyó un gruñido desde el otro extremo del teléfono.

—Yo mismo no estoy muy enterado —admitió el comisario ayudante—. Excepto que se relaciona con el obispo de Mappleham, personaje muy importante, según tengo entendido. Ha estado pasando unas vacaciones en la casa de Standish, en el condado de Gloucester; trabajó demasiado, al parecer, en una campaña muy enérgica contra el crimen, o algo por el estilo...

—¿Qué más, señor?

—Bueno, el caso es que Standish ha concebido serias dudas sobre él. Dice que sorprendió al obispo deslizándose escaleras abajo por el pasamanos.

—¿Deslizándose escaleras abajo por el pasamanos?

El inspector escuchó una risita ahogada. El otro dijo pensativamente:

—Me gustaría haber presenciado la hazaña. Standish está firmemente convencido

de que..., ¡hum!, ha perdido el juicio, por decirlo así. El suceso ocurrió justamente el día después de la demostración del *poltergeist*...

—¿Le importaría relatarme los hechos desde el principio, señor? —sugirió Hadley secándose la frente y echando una mirada vengativa al teléfono—. Difícilmente nos puede concernir el que un clérigo se vuelva loco en el condado de Gloucester y baje las escaleras por la baranda.

—Dejaré al obispo que se lo explique personalmente. Vendrá hoy por la mañana a entrevistarse con usted, así que ya sabé... En resumen, lo que yo he comprendido es lo siguiente: en La Granja, que es la casa de campo de Standish, existe una habitación donde se supone que aparece de vez en cuando un *poltergeist*. *Poltergeist*: vocablo alemán que significa «espíritu travieso»; eso lo encontré en la enciclopedia. Es el tipo de duende que rompe porcelana, hace bailar las sillas y cosas por el estilo. ¿Me entiende?

—¡Por Dios! —dijo Hadley—. Sí, señor.

—Hace muchos años que el *poltergeist* no se mostraba activo. Bueno, anteanoche el reverendo Primley, vicario de una parroquia cercana del lugar, había cenado en La Granja...

—¿Otro clérigo? Sí, señor. Continúe.

—... y perdió el último ómnibus a su casa. Era la noche de salida del chofer de Standish, de modo que hospedaron al vicario en La Granja. El *poltergeist* estaba completamente olvidado. Lo alojaron accidentalmente en la habitación del duende, y entonces, alrededor de la una de la mañana, el fantasma entró en actividad. Arrojó al suelo un par, de cuadros de la pared, hizo bailar el atizador y no sé cuantas cosas más. Por último, cuando el vicario estaba rezando por su vida, un frasco de tinta vino volando desde la mesa y le pegó en el ojo, con lo cual el vicario dio un alarido que alarmó a toda la casa. Standish entró corriendo con un revólver y los demás detrás de él. La tinta era roja, de modo que al principio creyeron que se había cometido un asesinato. Luego, en el momento culminante del desorden, miraron hacia afuera por la ventana, y allí lo vieron, de pie sobre el techo y en camisa dé dormir...

—¿Vieron a *quién*?

—Al obispo. En camisa de dormir —explicó él comisario ayudante—. Lo pudieron ver a la luz de la luna.

—Sí, señor —dijo Hadley obedientemente—. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Pues dijo que había visto a un delincuente en el macizo de granios.

Hadley se echó hacia atrás en el asiento y estudió el teléfono con interés. El honorable Jorge Bellchester no era precisamente la persona que él hubiera elegido para comisario ayudante de la policía metropolitana; se trataba de un funcionario capaz, pero tomaba sus deberes con cierta ligereza y sobre todo poseía una forma excesivamente confusa de relatar los hechos. Hadley se aclaró la garganta y esperó.

—¿Por casualidad no estará gastándome una broma, señor? —preguntó.

—¿Eli? ¡Por Dios, no! Escuche. Quizá debí prevenirle antes que el obispo de

Mappleham sostiene haber llevado a cabo un estudio a fondo de crímenes y criminales, aunque no puedo decir que me haya encontrado con él durante el curso de sus investigaciones. Creo que ha escrito un libro sobre ellas. Sea como fuere, el obispo juró haber visto a ese hombre caminando por los macizos de geranios. Dijo que el sujeto sé dirigía colina abajo en dirección a la Casa de Huéspedes, que está ocupada por un viejo zorro estudioso llamado Depping...

—¿Cuál hombre?

—El delincuente, pues. No he oído mencionar su nombre, pero el obispo dice que es un criminal muy conocido. Un ruido, que posiblemente era la baraúnda en la habitación del *poltergeist*, despertó al obispo, según cuenta. Se acercó a la ventana y allí estaba el hombre sobre el césped. Cuando volvió la cabeza, dice que pudo distinguir sus facciones con toda claridad a la luz de la luna. Su reverencia trepó desde la ventana al techo...

—¿Por qué?

—No lo sé. Dé cualquier modo, lo hizo. El delincuente escapó. Pero el obispo está convencido de que un criminal peligroso ronda La Granja, con fines siniestros. Su reverencia parece ser una persona más bien formidable, Hadley. Insistió en que Standish me hablara por teléfono para que tomáramos cartas en el asunto. Standish, por otra parte, está convencido de que el obispo ha perdido el juicio. Especialmente, ya le digo, cuando lo vio atacar a una de las criadas...

—¿Qué? —gritó Hadley.

—Es un hecho, Standish mismo lo vio, como así el mayordomo y el hijo de Standish.

Bellchester parecía saborear con fruición la historia. Era una de esas personas capaces de charlar cómodamente y por largo rato a través del teléfono, arrellanado en su asiento. Hadley no era así. Gustaba de hablar cara a cara y las conversaciones prolongadas por teléfono le ponían nervioso. Pero el comisario ayudante, sin señales de terminar, prosiguió:

—La cosa pasó en esta forma: Parece que este viejo erudito, Depping (el que ocupa la Casa de Huéspedes), tiene una hija, o sobrina, o algo así, que vive en Francia. Y Standish tiene un hijo. Resultado: matrimonio. El joven Standish acababa de volver de una rápida visita a París, donde él y la muchacha habían decidido el noviazgo. De modo que se hallaba en la biblioteca, comunicando a su padre; la noticia, pidiendo su bendición y todo el resto. El joven pintaba un cuadro elocuente del obispo de Mappleham uniéndolos ante el altar en sagrado matrimonio, con azahares y demás, cuando oyeron unos gritos salvajes que partían del vestíbulo. Corrieron, y allí estaba el obispo, con sombrero de copa y polainas, agarrando a través de una mesa a una de las criadas...

Hadley emitió una protesta inarticulada, pues además de ser un hombre de familia, pensó que alguien podía estar escuchando la conversación.

—¡Oh! No es para tanto —ríe aseguró Bellchester—, aunque el asunto es bastante

misterioso. Parece que el obispo agarró a la muchacha por detrás de la cabeza, como tratando de arrancarle el cabello, mientras profería amenazas nada episcopales. Eso es todo lo que Standish me contó, y con mucha, agitación. A mi juicio, el obispo creyó que la pobre criada usaba peluca. De todos modos, le hizo, prometer a Standish que me hablaría por teléfono para concertar una entrevista.

—¿Vendrá aquí, señor?

—Sí. Hágame un favor, Hadley, y recíbalo. Probablemente eso pacificará a su reverencia. Deseo complacer a Standish y nunca hace daño estar de parte del clero. De paso, ¿sabe que Standish es el socio comanditario de la firma editora que va a publicar sus memorias?

Hadley tamborileó, pensativamente sobre él teléfono.

—¡Hum! —dijo—. No, no lo sabía. Burke es el único que he conocido. Si...

—¡Magnífico! —le contestó Bellchester con aprobación—. Usted recibe al obispo, entonces. Buena suerte.

El comisario ayudante cortó la comunicación. Hadley entrecruzó los dedos con aire paciente y sombrío. Murmuró: «*Poltergeist*» varias veces y se hizo la reflexión de que días muy tristes esperaban a la policía metropolitana si el inspector jefe del Departamento de Investigaciones Criminales debía escuchar los desvaríos de todos los obispos desequilibrados que se deslizaban escaleras abajo por el pasamano, atacaban a las criadas y arrojaban tinteros a los vicarios.

Pero poco a poco fue recobrando su buen humor. Una sonrisa burlona asomó bajo su recortado bigote gris y se puso a silbar mientras clasificaba su correspondencia matinal. Al mismo tiempo recordaba, tan sentimentalmente como lo permitía su manera de ser, sus treinta y cinco años en la policía, y toda la maldad y estupidez que había presenciado en esta pequeña habitación desprovista de comodidades, con sus paredes pintadas de color pardo y sus ventanas abiertas sobre el sosegado Embankment. Cada mañana...

—Entre —dijo, en respuesta a un golpe dado sobre la puerta.

Un agente de policía, evidentemente perturbado, tosió.

—Ha venido un caballero, señor —anunció más bien con el tono de quien efectúa una deducción—. Ha venido un caballero.

Y dejó una tarjeta de visita sobre el escritorio de Hadley.

—¡Hum! —dijo el inspector, que leía un informe—. ¿Qué es lo que desea?

—Creo que será mejor que usted lo vea, señor.

Hadley echó un vistazo a la tarjeta, que decía:

DOCTOR SEGISMUNDO VON HORNSWOGGLE

VIENA

—Creo que será mejor que usted lo reciba —insistió el otro—. Está provocando

un escándalo y trata de psicoanalizar a todo el que encuentra. El sargento Betts se ha escondido en la oficina de Registros y jura que no volverá a salir de ella hasta que alguien se lleve al caballero.

—Vea —exclamó Hadley, exasperado, volviéndose en su silla giratoria con un crujido—, ¿será posible que todo el mundo esté empeñado en fastidiarme esta mañana? ¿Qué diablos quiere decir con eso de «provocando un escándalo»? ¿Por qué no lo echa a la calle?

—Señor —respondió el otro—, el hecho es que, bueno, yo creo que lo conocemos algo. Además...

El agente de policía no era hombre pequeño, pero fue echado a un lado por alguien mucho más corpulento aún, un hombre que tendría con seguridad cinco veces su tamaño. El hueco de la puerta se hallaba totalmente ocupado por un personaje enormemente gordo, que llevaba una capa oscura y un resplandeciente sombrero de copa. Pero, lo que más impresionó al inspector jefe fue la negrura de sus patillas. El sujeto lucía, casi hasta la altura de los pómulos, el par de patillas más negras que Hadley había visto en su vida. Sus cejas eran también del mismo tipo y parecían ocupar la mitad de su frente. Los ojos, pequeños, brillaban detrás de unos lentes de los que pendía una ancha cinta negra. Su roja cara estaba radiante y se quitó el sombrero efectuando una gran reverencia.

—¡Buen día! —exclamó con espeso acento germánico, con una voz que parecía el lejano retumbar del trueno—. ¿Tengo el honor de hablar con el inspector jefe, *ja?* *Du bist dér hauptmann, mein herr, nicht wahr?* Ya, ya; bien.

Se acercó con paso balanceado, colocó una silla con gran exactitud y apoyó luego su bastón contra ella.

—¡Me sentaré ahora! —anunció—. Bien.

Tomó asiento en la silla, sonrió amablemente, cruzó las manos y preguntó:

—¿De qué tratan sus sueños?

En ese momento Hadley recobró el aliento.

—*Fell...* —dijo— Gideon Fell... En nombre del cielo —continuó Hadley, golpeando sobre el escritorio a cada palabra—. ¿Qué es lo que pretende al ponerse esa estrafalaria vestimenta, y al venir así a mi oficina? Yo creía que estaba en Estados Unidos. ¿Le vio alguien entrar aquí?

—¿Eh? Mi buen amigo —protestó el otro con tono ofendido—, seguramente usted se equivoca, *ja?* Yo soy el *Herr Docketor* Segismundo von Hornswoggle...

—Quíteselas —dijo Hadley con firmeza.

—¡Oh, bueno! —respondió el otro con voz resignada, suprimiendo su acento extranjero—. De modo que vio a través de mi disfraz, ¿no es así? El hombre de Nueva York me aseguró que yo dominaba el arte. Apostó una libra esterlina a que conseguía engañar a la policía. Vamos, ¿no me va a estrechar la mano, Hadley? Aquí estoy de vuelta, después de tres meses en Estados Unidos...

—Hay un lavabo al final del vestíbulo —dijo el inspector inexorablemente—.

Vaya y quítese esas patillas o lo hago encerrar bajo llave. ¿Quiere hacerme pasar por tonto en el último mes de mi cargo?

—¡Oh, está bien! —gruñó el doctor Fell.

A los pocos minutos reapareció, recobrada su antigua personalidad, con sus numerosas papadas, su bigote de bandolero y su revuelto cabello veteado de gris, que parecía un estropajo. La cara se le había enrojecido aún más después de haberla restregado para quitarle la goma. Con una sonrisa irónica apoyó las dos manos sobre su bastón y observó alegremente a Hadley por encima de sus lentes. Había recobrado su habitual sombrero de teja.

—Sin embargo —observó—, me envanezco de haber engañado a sus subordinados. Llegar a la perfección lleva tiempo, por supuesto. Y tengo mi diploma de la Escuela de Disfraz «Guillermo J. Pinkerton». Es lo que llaman un curso por correspondencia. ¡Je! ¡Je! ¡Je! Se envían cinco dólares, y uno recibe la primera lección, y así sucesivamente. ¡Je! ¡Je! ¡Je!

—Usted es Un viejo pecador sin remedio —dijo Hadley, más aplacado—, pero, de todos modos, estoy infernalmente contento de tenerlo de vuelta. ¿Lo pasó bien en Estados Unidos?

El doctor Fell suspiró con placer retrospectivo, mirando con ojos entornados a un rincón del cielo raso. Luego tomó una cartera que había depositado cerca de su asiento y sacó de ella un libro de recortes que abrió orgullosamente sobre el escritorio del inspector jefe.

—Debo advertirle, para explicar algunos de estos títulos —prosiguió—, que yo era conocido en los periódicos por el nombre de «Ged».

—¿Ged? —preguntó Hadley con aspecto de incompreensión.

—Es breve, enérgico y queda bien en un título —explicó el doctor Fell, con aire de hacer una cita—. Observe estos ejemplos.

Abrió el libro al azar. Un anuncio atrajo la atención de Hadley: «Ged es juez en un concurso de belleza en Long Beach». La fotografía que acompañaba tal anuncio mostraba al doctor Fell con capa, sombrero de teja y un brillo como, de manzana lustrada sobre la cara, descollando entre un grupo de cariñosas muchachas vestidas con casi imperceptibles trajes de baño. «Ged inaugura el nuevo Cuartel de Bomberos en Bronx. Se le nombra Bombero Honorario», proclamaba otro título. Este recorte estaba decorado con dos instantáneas.

Hadley se sentía horrorizado.

—¿Usted quiere convencerme de que de veras hizo todo esto? —preguntó.

—Por supuesto. Le dije que me había divertido mucho. ¿Por qué? ¿No le parece bien?

—¡Yo no lo habría hecho —dijo Hadley con vehemencia, y buscó una palabra que representase un verdadero aliciente— ni por mil libras esterlinas! Cierre el libro; no quiero leer nada más... ¿Cuáles son sus planes?

El doctor Fell frunció el entrecejo.

—No lo sé. Mi mujer no ha vuelto aún de casa de su familia, adonde fue de visita; recibí un telegrama esta mañana al atracar el barco. Yo no tengo nada decidida. Sin embargo, me encontré por casualidad, en Southampton, con un viejo amigo mío: el coronel Standish. Es socio de Standish y Burke, mis editores, aunque se trata sólo de un interés económico, pues Burke administra el negocio, en su nombre. ¿Eh? ¿Qué dijo?

—Nada —contestó Hadley, pero sus ojos brillaron.

La nariz del doctor emitió un fuerte resoplido.

—No sé qué es lo que le pasa a Standish, Hadley. Parece que había ido al barco para recibir al hijo de un amigo suyo, excelente muchacho, de paso, e hijo del obispo de Mappleham. Llegué a conocerlo bastante bien, antes de que lo encerraran a bordo...

—¿De que lo encerraran a bordo? —preguntó Hadley, echándose hacia atrás en su asiento—. ¡Bueno, bueno! ¿Cuál fue la causa? ¿Sé volvió loco él también?

Ante el recuerdo, una risa corrió por los rollos del chaleco del doctor Fell. Luego golpeó con su bastón el borde del escritorio de Hadley.

—Vamos, vamos, Hadley. ¿Qué quiere decir con eso de loco? Sólo se trataba de un par de..., ¡hum!, digamos, de cierto artículo de ropa interior de señora...

—Agredió a la dama, me imagino.

—Vea, Hadley, desearía que no me interrumpiese. No, ¡cielos!, no. Se los robó del camarote. Luego él con algunos valientes compañeros los izaron al mástil en lugar de la bandera. No se descubrió lo sucedido hasta la mañana siguiente, cuando un vapor que pasaba envió un mensaje radiotelegráfico de felicitación al capitán. Entonces se armó una gresca, Entre paréntesis, el muchacho es una maravilla con sus puños. Puso fuera de combate al primer oficial y a dos camareros antes de que lo sometieran, y...

—Me basta —dijo él inspector jefe—. ¿Qué estaba diciendo a propósito de Standish?

—Pues que parece estar preocupado por algo. Me invitó a pasar el fin de semana en su casa en Gloucester y dijo tener una historia para contarme. Pero lo más extraño del caso fue su modo de tratar al joven Donovan: el hijo del obispo. Le estrechó su mano, mirándolo con tristeza, como si le tuviese compasión o lástima, y le aconsejó que no se desanimara... A propósito, los dos me esperan abajo, en el automóvil de Standish. ¿Eh? ¿Qué es lo que le pasa ahora?

—¡Oiga!... —dijo Hadley.

CAPÍTULO II

En la pequeña y corta calle Derby, que va desde Whitehall hasta, Scotland Yard, el señor Hugo Answell, Donovan, sentado en el asiento anterior del coche, tragó subrepticamente otra aspirina. La ausencia de agua le produjo náuseas y le hizo gustar todo el sabor desagradable de la píldora. Bajó su sombrero sobre los ojos, se estremeció y miró con pesimismo a través del vidrio.

La depresión de Donovan no se debía únicamente a su estado físico, por más que éste era bastante malo. Su fiesta de despedida, en Nueva York, se había convertido en un prolongado torneo de bebida que no se interrumpió sino cuando le pusieron preso a bordo, estando el *Aquatic* a dos días de Southampton. Ahora se sentía algo mejor: la comida no se volvía verde ante sus ojos y su estómago ya no se encogía como telescopio frente a ella. Su mano comenzaba a recobrar estabilidad y la conciencia no le remordía tanto como antes. Pero algo peor iba a estropearle el placer de volver a Londres después de un año de ausencia.

Sólo podía contar con su buen humor, reflexionó, y decidió que era el momento de emplearlo.

Donovan; joven amable de rostro moreno y fácil trato, que había sido uno de los mejores boxeadores de peso mediano de la Universidad de Dublín, miró al tablero de instrumentos y ensayó una carcajada, pero sólo produjo un murmullo, al recordar que aún no se había encontrado con su padre.

Desde ciertos puntos de vista, pensó, su padre, a pesar de ser obispo, era una excelente persona, si bien chapada a la antigua. Creía, dentro de límites razonables, que un joven debía cometer dos o tres tonterías al correr su mocedad. Pero el caso era que Donovan había traicionado la afición predominante de su padre, y sentía escalofríos al pensar en las consecuencias.

Si se le había concedido un año de vacaciones, había sido con una sola condición: la promesa de estudiar criminología. En aquel momento la idea le pareció una inspiración.

—Papá —había dicho con franqueza y sinceridad—, quiero ser detective.

Y el formidable anciano había sonreído amable; mente. Su hijo recordaba ahora la escena con nostalgia. Durante su estancia en Estados Unidos, al mirar fotografías, había reflexionado muchas veces sobre el extraordinario parecido de su padre con el difunto Guillermo Jennings Bryan^[1]. La gente que había conocido personalmente a los dos afirmaba que el parecido era aún más acusado que en las fotografías.

Donovan tragó automáticamente otra aspirina.

Si el obispo poseía alguna debilidad, era su pasión por la criminología. El mundo había perdido un gran especialista en esa materia cuando Hugo Donovan, padre, tomó las sagradas vestiduras. Su erudición era enorme: podría relatar los detalles de cualquier atrocidad cometida dentro de los últimos cien años; conocía los más

modernos descubrimientos científicos, tanto para la comisión como para la prevención de crímenes; había investigado los departamentos de policía de París, Berlín, Madrid, Roma, Bruselas, Viena y Leningrado, llevando a los empleados al borde de la locura; y, para terminar, había pronunciado conferencias sobre el tema en los Estados Unidos. El entusiasta recibimiento que le prodigaron allí fue quizá lo que le indujo a conceder permiso a su hijo para estudiar criminología en la Universidad de Columbia.

—¡Bah! —rezongó Hugo, hijo, mirando torcidamente al tablero de instrumentos.

Ya en la Universidad, y sintiendo un arranque de ambición, había comprado una cantidad de libros indigestos, con títulos en alemán, pero después no sé acercó más a la calle 116 Oeste, como no fuera para visitar el departamento de cierta rubia que vivía en la parte alta de la ciudad, en el Drive.

Ahora, meditó, se consideraba hombre perdido. Su padre se iba a abalanzar sobre él como león rugiente para exigirle hasta el último detalle truculento, y él no sabía distinguir una ceniza de tabaco de otra: Para colmo, ya habían ocurrido varios sucesos misteriosos. Esa mañana, el obispo no se había hecho *presente en el* muelle a la llegada del *Áquaitic*. En lugar suyo apareció cierto coronel Standish, a quien vagamente recordaba de alguna parte...

Donovan observó de soslayo al coronel, que se revolvía inquieto a su lado, y se preguntó qué podría molestarle. De ordinario, el coronel debía ser un hombre amable y poco complicado; corpulento y coloreado como vino de Oporto, llevaba el cabello cortado como cepillo y afectaba modales pomposos.

Habían realizado el viaje desde Southampton en compañía de un anciano jovial llamado Fell, y una vez en Londres, Donovan cayó en la cuenta, como en una pesadilla, de que lo arrastraban a Scotland Yard. Con toda seguridad, algo funesto debía haber sucedido. Le acometió la sospecha horrible de que su padre, con su energía habitual, le obligaría a comparecer ante alguna clase de tribunal, para que le tomasen examen. El asunto se presentaba tanto más oscuro cuanto que nadie, hasta el momento, había mencionado al obispo, o lo que se estaba tramando.

—¡Maldición! —dijo de pronto el coronel con singular vigor—. ¡Maldición!

—¿Qué? —exclamó Donovan—. ¿Qué dijo?

—Joven —pronunció el coronel con voz bronca—, debo decírselo. Es mi deber. ¿Eh?

—Usted dirá.

—Se trata de su padre. Debo anunciarle lo que le espera para ponerle sobre aviso.

—¡Dios mío! —susurró Donovan, hundiéndose más en el asiento.

—Vea, esto es lo que pasó. El pobre hombre había estado trabajando demasiado y yo lo invité a mi casa para que descansara. Formábamos un grupo agradable de gente: mi hijo, a quien creo que usted no llegó a conocer, mi mujer y mi hija. ¡Hum! Además estaba Burke (mi socio) y Morgan, el escritor, y también Depping, que vive en la Casa de Huéspedes. La hija de éste y mi hijo... —El coronel carraspeó—. No

tiene importancia. Escuche. El asunto comenzó justo la primera noche. Justo la primera noche —concluyó bajando la voz.

—¿Qué es lo que empezó? —preguntó Donovan, esperando lo peor.

—La señora Langwych cenaba con nosotros. De be recordarla: una endiablada sufragista que tenía la costumbre de romper todas las ventanas. ¿Eh? Estaba muy interesada en conocer al obispo y quería conversar con él sobre reformas sociales. — El coronel resoplaba, golpeando rítmicamente el brazo de Donovan—. Estábamos todos reunidos abajo, en el vestíbulo, hablando con la señora Langwych, que acababa de llegar. Ambiente de mucha formalidad, ¿eh? Recuerdo que mi mujer dijo: «El obispo de Mappleham estará encantado de verla, señora Langwych», y que la tal dama contestó: «¡Je! ¡Je! ¡Je!». Mi hija comentó: «Por supuesto. ¡Diablos! En cuanto sepa que usted está aquí, señora Langwych, bajará, en un santiamén». Y de pronto, ¡prrii-i...!

El coronel, con la mirada extraviada, movió el brazo en amplio ademán, dando un silbido semejante al producido por una granada de dieciocho centímetros.

—¡Prrii-í-í! ¡Y el obispo bajó por el pasamanos como un infernal alud con polainas!

Donovan no creía haber oído bien.

—¿Quién bajó? —preguntó.

—Su padre, mi pobre joven. Como un infernal alud con polainas, ¡se lo juro!

El coronel se interrumpió con una risita ahogada, y luego prosiguió:

—La vieja señora estuvo espléndida, ¡caray! Hay que admirarla. El obispo aterrizó exactamente a sus pies, ¡bang!, y la señora Langwych se caló los impertinentes y sólo le dijo que había estado muy amable al venir con tanta prontitud. Pero entonces fue cuando empecé a sospechar.

El coronel Standish miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, y continuó en tono de reconvención:

—Lo llevé aparte y le dije: «Mire, amigo, ¡qué diablo!, ésta es la casa de la libertad, pero, en fin..., ¡vamos! ¿Eli?». Luego le pregunté con mucho tacto si se sentía bien y si deseaba que llamara al médico. ¡Caramba! Se puso furioso. Juró que se trataba de un accidente y afirmó que se había apoyado sobre la baranda para observar a alguien sin ser notado; que había perdido el equilibrio y qué se había prendido del pasamano para no caer. «Bueno —le respondí yo—, ¿y a quién estaba observando?». Y me contestó que a Hilda, una de las criadas...

—Pero, ¡por todos los santos! —exclamó Donovan apretándose la cabeza con ambas manos, pues le volvía la jaqueca—. ¿Papá dijo que...?

—No hace más que ver criminales por todas partes, ¡pobre hombre! El hecho es que creyó que Hilda era una mujer llamada Juana de Piccadilly, una delincuente, y que usaba peluca oscura. Después vio al otro criminal sobre el césped. Eso fue la noche que le tiraron al vicario un frasco de tinta en el ojo. Pobre diablo. No me sorprendería nada el que creyera que el vicario era Jack *el Destripador* disfrazado,

¡caray!

—Esto se está volviendo demasiado para mí —se lamentó Donovan, empezando a sentirse enfermo—. Vea, señor, ¿usted quiere decir que mi padre ha perdido el juicio? ¿Es eso?

Standish dio un profundo suspiro.

—No me gustaba decirlo —rezongó—, pero que me cuelguen si le encuentro otra explicación. Y lo que empeora el asunto es que yo soy el jefe de policía del condado. Como no quise escucharle, me obligó a que concertara una entrevista con los funcionarios de Scotland Yard, y ¡chist!

Se interrumpió de pronto y miró fijamente hacia atrás. Al seguir la dirección de su mirada, Donovan se sobresaltó al ver lo que había estado temiendo durante tanto tiempo: una figura alta y majestuosa que avanzaba desde Whitehall, con paso solemne y preocupado, como si tratara de aplastar con cada pisada las grietas del pavimento. Su mismo sombrero de copa contribuía a infundirle un indescriptible aire de fervorosa energía. De vez en cuando, de sus ojos rodeados por venerables arrugas partía una mirada que escudriñaba de derecha a izquierda. El obispo de Mappleham parecía estar hablando consigo mismo.

—¿Lo ve? —murmuró roncamente el coronel—. Ahora habla solo. El médico me dijo que ése era uno de los primeros síntomas. Una lástima, ¿no es así? Completamente loco, pobre hombre. No se le debe contrariar: esté seguro de no contrariarlo.

El coronel Standish había freído hablar en voz baja, pero en realidad se hubiese podido entender lo que decía desde el extremo de la calle. Sin embargo, el obispo pareció no oír nada. Reconoció a su hijo y se detuvo. Sus pesadas facciones se iluminaron con una de aquellas famosas sonrisas que constituían parte de su muy personal atractivo. Pero la sonrisa tenía algo de inflexible. El obispo se acercó apresuradamente a estrechar la mano de Donovan.

—¡Hijo mío! —exclamó. La magnífica voz que en épocas de juventud era capaz de convencer a sus oyentes de cualquier cosa, flotó por la calle Derby con su conocida cualidad hipnótica. El mismo Standish se mostró impresionado—. Estoy encantado de verte de vuelta. Mi obligación, por supuesto, hubiera sido ir al puerto a recibirte, pero asuntos de gran importancia reclamaban mi atención. Te noto de muy buen aspecto, Hugo, de muy buen aspecto.

Esta sorprendente declaración aumentó la inquietud de Donovan. Evidentemente, demostraba la honda alteración del anciano.

—¡Hola, papá! —dijo. Y se encasquetó aún más el sombrero.

—Con tu nueva ciencia —prosiguió el obispo con voz imponente— podrás serme de utilidad en una cuestión de suma importancia que, debido a la incapacidad de ciertas personas para interpretar mis planes —y miró fijamente al coronel apretando sus gruesos labios—, no se ha apreciado en forma conveniente. Buenos días, Standish.

—¡Oh! ¡Ah! Buenos días —contestó el coronel nerviosamente.

El obispo le miró atentamente. Sus ojos despedían un extraño brillo.

—Standish, lamento tener que decírselo a un amigo de tantos años, pero es usted un idiota. El deber me obliga a declararlo. He sido torpe, lo admito libremente. Pero... —Y alzando un brazo comunicó a su voz una vibrante emoción— las borrascas no podrán conmovirme ni las tempestades apartarme de mi camino. El ser más humilde, cuando está revestido con la armadura, de una justa causa, es más poderoso que todas las huestes del error.

Su hijo contuvo deseos de aplaudir. Cuando el anciano se ponía a hablar de este modo era capaz de revolucionar a un auditorio de momias. El secreto no estaba tanto en lo que decía, sino en la combinación del hipnotismo de su voz y de su porte, con el mesmerismo de su mirada y la persuasión latente de su buen corazón.

—Muchas veces he dicho yo lo mismo —convino el coronel—. Pero vea, mi amigo..., quiero decir, ¡qué diablos!, ¿por qué desapareció anoche de La Granja sin participarnos adónde iba? Casi organicé una búsqueda para encontrarlo. Mi mujer estaba frenética, usted comprende.

—Si lo hice, fue con el fin de probar mi caso, señor —anunció el obispo inflexiblemente—. Y *me* complace manifestar que lo he probado, y que poseo una información completa para presentar a Scotland Yard. Me dirigí a casa para efectuar una breve visita con el fin de consultar mis archivos...

—Con su permiso, señor —dijo una voz.

Un enorme agente de policía se dirigía a Standish. El joven Donovan, que no estaba de humor para conversar con policías, se hizo a un lado.

—Con su permiso, señor —repitió la ley—. ¿Es usted el coronel Standish?

—¡Hum! —respondió el coronel, con aire de duda—. ¡Hum! Sí. ¿De qué se trata?

—¿Querría usted subir a la oficina del inspector jefe, señor? El inspector jefe sabe que usted estaba esperando aquí...

—¿El inspector jefe? ¿Qué es lo que desea?

—No podría decírselo, señor.

El obispo entornó los ojos y declaró:

—Me aventuro a predecir que algo ha acontecido. Vamos: iremos todos. No se preocupe, agente. Yo, personalmente, tengo audiencia con el inspector jefe.

Al joven Donovan le desagradaba intensamente el tener que asistir al conciliábulo, pero no podía oponerse a la mirada de su padre. El agente los condujo por la calle Derby hasta un patio donde los automóviles azul oscuro de la policía estaban estacionados bajo arcadas, y luego entraron al edificio de ladrillos, cuyas paredes resonantes tenían el olor y aspecto general de una escuela.

En la habitación sin pretensiones de Hadley, situada en el segundo piso, los rayos matinales del sol estaban cargados de partículas de polvo, y el ruido del tránsito que ascendía del Embankment entraba por las ventanas abiertas. Detrás del escritorio, Donovan vio un hombre macizo, vestido con sencillez, de ojos serenos y

observadores, con bigote recortado y cabello color de acero oscuro. Sus manos estaban cruzadas plácidamente, pero su boca tuvo un pliegue poco acogedor al verlos entrar. El auricular del teléfono, descolgado de su horquilla, reposaba a su lado, sobre el escritorio. Sentado en una silla próxima, el doctor Fell, ceñudo, hurgaba la alfombra con su bastón.

El obispo carraspeó.

—¿El señor Hadley? —interrogó—. Permítame que me presente. Yo soy...

—¿El coronel Standish? —interrumpió Hadley, mirando a ese agitado caballero—. Hay un mensaje telefónico para usted. Yo anoté los pormenores, pero quizá sea mejor que usted hable personalmente con el inspector...

—¿Eh? ¿Inspector? ¿Qué inspector? —preguntó el coronel.

—El funcionario del condado bajo sus órdenes. ¿Usted conoce a un tal Septimus Depping?

—¿El viejo Depping? ¡Por Dios, claro que sí! ¿Qué le pasa? Vive en la Casa de Huéspedes, dentro de mi propiedad. El...

—Ha sido asesinado —dijo Hadley—. Lo encontraron esta mañana con la cabeza atravesada por un balazo. Aquí está el teléfono.

CAPÍTULO III

El coronel, estupefacto, se quedó mirando a Hadley. El llamativo traje a cuadros de Standish desentonaba violentamente en aquella deslucida oficina.

—¡Oh! ¡No puede ser! —protestó—. ¿Depping? No puede ser Depping, ¡qué diablos! Depping no se haría asesinar. Le apuesto cincuenta libras a que nunca se le ocurriría tal cosa. Yo le aseguro que...

Hadley acercó una silla para Standish, y éste, protestando aún, se sentó y tomó el teléfono. Parecía decidido a cortar por lo sano el enojoso asunto.

—¡Hola, hola, hola! ¿Eh? ¿Murch? ¿Cómo está? ¿Qué clase de tonterías ha estado propagando...? ¡Oh! Pero ¿cómo, lo sabe? —Hubo una pausa.

—Bueno... Pero quizá apretara accidentalmente el gatillo mientras limpiaba el arma —dijo Standish con aire inspirado, interrumpiendo a su interlocutor—. Conocí a un sujeto que hizo exactamente lo mismo. Era un militar del regimiento cincuenta y cinco. Se voló el pie de un tiro... Ya entiendo, ¡maldición! Es claro que no pudo hacerlo si falta el arma... Bien, bien. Encárguese usted del asunto, Murch; yo volveré allí esta tarde. ¡Siempre sucede algo, caramba! Bien, bien. Adiós.

Colgó el auricular en su horquilla y dirigió una mirada ceñuda al aparato.

—¡Diantre! Me olvidé de preguntar...

—Tengo todos los datos —le comunicó. Hadley—, pero desearía que usted me explicara algunos detalles. Tomen asiento, por favor. Estos señores...

Se efectuaron las presentaciones del caso. El obispo de Mappleham, qué con férrea determinación se había instalado en una silla al otro extremo del escritorio de Hadley, miró casi con satisfacción a Standish. En realidad, la noticia lo había afligido, pero no pudo contenerse y dijo:

—Aun cuando lamento profundamente la muerte de cualquier ser humano, debo hacer notar que yo les advertí de antemano lo que iba a suceder. Comprendo que de ningún modo puede pensarse que ello disminuya la censura o atenúe la unánime condenación que el suceso provoca, pero, sin embargo...

Standish sacó un pañuelo del bolsillo y exclamó, enjugándose la frente:

—Pero, ¡caramba! ¿Cómo podía saber yo que el pobre diablo iba a hacerse matar? Aquí debe haber un error. Ustedes no conocían a Depping.

¡Si hasta era socio de mi firma!

Dono van advirtió que Hadley miraba con expresión irritada a los dos interlocutores; pero, a pesar de ello, cuando el inspector se dirigió al obispo, lo hizo con deferencia.

—Debo agradecerle, señor —le dijo—, la eficaz colaboración prestada en este asunto. Una vez que hayamos oído los pormenores del asesinato de Depping, tendré sumo gusto en que usted aclare algunos puntos...

—Pero ¡qué diablos! ¡Si el obispo bajó las escaleras resbalando por la baranda! —protestó Standish, ofendido—. ¡Baranda abajo, como un infernal alud con polainas,

para terminar aterrizando a los pies de la señora Langwych!

El obispo de Mappleham, indignado, dirigió a Standish la misma, mirada fulminante que otrora dirigiera a cierto diácono cuando éste, al tropezar contra los escalones del altar mientras llevaba el platillo de la colecta en la mano, había volcado una lluvia de monedas sobre los ocupantes de los tres primeros bancos.

—Las circunstancias del hecho —manifestó con suma frialdad— ya han sido explicadas por mí en una forma que cualquier persona de intelecto normal puede considerar satisfactoria. Perdí el equilibrio en un momento infausto, y para contrarrestar las consecuencias derivadas de una caída desastrosa hube de aferrarme al pasamano para, ¡ejem!, facilitar, por así decirlo, mi bajada. Eso es todo.

Al coronel no le agradaron las insinuaciones del obispo sobre su inteligencia.

—¡Está bueno! Y entonces, ¿por qué le tiró frascos de tinta al vicario? —preguntó con vehemencia—. ¡Caramba! ¡No sé obispo, pero nunca en mi vida he golpeado en el ojo a un vicario! Si a eso le llama usted signo de inteligencia...

Sentado rígidamente sobre su asiento, el obispo respiró con fuerza, y alrededor de su nariz contraída aparecieron tintes azulados. Dirigió una mirada circular sobre el grupo y se detuvo en el doctor Fell, que en ese momento emitía ruidos extraños con la mano apretada contra la boca.

—¿Habló, señor? —le preguntó su reverencia.

—En realidad, no —le respondió con franqueza el doctor—. Pero ya que usted pregunta, ¿por qué le arrojó frascos de tinta al vicario?

—¡Caballeros! —rugió Hadley, golpeando sobre su escritorio. Se dominó con esfuerzo, y antes de proseguir, ordenó los papeles que tenía delante, para darse tiempo de recobrar la calma—. Quizá sea mejor que yo relate los hechos tales como me los ha transmitido el inspector Murch, y usted, coronel, podrá ir facilitando los datos que faltan. En primer lugar: ¿qué es lo que se sabe de este señor Depping?

—El viejo Depping es una excelente persona —replicó Standish, un poco a la defensiva—. Es pariente de algunos amigos míos de la India. Llegó hace cinco o seis años y me hizo una visita. Supo que la Gasa de Huéspedes no estaba ocupada, le agradó, la alquiló y ha vivido allí desde entonces. Es un hombre bastante reservado y algo maniático, ¿me comprende? Vive metido entre sus libros y dedicado a sus estudios, aunque de eso yo no entiendo mucho. Hasta tenía un cocinero especial, pues le gustaban los platos esmerados —el coronel se rió—. Pero había que conocerlo bien, ¿qué diablos!

—¿Qué quiere decir con eso?

Standish adoptó un aire confidencial.

—Pues esto. Yo ignoraba que Depping bebiese demasiado; sólo le gustaba tomar su media botella de borgoña. Melindres, ¡bah! Pero una noche que le hice una visita de improviso lo encontré sentado en su despacho, con los pies apoyados sobre el escritorio, frente a una botella de *whisky* tres cuartos vacía, y completamente borracho. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Cosa más rara no he visto. Yo dije: «¡Hola, caramba!»; y me

respondió: «¡Je! ¡Je!». Luego se puso a cantar y a gritar y...: Vea —continuó algo incómodo, el coronel—, no quiero hablar mal de él, ¿eh?, pero creo que bebía en secreto y que cada dos meses se pescaba una de esas borracheras. ¿Y por qué no? Le hacían bien, digo yo, pues se volvía más humano. Antes de casarme, también yo me las pescaba. ¡Hum! —Standish tosió—. ¿Qué daño hace, si nadie lo ve? Y él deseaba que nadie lo viese. Por dignidad. Después de aquella vez, ordenó a su criado que todas las noches se sentara en el vestíbulo, frente a la puerta del despacho, ¡todas las noches, como lo oye!, por si alguien venía a visitarlo y él no estaba en condiciones de recibir.

Hadley frunció el entrecejo.

—¿Se le ocurrió alguna vez, coronel, que Depping pudiese estar preocupado por algo?

—¿Eh? ¿Alguna preocupación? ¡No, no! ¡Qué tontería! ¿Qué podría preocuparle? Era viudo, poseía mucho dinero...

—Continúe, por favor. ¿Qué más sabía de él?

Standish se revolvió en su asiento.

—No mucho. No era muy sociable, ¿comprende? Depping conoció a Burke, mi socio, y más tarde invirtió una fuerte suma de dinero en nuestra firma. Declaró que siempre había deseado leer para una casa editora, y ¡qué diantre! ¡Vaya si lo hacía! Se encargó de todos esos libros aburridos que nadie quería tocar, del tipo del *Tratado de X*, que Fulano demoró siete años para escribir, y cosas por el estilo, ¿me comprende? Libros de quince centímetros de ancho, interlineados en forma que hace imposible su lectura y cuyo autor le envía a usted cartas todos los días. ¡Bah!

—¿Tenía algún pariente?

—¡Hola! Esto va a ser una sorpresa para... ¡Hum! Sí, tenía una hija. Linda muchacha. Nada del estilo de esas locuelas de hoy, capaces de atropellar a uno con su automóvil, ¿sabe? —respondió con energía el coronel—. Excelente muchacha, a pesar de que vive en Francia. Depping se ocupaba muchísimo de ella. La puso en un convento hasta que fue mayor de edad; tal vez a ella le agradara estar en Francia, pero sabe Dios por qué. Yo me dije: «Bien, bien; ya es época de que se case». Y luego la muchacha conoció a mi hijo... —El coronel quedó pensativo—. Siempre ha de pasar algo..., ¿eh?

Hadley observó al grupo, y al advertir que el obispo parecía a punto de hablar, se apresuró a preguntar:

—¿No podría decirme si tenía algún enemigo? Quiero decir alguien extraño a su círculo, alguien que usted nunca hubiese conocido personalmente. —No, no sé de nadie.

—Le hice la pregunta —prosiguió Hadley— a causa de las circunstancias que rodean la muerte de Depping. Según lo manifestado por el inspector Murch, qué fue quien tomó las declaraciones del criado y del cocinero, esto es lo que sucedió... —Hadley revolvió sus papeles—. El criado, Raimundo Storer, afirma que Depping

tomó el té afuera y que volvió a la Casa de Huéspedes a eso de las diecisiete.

—Tomó el té con nosotros —refunfuñó el coronel—. Estábamos muy contentos con la noticia (aludo a lo referente a la hija de Depping y a mi hijo, por supuesto). Depping habló conmigo sobre ello hace dos noches, a raíz de haber recibido una carta de la muchacha. De modo que ayer vino a casa a la hora del té y anunció la cosa a todo el mundo.

—¿Parecía de buen humor?

—Sí, claro que sí. Estaba encantado...

Hadley entornó los ojos y preguntó al coronel:

—Mientras estuvo en su casa, ¿ocurrió algo que molestase a Depping?

Standish, que estaba por encender un cigarro, se detuvo como si le asaltara un pensamiento desagradable; luego se volvió y dijo, mirando con cierta malevolencia al obispo:

—¡Hola! Acabo de recordar una cosa. Ahora que pienso, Depping estaba algo fastidiado cuando se fue de casa. Y eso ocurrió justo después que usted lo llevó aparte y le habló, ¿eh?

El obispo cruzó las manos sobre su paraguas. Su pesada mandíbula daba la impresión de rumiar con satisfacción contenida.

—Así es, mi amigo —respondió—. Informaré de ello al inspector jefe, una vez que haya terminado de relatar los hechos. Ruego a usted que continúe, señor.

Hadley siguió hablando, después de una pequeña pausa.

—El criado declaró que Depping parecía contrariado cuando volvió a la Casa de Huéspedes. Dio orden de que le llevaran la comida al despacho y, contra su costumbre, no se vistió de etiqueta para cenar.

La comida fue servida alrededor de las veinte y treinta, y a esa hora Depping se mostró aún más inquieto. Informó a su criado que iba a trabajar y le ordenó que dijera que había salido si alguien venía a visitarlo. Anteanoche, ustedes recordarán, se interrumpió la ola de calor. La tormenta comenzó ya bien entrada la noche...

—¡Diantre! ¡Y qué tormenta! —gruñó el coronel—. A Enrique Morgan le sorprendió la lluvia y tuvo que caminar cuatro kilómetros a...

—Si no le es molesto, coronel —le interrumpió Hadley con cierta impaciencia—, creo necesario que usted se entere de lo ocurrido. Poco tiempo después de haber estallado la tormenta, el viento derribó un hilo eléctrico o cosa por el estilo y se apagaron todas las luces. El criado, que estaba en la planta baja cerrando todas las ventanas, anduvo a tientas buscando velas. Las encontró, y cuando se disponía a subir al despacho con ellas, oyó que golpeaban a la puerta de entrada. En el momento de abrir ésta, el viento apagó la vela que llevaba, y cuando la pudo volver a encender, advirtió que el visitante era una persona desconocida para él.

—¿Tiene alguna descripción del hombre, señor Hadley? —preguntó con mucho interés el obispo.

—Una no muy buena: tamaño mediano, más bien joven, cabello y bigote oscuros,

ropa llamativa y acento norteamericano al hablar.

Una expresión de triunfo apareció en el rostro del obispo. Asintiendo con la cabeza, dijo:

—Ruego a usted que continúe, señor Hadley.

El criado se disponía a cerrar la puerta, anunciando que el señor Depping no recibía a nadie, cuando el hombre introdujo un pie en la abertura. —Hadley consultó sus apuntes—. El visitante dijo: «A mí me recibirá, pregúnteselo». El inspector Murch no fue muy claro en este punto; al parecer, el hombre indicó con un ademán a un tubo acústico o cosa así.

—Correcto —manifestó el coronel—. Usted sabe cómo son, primero se silba en el tubo y luego se habla. Depping sólo utilizaba dos habitaciones para vivir, su despacho y el dormitorio. Había instalado un tubo acústico que iba desde el despacho hasta un lugar cercano a la puerta de entrada.

—Muy bien. El hombre insistió, de modo que el criado transmitió el mensaje al señor Depping. Éste finalmente le contestó: «Está bien, hágalo subir», aunque el visitante no había anunciado su nombre. Depping indicó al criado que se quedara por allí, en caso de que lo pudiera necesitar Storer le sugirió que tal vez fuera mejor que tratase de arreglar las luces y Depping le contestó que no se ocupara de ellos, pues tenía suficientes velas en el despacho y que le bastaban.

Sin embargo, Storer despertó al cocinero, un hombre llamado Aquiles Georges, y lo envió afuera con una linterna, bajo la lluvia (y entre muchas protestas), para averiguar si los hilos estaban caídos o no. Mientras Storer iba y venía por el piso superior, cerrando ventanas, pudo oír cómo Depping y su visita conversaban en el despacho. No pudo entender lo que decían, pero aparentemente estaban en bastante buenos términos. Poco tiempo después volvió el cocinero afirmando que no había ningún hilo caído. Entonces, al revisar el tablero de fusibles, descubrieron que sólo se trataba de algún cortocircuito, y luego de colocar nuevos fusibles se restableció la luz.

El doctor Fell, que había estado sentado llenando distraídamente su pipa, levantó por primera vez su cabezota y miró fijamente al inspector jefe. Sus ojos brillaban con una curiosa expresión. Dio un resoplido por la nariz y masculló:

—¡Caramba, Hadley! Eso es, muy interesante. Es el primer detalle interesante mencionado por usted hasta ahora. Siga, siga.

Hadley gruñó. Observó pensativamente al doctor y luego continuó:

—Ya era cerca de medianoche y Storer deseaba irse a dormir. Golpeó la puerta del despacho; dijo a Depping que las luces funcionaban nuevamente y le preguntó si podía retirarse. Depping le contestó que sí con alguna impaciencia, y Storer se fue a la cama. La tormenta seguía aún y el estrépito de los truenos le mantuvo despierto. Al reflexionar sobre ello esta mañana, dice que cree haber oído un estampido a eso de las cero horas y quince; si bien advirtió el ruido, en aquel momento pensó que se trataba de un trueno y no investigó más. Según dice el inspector Murch, el médico forense estima que el suceso se produjo alrededor de las cero quince.

Cuando bajó a la mañana siguiente, Storer vio a través del montante de la puerta del despacho que las luces estaban encendidas todavía. Golpeó a la puerta por algún tiempo y nadie contestó; la puerta estaba cerrada con llave por el lado de adentro. El criado tomó una silla, se encaramó sobre ella y miró por el montante hacia adentro de la habitación.

Depping yacía recostado sobre el escritorio donde tenía costumbre de leer, y una herida de bala le había abierto el cráneo, justo en la parte calva de la coronilla. Después de un momento, Storer se armó de bastante valor como para abrir el montante, gatear a través de él y penetrar en el despacho. Depping estaba muerto hacía horas y no pudo encontrar ningún arma.

El joven Donovan cayó en la cuenta de que el malestar producido por sus francachelas le desaparecía rápidamente. Al escuchar el frío y pausado recuento de los hechos, se le aguzaban el ingenio y la imaginación. El obispo apuntó:

—Señor Hadley, esto es en extremo interesante y muy instructivo. —Movié una mano en dirección a su hijo—. Mi hijo, señor inspector, es aficionado a la criminología, como yo. ¡Ejem! Ahora podré enterarme del resultado de sus estudios. —El obispo, convirtiéndose en un hombre práctico, continuó—: Existen varios puntos sugestivos, por ejemplo...

—Pero ¡maldición! —protestó el coronel, enjugándose la frente—. Quiero decir que...

—... por ejemplo —siguió diciendo con frialdad el obispo—, usted afirma que la puerta del despacho estaba cerrada con llave, por dentro. ¿Acaso escapó el asesino por una ventana?

—No, lo hizo por otra puerta. Un balcón corre por el costado de la casa a la altura del primer piso y una puerta da sobre este balcón. Esta puerta (que, según dice Storer, generalmente está cerrada con llave) se encontraba parcialmente abierta. —Hadley contempló sin sarcasmo y con infinita paciencia al obispo—. Bien. Y ahora, ¿querría explicar su participación en este asunto?

El obispo asintió con la cabeza y sonrió amablemente a Standish.

—Con mucho gusto. Por fortuna, señor Hadley, estoy en condiciones de proporcionarle el nombre de la persona que visitó anoche al señor Depping. En realidad, puedo mostrarle una fotografía del sujeto en cuestión.

Ante la mirada atónita del coronel, sacó de un bolsillo interior y alargó a Hadley un papel satinado, anotado cuidadosamente con letra pequeña y que ostentaba dos fotografías. El obispo, sintiéndose vindicado, recobró su buen humor y declaró:

—Se llama Luis Spinelli. Si el nombre no le recuerda nada, señor Hadley, al pie de la página existen algunas notas sobre él.

—Spinelli —repitió Hadley. Sus ojos se entornaron—. Spinelli... ¡Ya lo tengo! Chantaje. Ése es el hombre. Uno de la banda de Mayfree, que trató de entrar en Inglaterra el año pasado... si no estoy confundido.

—El único que *consiguió entrar* en Inglaterra —corrigió el obispo—. Este

hombre, señor Hadley, es demasiado inteligente para pretender introducirse en este país con su propio nombre y filiación. Permítame que le explique.

El joven Donovan pensó, como siempre había pensado, que era extraño oír lenguaje semejante de labios de un obispo de la Iglesia de Inglaterra. Y lo más curioso del caso es que el obispo se salía con la suya. Podía hablar en esta forma con la misma facilidad con que lo hacía desde el púlpito. Su hijo no había conseguido acostumbrarse a ello.

—En el museo de policía de la calle Centre de Nueva York, que es similar al Museo Negro de aquí, las piezas están clasificadas por *tipos de crimen*. El encargado del museo me permitió sacar de allí gran cantidad de datos interesantes. Este hombre, Spinelli, era originalmente un chantajista y trabajaba por su cuenta; se le identificó a causa de una extraña peculiaridad que lo perdió en poco tiempo.

»Es un joven italonorteamericano, de poco más o menos treinta años de edad, hijo de padres decentes que le dieron excelente educación. Me han informado que sus modales son intachables, tanto que podría pasar inadvertido en cualquier parte a no ser por una falla increíble: no puede resistir la tentación de ponerse la ropa más llamativa y exagerada que puede procurarse, así como alhajas y anillos de toda clase; observe lo que muestra la fotografía. Cuando tenía alrededor de veintitrés años fue detenido y enviado a Sing-Sing, condenado a diez años de prisión.

El obispo hizo una pausa. Sus ojos de párpados pesados se pasearon por el grupo.

—A los tres años salió de la cárcel. Nadie sabe exactamente cómo lo consiguió. De acuerdo con lo que pude averiguar, Spinelli se convenció de que era peligroso operar independientemente. Se unió a la banda de Mayfree, todopoderosa en aquella época, y nadie lo pudo tocar.

Entonces... El doctor Fell dio un bufido y protestó:

—Vea, ¡por todos los dioses y por Baco! Espero que este asuntillo no se va a convertir en un aburrido e indigesto trozo de historia de *gangsters*. Justamente comenzaba a interesarme por ese episodio de las luces...

El obispo movió la cabeza indicando su disenso.

—No va a ser así, mi estimado doctor. En mi opinión, Spinelli ha vuelto a sus maniobras de chantaje, pero en forma independiente. La organización de Mayfree se ha disuelto; nadie conoce la causa y sé que ella ha dado que pensar al comisario. El poder de la banda empezó a decaer hace ya algún tiempo y los dirigentes trataron de abandonar el país: algunos se dirigieron a Italia; otros, a Inglaterra, y el resto a Alemania. Se les negó la entrada. Pero, de algún modo, Spinelli consiguió introducirse...

—Pronto daremos cuenta de él —interrumpió bruscamente Hadley, y habló unas palabras por teléfono. Miró al obispo y prosiguió en tono algo seco—. Usted comprende, señor, que todo esto es pura conjetura de su parte. Entiendo que usted nunca vio cara a cara a Spinelli. ¿Está seguro de conocerle?

—En realidad —le contestó el obispo, con calma—, me he encontrado frente a

Spinelli en dos ocasiones. Una vez fue durante un cotejo en la estación de policía de la calle Centre, en Nueva York, donde no se le pudo probar nada en contra. Y la segunda vez ocurrió anoche. Spinelli salía de una taberna no muy distante de La Granja. Antes de ello, lo había divisado a lo lejos, en el parque de La Granja, a la luz de la luna y... ¡hum!, en circunstancias más bien especiales.

El obispo tosió antes de continuar.

—Su modo de vestir despertó mis recuerdos y creí que su cara me era conocida, pero anoche lo vi tan cerca, como ahora los veo a ustedes.

—¡Diablos! —exclamó el coronel, contemplando con otra expresión al obispo—. ¿Así que por eso desapareció usted esta mañana?

—No creí que el jefe de policía del condado hubiese escuchado mi relato con excesiva atención —respondió con frialdad el obispo—. He ahí, señores, uno de los puntos que he podido aclarar. La cuestión es...

Hadley golpeó malhumoradamente el escritorio con los nudillos, y echó un vistazo al teléfono, que se negaba a llamar.

—La cuestión es —dijo el inspector— que deberemos investigar este nuevo punto de vista con mucho detenimiento, pero creo que alguien está equivocado. No me convence este asunto de asaltantes norteamericanos que disparan tiros contra estudiosos caballeros, en las tierras del condado de Gloucester... ¡Bah! De todos modos...

—Yo no creo que Luis Spinelli lo matase —dijo con deliberación el obispo—. No es éste el momento de explicar mis razones, pero desearía preguntar, señor Hadley, qué es lo que usted se propone hacer.

Hadley contestó bruscamente:

—Todo depende del coronel Standish. Él es el jefe de policía del condado. Si desea la colaboración de Scotland Yard, puede pedirla. Si prefiere elucidar el asunto por sus propios medios, para mí es lo mismo. ¿Qué dice usted, coronel?

—Personalmente —observó el obispo en tono reflexivo—, tendría el mayor placer de prestar a la policía cualquier ayuda que esté en mi humilde poder, para solucionar este desgraciado caso. Y al decir estas palabras puso en juego todos los registros de su voz, sus pesadas facciones parecieron agrandarse y sus ojos adquirieron brillo hipnótico.

—¡Ya lo tengo! —exclamó con aire de inspiración Standish (el coronel no tenía tacto)—. ¡Ya lo tengo, qué diablos! Ahí está nuestro hombre: Fell. Vea, Fell... ¡Caramba! Usted me prometió ir a La Granja a pasar unos días, ¿no es así? Mire, amigo, usted no permitiría que un condenado extranjero viniese y disparase un tiro mortal a un amigo mío, ¿eh?, ¿eh? —Luego se volvió al obispo como explicando—. Éste es Fell: el hombre que apresó a Cripp, a Longaray y a aquel falso predicador, no recuerdo el nombre. Vea, doctor, ¿qué le parece?

El doctor Fell, que al fin había conseguido encender su pipa, carraspeó, frunció el entrecejo y hurgó la alfombra con su bastón.

—Durante mucho tiempo —dijo en tono de queja— he protestado contra estos casos de tan extraordinaria vulgaridad. No existe ningún elemento pintoresco o extraño en todo el asunto. ¿Dónde está el interés dramático? ¿Dónde...?

Hadley lo miró con una especie de amarga satisfacción.

—Sí, sí, ya lo sé. Usted está en su elemento en los casos de tipo fantástico y desequilibrado que no ocurren más que una vez cada doce años: alguien muerto en la Torre de Londres por Una flecha de ballesta o arrojado desde el balcón de una prisión visitada por los fantasmas. ¡Muy bien!, pero ¿qué hay de los casos prosaicos y sin interés que se presentan ante *nosotros* todas las semanas, y que son los más difíciles de resolver? Pruebe sus fuerzas en alguno de ellos y no creo que le queden después tantas ganas de reírse de la policía... Les pido disculpas, caballeros. Ésta es sólo una cuestión privada. Hadley vaciló un momento y después gruñó: —Desgraciadamente, debo comunicarles algo más. Existe un pequeño punto en el relato del inspector Murch, que no es exactamente vulgar. Podrá no significar nada, o tal vez el objeto fuera de propiedad de Depping, pero por cierto no es vulgar.

—Hay muchos puntos que no son vulgares —dijo el doctor Fell—, ya que usted me obliga a declararlo. ¡Hum! ¡Ajá! ¿Y bien? —Hadley, incómodo, se frotó, la barbilla—. Junto a la mano de Depping había un naípe... —prosiguió después de consultar sus apuntes—. Sí, eso es lo que dije: un naípe. De acuerdo a estos apuntes, era del tamaño y forma de una carta de baraja ordinaria y ostentaba un diseño hermosamente pintado a la acuarela. El dibujo consistía en ocho figuras que parecían espadas, dispuestas en forma de estrellas, y a través de ésta había una línea ondulada que en apariencia representaba agua corriente. Ahí lo tienen: ahora vayan y compongan la novela. Y tiró los apuntes sobre el escritorio...

La mano del doctor Fell se detuvo con la pipía a medio camino de la boca. El doctor respiró profundamente a través de su bigote y sus ojos se fijaron en el vacío.

—Ocho de espadas —dijo—, ocho de espadas: dos al nivel del agua, tres encima y tres debajo... ¡Oh Dios! ¡Oh Baco!... ¡Qué demonios, Hadley! Vea, esto no puede ser.

—¡Oh, pero lo es! Con ello usted ya está nuevamente en su elemento. Me imagino que se trata de una sociedad secreta, la Mano Negra o cosa por el estilo, ¿o tal vez una señal de venganza? ¡Bah!

—No —le contestó con lentitud el doctor—. Nada de eso. Yo quisiera que se tratara de cosa tan simple como lo que usted menciona. Esto es tan medieval, tan endemoniado y tan fantástico como... Sí, por cierto; iré al condado de Gloucester: debe de ser un lugar extraño. Y lo que es más, no escatimaré esfuerzo para descubrir a un asesino que conoce al ocho de espadas.

El doctor se puso de pie, echó la capa sobre sus hombros como un bandolero y caminó hasta la ventana, donde con su abundante cabello blanco aún más revuelto y los lentes cayéndosele de la nariz, quedó por un momento con los ojos fijos en el tránsito que circulaba por el Embankment.

CAPÍTULO IV

Hugo Donovan vio La Granja por primera vez aquella misma tarde. Había almorzado antes con el obispo, el doctor Fell y el coronel Standish en el restaurante Groom, de la calle Fleet donde se reunieron para discutir futuros planes de acción. El obispo se mostró afable y aun expansivo cuando supo que el hombre corpulento, de capa y sombrero de teja, que con tan buen humor había estado observando a todos en la oficina de Hadley, era nada menos que el maestro famoso por haber identificado amablemente a media docena de los más astutos asesinos que luego fueron exhibidos en el museo de *Madame Tussaud*. Donovan padre estaba dispuesto a que la conversación fuese un cambio de ideas entre dos criminalistas, pero se sorprendió desagradablemente ante la ausencia de conocimientos del doctor y aún más ante su falta de interés por los criminales modernos y los últimos procedimientos científicos.

Afortunadamente, no trató de incluir a su hijo en la discusión. Hugo advertía, rumiando silenciosas injurias, que había perdido la mejor oportunidad de salvar las apariencias que se le hubiese ofrecido nunca. De haber sabido a bordo del barco quién era el doctor, le habría, explicado sus dificultades y Gideon Fell le hubiera ayudado. Con sólo escuchar los resoplidos y carcajadas del doctor y sobre todo sus estrepitosos juicios sobre el mundo en general, se caía en la cuenta de que nada le hubiese complacido tanto como una broma de esa clase. «Quizá, reflexionaba Hugo Donovan, todavía no fuera demasiado tarde». En medio de todo, existía un consuelo: su falsa apariencia de criminalista haría que lo consideraran como un iniciado y podría contemplar a los grandes sacerdotes efectuando sus mágicos experimentos para solucionar un caso de la vida real. Siempre lo había deseado, pero su padre nunca se lo permitió, alejándolo de su augusta presencia con el consejo de ir a jugar a los soldaditos o a cualquier otro pasatiempo indigno, mientras él (su padre) trabajaba. Ahora, la situación era completamente distinta, pues se le suponía ser un perito en balística, microfotografía, análisis químico, toxicología y otros estudios deprimentes, llenos de números. Sólo había echado uno o dos vistazos a sus libros de texto, pero ello había bastado para decepcionarlo y producirle intenso fastidio. La materia era más árida aún que la química.

Hugo Donovan sorbía la excelente cerveza del Groom, mientras escuchaba sombríamente las teorías que el obispo exponía al doctor Fell. El joven juzgaba como mucho mejor el trabajo de investigación descrito en las novelas de su autor favorito: el distinguido y popular escritor de historias de policía, señor Enrique Morgan.

Hugo frunció el entrecejo, recordando algo. Si su memoria no le era infiel, las novelas de Morgan eran publicadas por la firma Standish y Burke; sin falta debía preguntar al coronel quién era Morgan y qué aspecto tenía. La propaganda siempre anunciaba, en tono reverente, que: «El seudónimo *Enrique Morgan* oculta la identidad de una figura internacionalmente conocida en los ambientes literarios y políticos». Donovan estaba impresionado. Imaginaba que el original era un individuo

satánico, vestido de etiqueta, con patillas prominentes y ojos escudriñadores, que siempre conseguía frustrar los intentos realizados para robar los planos de la última arma de fuego electromagnética.

Sin embargo, no se atrevió a formular ninguna pregunta a Standish, no sólo porque el coronel se mostró taciturno y distraído durante el almuerzo, sino también porque no deseaba de ningún modo atraer sobre sí la atención de su padre; por el momento, el obispo de Mappleham estaba ocupado con el doctor Fell.

Cuando abandonaron Londres en el automóvil de Standish, en las primeras horas de la tarde, todavía el obispo estaba explicando cómo se habían malogrado sus esfuerzos por causa de las circunstancias adversas. Se había equivocado (lo admitía libremente) al pensar que Hilda Doffit (una criada) era la célebre Juana de Piccadilly, de dedos tan hábiles, y este error fue el origen de varias situaciones equívocas. Más tarde, cuando en realidad reconoció a Luis Spinelli, de pie entre los macizos de geranios, su conducta había sido mal interpretada por el coronel Standish debido a que previamente alguien había estado haciéndose el fantasma para alarmar al reverendo Jorge Phimley.

Esta travesura, es necesario declararlo, despertó el interés y la admiración de Hugo Donovan, quien sintió grandes deseos de conocer a la persona, fuese quien fuese, que aprovechando las, ruidosas costumbres de un *poltergeist* había arrojado tinta al vicario. Pero era evidente que el coronel Standish todavía no se mostraba plenamente satisfecho y que abrigaba secretas dudas sobre la conducta del obispo.

El automóvil rodaba a buena velocidad por la campiña y a las dieciséis dejaron la ruta de Londres al entrar en una aldea llamada Bridge Eight. El día era sereno y caluroso; la carretera serpenteaba entre depresiones y hondonadas, flanqueadas por alerces, y Donovan empezó a formar buenas resoluciones (cosa que siempre le sucedía cuando salía al campo). Respiró profundamente, se quitó el sombrero y permitió que el sol tostase su cabello hasta el punto de sentirse molesto: esto sí que era salud.

Recordaba con cierta condescendencia los días pasados en Nueva York. ¡Qué tonta era la gente! Quedarse encerrada en un departamento que hierva, mientras veinte programas radiotelefónicos distintos atruenan los oídos, mientras todas las lámparas tiemblan con él estrépito de las fiestas que tienen lugar en cada piso, mientras ejércitos de criaturas chillan a lo largo de la calle Christopher y los papeles vuelan a impulso de un viento recalentado y cargado de tierra. En cambio...

El obispo estaba diciendo algo sobre santo Tomás de Aquino y su hijo lo miró con benevolencia. El automóvil seguía devorando la carretera. Hugo retomó el hilo de sus reflexiones.

En cambio... *él* no volvería nunca más a lo de antes. Se levantaría con los zorzales (a la hora en que ese pájaro ejemplar empieza su infernal algarabía frente a la ventana). Saldría a efectuar largas caminatas antes del desayuno. Descifraría las inscripciones de las lápidas del cementerio y meditaría sobre el fin último del

hombre, como lo hacen los escritores de ensayos, que nunca sienten el bajo impulso de entrar y embriagarse en la taberna más próxima.

Hugo había llegado a un elevado grado de virtud, cuando de pronto fue sacado de sus meditaciones por una exclamación que venía del borde del camino.

—¡Hola! —gritó una voz—. ¡Hola!

Donovan se despabiló y se caló nuevamente el sombrero para protegerse los ojos de los rayos solares, al tiempo que el automóvil aminoraba la velocidad. Acababan de pasar un caserío: cuyo último edificio era una taberna de piedra pintada de blanco, en cuyo frente se distinguía la insignia de un buey, y habían tomado hacia la izquierda, ascendiendo una larga y baja colina. A mitad de la subida, una pequeña iglesia levantaba al cielo su torre cuadrada; rodeada de flores y con las lápidas funerarias que llegaban hasta, el pie de su pórtico, parecía una miniatura muy antigua. Ya en la cima de la colina, la ruta seguía en línea recta por espacio de unos trescientos metros, y a la izquierda, extendiéndose hasta la lejanía, Donovan pudo divisar hectárea tras hectárea, un parque de buen tamaño, que una baja pared de piedra separaba del camino. En el centro del parque se erguía un importante edificio de piedra amplio y de poca altura, cuyas ventanas del oeste brillaban contra el cielo color de oro. La llamada había venido de más cerca. Al pasar la cresta de la colina, del otro lado del camino, había una casa de madera del estilo que se acostumbra llamar «blanco y negro». Frente a la casa había un jardín separado del camino por un seto vivo que mediría más de un metro y medio de altura. Una pequeña verja de hierro ostentaba un letrero que llevaba escrito en caracteres negros de estilo severo: gasa de la sed. Apoyado sobre esta verja y haciéndoles señas con una pipa, se encontraba el hombre que había llamado.

—¡Hola! —repitió—. ¡Hola!

Donovan observó que su padre apretaba los labios con aire de desaprobación, mientras que el coronel, dejando escapar un gruñido de placer o de alivio, desviaba el coche hacia la casa. El amable personaje resultó ser un joven no muchos años mayor que el mismo Donovan, con cara alargada, mandíbula cuadrada, ojos risueños y un par de gafas de carey cabalgando sobre la larga nariz. Estaba vestido con una llamativa chaqueta, un par de sucios pantalones grises y una camisa color caqui, abierta en el cuello. Con una mano vació las cenizas de su pipa apagada, mientras sostenía en la otra un vaso que contenía un líquido que se parecía mucho a un *cocktail*.

El coronel detuvo la marcha del automóvil y se dirigió al hombre en son de queja, diciendo:

—¡No siga gritando «¡Hola!», qué demonio! No podemos detenernos. Tenemos mucha prisa. ¿Qué es lo que quiere?

—Entren —contestó el otro hospitalariamente—. Tomen un *cocktail*. Ya sé que es temprano, pero de todos modos, tomen algo. Además, hay novedades. —Volvió la cabeza hacia atrás y llamó—: ¡Magdalena!

Los sentimientos de Donovan cambiaron bruscamente a la vista del contenido color de ámbar oscuro de aquel vaso. Sobre el césped, del otro lado del seto, podía ver una enorme sombrilla de playa instalada junto a una mesa cargada de objetos que le trajeron inmediatamente el recuerdo de Nueva York. Si la vista no le engañaba, la superficie de esa gran jarra niquelada estaba empañada por el frío. Donovan sintió que le invadía una extraña nostalgia. Se daba cuenta de que el hielo en las bebidas era cosa prácticamente desconocida en el ambiente rural de Inglaterra. En respuesta a la llamada del joven, apareció detrás de la sombrilla la cabeza de una muchacha con la cara iluminada por una sonrisa radiante.

La joven abandonó la silla de tijera en que había estado sentada y se dirigió apresuradamente a la verja de entrada. Se trataba de una persona activa, de ojos oscuros, y como llevaba puestos pantalones largos de playa y una corta chaqueta de seda floreada, se advertía claramente que estaba admirablemente formada. La muchacha se apoyó sobre la verja, miró a todos con amabilidad y dijo «¡Hola!» como si estuviese muy complacida consigo misma por habersele ocurrido exclamación tan original.

El coronel Standish tosió a la vista de los pantalones, echó una ojeada al obispo y se apresuró a decir:

—Creo que todos no nos conocemos. ¡Hum! Éste es el doctor Fell, el investigador; me han oído hablar de él, ¿eh? Ha venido en nombre de Scotland Yard. Y éste es el señor Donovan, hijo del obispo. Deseo presentarles —siguió con entonación de orgullo— a Enrique Morgan, el escritor, y a la señora Magdalena Morgan su esposa.

Donovan se quedó absorto mientras los demás se saludaban. «De modo que éste es Enrique Morgan», se dijo.

La señora de Morgan miró al doctor Fell y declaró con candor:

—Usted me agrada. —Y después de mirara Donovan, agregó con igual franqueza —: Usted también me agrada.

El doctor Fell, que reía quedamente, sentado en el fondo del automóvil, levantó su bastón en forma de saludo y le respondió:

—Muchas gracias, mi estimada amiga. Naturalmente, estoy encantado de conocer a ambos. Ustedes saben que...

—¡Un momento! —interrumpió Donovan con disculpable grosería—. ¿Es usted el creador de Juan Zeta, el diplomático-detective? —Otra pregunta escapó a Donovan, a pesar de la presencia de su padre. Señalando al vaso que Morgan sostenía entre sus dedos, dijo—: ¿*Martinis*?

—¡Por supuesto! —respondió el creador de Juan Zeta, diplomático y detective—. ¿Desea uno?

—¡Hugo! —exclamó el obispo, con voz que hubiera intimidado al Capítulo más rebelde, con deán y todo—. No queremos hacerle perder tiempo, señor Morgan. Sin duda, cada uno de nosotros tiene otros asuntos más importantes que atender. —Hizo

una pausa y frunció sus peludas cejas—. Espero no ser mal interpretado, mi amigo, si agrego que ante la solemne presencia de la muerte su actitud me parece algo irreverente y un tanto reprehensible. Ponga en marcha al coche, Standish.

—Lo siento, señor —contestó Morgan mirando dócilmente al obispo, por encima de sus gafas—. Realmente lo siento. A pesar de mi irreverencia, ni por un momento hubiese deseado interrumpir su apresurado viaje en busca del cadáver. Sólo quise indicar que...

—No le preste ninguna atención, obispo —le interrumpió afectuosamente Magdalena—. No lo escuche. Usted puede bajar por *nuestros* pasamanos todo lo que quiera, nadie se lo va a impedir. Yo misma le alcanzaré un almohadón grande para que no se lastime a la llegada, aunque preveo —agregó examinando con aire pensativo al obispo— que no le va a ser muy necesario, ¿no es así?

—Luz de mi vida —le dijo su marido en voz de protesta—, todo eso no tiene ninguna relación con lo que estábamos hablando. —Luego se dirigió a Standish y sus facciones se ensombrecieron, Morgan estaba incómodo y movió sus gafas a lo largo de su nariz—. Vea, señor nosotros..., bueno..., el obispo tiene razón. Nosotros no tomamos muy en serio este asunto, lo admito. Si no fuera por el disgusto que esto causará a Betty, no me preocuparía en los más mínimo. Ya lo sé: *de mortuis* y todo lo demás. Pero a pesar de ello, señor..., el viejo Depping era un tipo más bien desagradable, ¿no es cierto?

Standish golpeó con vacilación el volante de la dirección y protestó:

—¡Oh, no es para tanto...!

—Bien —dijo con indiferencia Morgan—. Me doy cuenta de que nada tengo que ver en el asunto, Sólo quería decirles que los esperé para avisarles, que el inspector Murch se ha ido a su casa para comer algo; me encargó que les anunciara que volvería inmediatamente. Me permitió que inspeccionara con él la Casa de Huéspedes y descubrimos una que otra cosilla...

—¿Y puedo preguntar con qué autoridad hizo usted eso? —dijo, picado, el obispo.

—Y... señor, supongo que mi autoridad sería parecida a la suya. No había mucho que ver en la casa, pero encontramos el arma. Debería decir *un* arma, aunque no existe mucha duda al respecto. Aún no se ha llevado a cabo la autopsia, pero el médico afirma que la bala es calibre treinta y ocho. El arma era un revólver Smith y Wesson, calibre treinta y ocho. Ustedes lo encontrarán —terminó Morgan, en el tono negligente que hubiese empleado Juan Zeta, diplomático y detective— en el cajón de la derecha del escritorio de Depping.

—¿Eh? —exclamó Standish—. ¿En el escritorio de Depping? ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

—Es el propio revólver, de Depping —dijo Morgan—, y lo encontramos en ese lugar.

En ese momento el escritor recordó que tenía un *cocktail* en la mano y lo apuró de

un trago. Luego colocó el vaso en equilibrio sobre el borde de la verja, hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta a rayas rojas y blancas y trató de asumir un aspecto de misteriosa profundidad, tal como lo hubiese hecho Juan Zeta, pero era cosa difícil. Donovan notó por primera vez lo excitable del carácter de Morgan. Se le podía imaginar paseándose nerviosamente por el césped, con un vaso de *cocktail* en la mano, moviendo incesantemente de lugar las gafas que cabalgaban sobre su nariz, mientras que exponía teoría tras teoría a su sonriente esposa.

El escritor continuó:

—Se trata del revólver de Depping, sin ninguna duda. Su nombre está grabado sobre una chapita de plata en la empuñadura. Además, su permiso de tenencia de armas de fuego estaba en el mismo cajón y la numeración coincide. De paso, se han efectuado hace poco tiempo dos disparos con ese revólver.

El doctor Fell se inclinó bruscamente hacia delante. Con su capa y su sombrero de teja constituía una extraña figura sobre el fondo verde del paisaje.

—¿Dos disparos? —repitió el doctor—. Por lo que he oído hasta ahora, sólo se trataba de uno. ¿Dónde estaba la otra bala?

—Ahí está la cosa. No pudimos descubrirlo. Tanto Murch como yo estamos dispuestos a jurar que no está alojada en ninguna parte de la habitación. Además...

—Tengo la impresión de que estamos perdiendo mucho tiempo —interrumpió el obispo—. Estas informaciones pueden obtenerse oficialmente del inspector Murch. ¿Proseguimos la marcha, Standish?

Donovan pensó que había momentos en que su padre faltaba a la más elemental cortesía. Es verdad que las repetidas alusiones a la bajada por el pasamano debían provocar, su impaciencia, sin contar con que Magdalena parecía meditar en ese momento algún nuevo comentario sobre almohadones. El doctor Fell gruñó unas palabras ininteligibles y miró airadamente al obispo, pero Standish estaba bajo la influencia de los fríos ojos eclesiásticos del obispo, de modo que apretó obedientemente el pedal de arranque.

—Muy bien —dijo Morgan amablemente; y luego sugirió a Donovan—: Escápese tan pronto como pueda y venga a casa a probar uno de nuestros *Martinis*.

El escritor apoyó los codos sobre la verja mientras el automóvil se ponía en marcha y lanzó una larga mirada al obispo. En ese momento Morgan, cual si fuera Juan Zeta en persona, habló con voz de trueno a través del camino.

—Ignoro qué deducciones hará su reverencia, pero le voy a indicar una pista: *busque el abrochador*.

El automóvil se desvió algo de la ruta al tomar velocidad. Standish abrió la boca asombrado y preguntó:

—¿Eh? ¿Qué es lo que dijo? ¿Cuál abrochador? ¿Qué relación tiene con todo esto un endemoniado abrochador?

—Ninguna, con toda seguridad —respondió el obispo—. Debe tratarse de alguna nueva tontería de ese joven insolente. No puedo convencerme de que haya gente

inteligente que lea las patrañas escritas por una persona que ignora totalmente la criminología...

—¡Un momento! —protestó con vehemencia el coronel (su lectura favorita eran las aventuras de Juan Zeta)—. Del *Asesinato en el asiento del canciller* se hicieron once ediciones con 79.000 ejemplares; *¿Quién mató al primer ministro?* tuvo dieciséis ediciones con..., bueno, no sé cuántos ejemplares, pero eran una gran cantidad: Burke me lo dijo. Además —agregó Standish empleando un argumento decisivo—, a mi mujer le gusta.

El doctor Fell, que había estado observando con aire pensativo la casa de la izquierda del camino, pareció contener la risa. Miró de reojo al obispo y comentó distraídamente:

—Me temo que usted se ha colocado en una situación más bien desagradable. Al parecer, existe la impresión, bastante difundida, de que su conducta a veces es, ¡hum!, un tanto inesperada. ¡Je, je, je, je! En su lugar, señor, yo tendría cuidado, sumo cuidado. Sería de lamentar, por ejemplo, el que ocurrieran otros lapsos.

—Creo que no entiendo.

—Quiero decir que el coronel y yo nos veríamos obligados a privarlo de su libertad. Ello lo excluiría del caso y podría tener publicidad en los periódicos. —La roja cara del doctor tenía una expresión suave y sus ojos estaban muy abiertos—. Preste atención a lo que le digo, reverencia, y permítame aconsejarle que proceda con extrema cautela. Escuche a todo el que desee hablar y atienda a lo que dice; nunca descarte nada por considerar que no tiene importancia, ¿eh?

Era evidente que algo se le había ocurrido a Fell y aún continuaba meditando sobre ello cuando el automóvil llegó a la entrada de La Granja. El portón de hierro estaba cerrado y, en la portería, un agente de policía pretendía no ver el pequeño grupo de mirones que se había congregado afuera. Al oír la voz de Standish el agente abrió las puertas.

—Les diré lo que voy a hacer —dijo Standish—. Yo iré a casa para que preparen habitaciones para ustedes y les lleven las maletas. Ustedes van a la Casa de Huéspedes a investigar; me reuniré con ustedes en seguida. El obispo sabe dónde está la casa.

Donovan padre asintió con gran entusiasmo; preguntó severamente al agente de policía si se había tocado algo, miró en derredor con satisfacción y luego husmeó el aire como un cazador, antes de emprender la marcha por el césped. Su hijo reflexionó que ellos tres debían constituir una extraña procesión. Un poco más lejos, al final de una pequeña subida, se podían divisar, recortados sobre el cielo amarillento, los tejados a dos aguas del bajo y severo edificio. Salvo una fila de olmos a cada lado del camino de entrada, todos los árboles estaban amontonados detrás de La Granja. La propiedad debía medir alrededor de 3.000 hectáreas en total. La Granja era un edificio de estilo Tudor, restaurado, cubierto de hiedra, con altas ventanas y construido sobre tres lados de un rectángulo, con el cuarto lado abierto sobre la calle

de entrada. Tenía, casi, el aspecto impenetrable de un edificio público y, según los cálculos de Donovan, su mantenimiento debía requerir una enorme renta. Con toda seguridad, Standish no era un militar retirado con media paga.

La Casa de Huéspedes estaba situada en un claro entre la arboleda del extremo sur del parque, lo que le confería una apariencia desierta, triste y algo siniestra. Estaba colocada en una hondonada de terreno más bien pantanoso, y un gran acebo que se levantaba detrás de la casa hacía que su tamaño pareciera menor de lo que en realidad era. Todas las ventanas, incluyendo las del sótano, estaban protegidas por rejas convexas de hierro, al estilo francés. La casa estaba rodeada por dos balcones, uno en el piso alto y otro en el bajo, que llevaban barandillas de hierro trabajado. En el costado oeste del edificio hacia el centro del balcón superior, Donovan pudo distinguir la puerta por la cual debía haber escapado el asesino. Estaba entreabierta y un tramo de escalera la comunicaba con el balcón inferior. El evidente mal gusto de la casa producía una impresión desfavorable. A pesar de que aún brillaba el sol, había oscuridad entre los árboles y la humedad causada por la lluvia de la noche anterior no había desaparecido todavía.

El obispo los llevaba por una vereda de ladrillos, que al llegar a la casa se dividía en dos ramas para circundarla, cuando se detuvo bruscamente. Junto a la vereda que corría por el costado oeste de la casa podían ver la figura de un hombre arrodillado que observaba fijamente algo que se encontraba en el suelo.

El obispo casi dijo «¡Ajá!» y se adelantó con decisión. La persona arrodillada levantó de pronto la cabeza.

—¡Pero si son mis propios zapatos! —protestó—. Vean, ¡y que se lo lleve todo el demonio! ¡Son mis propios zapatos!

CAPÍTULO V

—Buenas tardes, Morley —dijo él obispo imperturbablemente—. Señores, permítanme que les presente a Morley Standish, hijo del coronel Standish. ¿Qué pasa con sus zapatos?

Morley Standish se puso de pie y sacudió la tierra de sus pantalones. Tendría unos treinta y cinco años; fornido y de aspecto serio, era una segunda edición de su padre, si bien más moderna y algo más inteligente. La influencia del coronel era visible en su hijo. Su cara, de facciones pesadas, no era desagradable y llevaba uno de esos bigotes puestos en boga por Hitler. Vestía una chaqueta de deporte de color oscuro y corbata negra, aparentemente en señal de vago respeto por la muerte del padre de su novia.

—Tengo la impresión de que hablé involuntariamente —dijo después de una pausa, durante la cual estudió atentamente el grupo. Donovan no pudo decidir si lo que brillaba en los ojos de Morley era enojo o risa—. ¿Nunca han experimentado esa sensación? ¿El que alguien llegue de pronto, uno se sobresalte y diga lo que está pensando en el momento?

La débil sonrisa desapareció de su rostro.

—Murch me comunicó que usted y mi padre estaban informados de este asunto. Es un caso bastante feo. He teleografiado la noticia a Betty antes de que se enterase por los diarios. Yo me ocuparé de lo referente al entierro, pero Murch dijo que ustedes probablemente llamarían a Scotland Yard y que hasta ese momento no se podía mover el cuerpo. Si estos caballeros son del Yard —Morley miró a Donovan y al doctor—, espero que efectúen un examen rápido para que pueda venir el empresario de Pompas Fúnebres.

El obispo asintió con la cabeza. Era evidente que apreciaba mucho al positivo Morley Standish.

—Éste es el doctor Fell —dijo su reverencia—, que..., ¡hum!, ha sido enviado por mi buen amigo el inspector jefe para que nos preste su colaboración; con él, nuestra investigación no podrá sino adelantar en forma notable.

El obispo inclinó con cierta frialdad la cabeza en dirección al doctor, quien miró amablemente a Standish, y luego continuó:

—Y éste es mi hijo Hugo, de quien me ha oído hablar. El asunto está en sus manos, doctor. ¿Entramos a la casa? Creo que el señor Standish es la persona más indicada para relatarnos los hechos.

—Muy bien —respondió el doctor Fell. Y señalando la casa, preguntó—: El criado en cuestión, ¿vive todavía allí?

Standish lo había estado observando tratando de ocultar cortésmente su sorpresa, lo que por cierto la hacía más visible. Al parecer, se había imaginado que Donovan era algún funcionario de la policía y se encontraba algo desconcertado al descubrir que quien representaba la autoridad era el doctor Fell.

—Sí —dijo—. ¿Quieren ustedes entrar? El cocinero, Aquiles, se niega a permanecer en la casa, pues sostiene que en ella hay fantasmas, pero Storer se quedará todo el tiempo que precise.

—No hay apuro —afirmó con soltura el doctor. Y señalando los escalones que conducían a la entrada lateral del pórtico, prosiguió—: Tome asiento, señor Standish. Póngase cómodo. ¿Fuma?

—Si entráramos —intervino el obispo—, con toda seguridad...

—Tonterías —dijo el doctor Fell, poniendo fin a la discusión, al sentarse trabajosamente en un banco de adorno situado frente al pórtico. Morley Standish, con una expresión de suma gravedad, tomó asiento sobre los escalones y sacó su pipa. Durante unos instantes el doctor Fell guardó silencio, mientras hurgaba la pared con su bastón y resoplaba después del esfuerzo realizado al sentarse. Luego dijo de improviso:

—¿Quién cree usted que mató a Depping, señor Standish?

Al oír este comienzo tan poco ortodoxo, el obispo se cruzó de brazos con resignación. El doctor, corpulento y ensimismado, sentado allí mientras que a sus espaldas los pájaros gorjeaban en los árboles, producía la curiosa impresión de ser un juez en trance de impartir sentencia. Morley Standish, que lo estudiaba con ojos entornados, respondió:

—Pues no creo que exista mucha duda al respecto, ¿no es así? El culpable es el personaje que vino a visitarlo, el hombre con acento norteamericano.

Y frunció las cejas como efectuando una pregunta.

—Spinelli —aclaró con complacencia el obispo.

—Por el amor de Dios —dijo con una mirada furiosa el doctor—, ¿quiere callarse? Soy yo quien tiene autoridad para actuar y llevar adelante las investigaciones.

Morley Standish se sobresaltó, y en su rostro se pintó una expresión de perplejidad y desconcierto.

—¿Usted sabe su nombre? —exclamó con amargura—. Bien, eso me hace pensar que el obispo Donovan tenía razón. Si hubiésemos tenido el buen sentido de escucharle la primera vez, cuando nos previno contra el personaje, esto no hubiera sucedido. A pesar de todas las buenas condiciones de mi padre... —aquí titubeó—. No importa. Hubiésemos podido impedirlo.

—¿Quién sabe! —dijo Fell—. ¿Qué noticias hay de Spinelli? Según creo, no se ha dado con él todavía.

—Que yo sepa, así es, pero no he visto a Murch desde el mediodía.

—¡Hum! Ahora bien, señor Standish, si Spinelli mató a su futuro suegro, en su opinión, ¿qué pudo haberlo impulsado a ello? ¿Qué relación podía existir entre un viejo e inofensivo caballero como Depping y un chantajista norteamericano con antecedentes criminales?

Standish encendió la pipa y arrojó el fósforo antes de contestar; sus facciones se

habían vuelto más inexpresivas.

—Un momento, señor... ¿Cómo es su nombre? ¡Ah, sí! Doctor Fell. ¿Por qué preguntármelo a mí? Yo no sé más que..., bueno, pongamos que lo que sabe mi padre. ¿Por qué preguntarme eso a mí?

—En sus conversaciones con la señorita Depping, ¿nunca hablaron de él?

—¡Ahí! —dijo Standish, y miró de frente al doctor—. Esa pregunta es de carácter más bien íntimo, ¿sabe? Sin embargo, tiene fácil contestación. Betty (la señorita Depping) conocía muy poco a su padre y no recuerda a su madre. Desde la edad de siete u ocho años estuvo en un convento en Trieste. Luego fue enviada como pupila a una de esas escuelas muy rigurosas de Francia. Cuando cumplió dieciocho años..., bueno..., ¡caramba!, ella tiene mucho carácter y no pudo soportarlo más, de modo que se escapó. —El rostro de Morley Standish expresó en el primer momento cierto embarazo, pero luego sonrió—. ¡Se escapó, qué diantre! Bastante bien hecho, ¿no le parece? —preguntó atusándose el recortado bigote y dándose una palmada sobre la pierna—. Luego el viejo verd..., el señor Depping, le permitió vivir en París con una dama de compañía a sueldo (una de esas parientas por cortesía). Durante toda esa época sólo vio a su padre en raras ocasiones, aunque le escribía a cierta dirección en Londres. Lo más extraño del caso es que aunque Depping siempre se preocupaba por ella, cavilando sobre lo que podía estar haciendo, nunca le dijo que viviera con él. —Standish se interrumpió—. Vea, yo creo que usted no necesitará repetir todo eso. Es decir, estoy mejor informado sobre el asunto que mi padre, lo admito, pero...

—Sugestivo —dijo el obispo, haciendo descender las comisuras de su boca—. Muy sugestivo, doctor. Recuerdo un caso similar, sucedido durante el año 1876 en Riga; otro en Constantinopla en 1895, y un tercero en..., ¡hum!, San Luis en 1909.

—Realmente su erudición es fenomenal —comentó con admiración el doctor Fell. Luego observó durante un momento a Morley antes de preguntarle—: ¿En que trabajaba Depping?

—¡Oh! Tenía negocios en el centro.

—¡Hum! —gruñó el doctor Fell, frunciendo las cejas—. Es curioso, pero siempre que un hombre desea dar a alguien una impresión de sólida pero vaga respetabilidad, dice que tiene negocios en el centro. ¿Por qué tenía mala fama Depping en este vecindario?

Standish, incómodo y a la defensiva se puso muy parecido a su padre.

—¿Mala fama? —repitió—. ¿Qué es lo que usted quiere decir? O más bien, ¿qué le hace creer que tenía mala fama?

—Bueno..., por lo menos una persona lo calificó de «ser desagradable», y el mismo coronel, tan consecuente con sus amigos, no la contradujo. Además, usted en persona se refirió a él en términos de «viejo verd...», ¿eh?

—Lo que pasa es esto —respondió Morley como explicación—: Es verdad que Depping hubiera podido guardar más decoro, pero sea como fuere, debemos considerar las cosas desde un punto de vista impersonal. La gente se reía de Depping,

o por lo contrario, se disgustaba con él, únicamente porque solía galantear a muchachas de la edad de mi hermana, siendo un hombre de más de sesenta años. Tal vez su concepto de la galantería fuese ridículo, pero la cosa era una contradicción — argumentó Morley— por lo mismo que Depping era un hombre tan exageradamente formal, estudioso y afectado. Parecía un poco..., impúdico.

—¿Conque era un donjuán? —apuntó alegremente el doctor Fell—. No creo que causara mucho daño, ¿no es así?

La boca de Standish se aflojó con una sonrisa y dijo con alivio:

—Gracias; temí que usted lo tomara en serio. ¿Daño? Es claro que no, pero molestó a mucha gente. Enrique Morgan, en especial, no lo podía soportar, cosa curiosa, porque pocas personas son tan tolerantes como él, Creo que lo que más irritaba a Enrique era el modo de hablar de Depping, igual al de un profesor de matemáticas muy pedante. Esta mañana, cuando nos avisaron lo sucedido, Enrique, Magdalena, mi hermana Patricia y yo estábamos jugando un partido de tenis. Las pistas no están muy lejos de aquí, y la primera noticia que tuvimos fue cuando Storer llegó corriendo pendiente arriba, se aferró del alambrado y murmuró que había encontrado a Depping muerto en su despacho. Enrique dijo: «No es posible tanta suerte», y ni siquiera dejó de jugar.

El doctor guardó silencio por largo rato. El sol había descendido detrás de los árboles, y las feas deformidades de la Casa de Huéspedes resaltaban a la luz de sus rayos horizontales.

—Volveremos luego sobre ello —dijo el doctor con ademán irritado—. ¡Hum, sí! Creo que será mejor que subamos a inspeccionar el cadáver de este extraño personaje... Pero antes, ¿qué fue lo que usted dijo cuando llegamos? Algo como «son mis zapatos». Usted examinaba...

Y apuntó con su bastón al borde de la vereda de ladrillos, cerca de los escalones.

Durante; todo este tiempo, consciente o inconscientemente, Morley Standish había estado balanceando un pie sobre una mata de césped que crecía en la tierra arcillosa próxima a los escalones. Al oír la pregunta, cambió de posición, se irguió, frunció el entrecejo y anunció:

—Es una pisada. Será mejor que declare desde ahora que debe haber sido hecha con uno de mis zapatos.

El obispo, que durante la conversación había tratado (con toda educación) de mirar a través de la obstrucción causada por el pie, dio un paso hacia adelante y se inclinó sobre la pisada. Ésta se encontraba cerca del borde de la vereda de ladrillos, como si alguien, al caminar, se hubiese desviado ligeramente de ella con el pie izquierdo. La impresión era clara y bastante profunda. El pie que la había causado también había aplastado un poco de césped; se trataba de un zapato de punta cuadrada, que ostentaba un dibujo en el tacón, leve pero reconocible, semejante a una estrella de ocho puntas. Había rastros blanquecinos dentro de la pisada y a los costados de la misma:

—Ha pasado lo siguiente —explicó Standish, un poco incómodo—. Anoche llovió muchísimo, y como el agua, arrastra barro cuesta abajo, lo normal habría sido que esta pisada hubiese desaparecido, pero la huella está protegida por los escalones... No me mire a mi. Yo no la hice, pero observe.

Morley giró sobre sus talones y colocó suavemente su pie dentro de la pisada. El obispo le dijo:

—Le ruego, Morley, que no borre esa impresión; apártese un poco, por favor. He llevado a cabo un estudio muy detenido sobre pisadas, caballeros. ¡Hugo! Ven aquí y préstame tu ayuda para examinar esta huella. —El obispo sonrió levemente—. Tendremos algo muy interesante, por cierto, que mostrar al inspector Murch a su regreso.

—¡Oh! ¡Pero si fue Murch quien la encontró! —exclamó Standish, y suspendió los cautelosos intentos que hacía para calzar su pie dentro de la pisada—. Él la encontró y con la ayuda de Enrique Morgan sacaron de ella un molde de yeso. Aunque yo sabía que la habían descubierto, ni siquiera, la había visto hasta esta tarde.

—¡Oh!... ¡Ah! —dijo el obispo. Se detuvo y pasó una mano por sus labios—. Yo opinaría que todo esto no es otra cosa que una nueva intervención de Morgan. Episodio desgraciado, muy desgraciado.

Morley, sorprendido, exclamó con voz llena de nerviosidad e inquietud:

—¡Puede estar seguro que se trata de un episodio desgraciado! Vea, todo coincide; me pregunto si Murch estará pensando...

El doctor Fell, que, con su vago aspecto de miope, también se había acercado a observar la huella, inquirió:

—¿Cómo puede identificar los zapatos?

—Por el dibujo del tacón. Es un par que yo había dejado de usar. Para comprender bien el asunto —explicó Standish echándose hacia atrás el sombrero— es necesario conocer a mi madre. Mi madre es una persona excelente, pero se le ocurren ideas y además es sumamente influenciable. No hace mucho —continuó Morley con aspecto resignado—, mamá leyó en una revista un artículo titulado *¿Por qué someterse a la tiranía de los zapateros remendones?* Quedó tan impresionada que encargó a la ciudad grandes cantidades de tacones de goma; miles de tacones de goma, sabe Dios cuántos. Pero lo peor de todo consistía en el detalle de que era necesario colocarlos uno mismo (indudablemente un plan diabólico para enseñar a la familia británica una habilidad provechosa). El resultado fue...

—Haga el favor de ir al grano, Morley —interrumpió el obispo—. Yo estaba por explicar...

—El resultado fue —continuó Morley, en pleno relato de sus infortunios— que, o se atravesaba completamente la suela con los clavos, de modo que luego era imposible caminar sobre ellos, o el tacón se colocaba en forma tan insegura que inevitablemente se desprendía justo al bajar la escalera. ¡Nunca oí a mi padre expresarse como aquella ocasión! Por último nos rebelamos: yo le dije a Kennings

que tomara el único par mutilado por mí y lo tirara al basurero... y *ahí* está — declaró, señalando la pisada—. Lo reconocería en cualquier sitio, el tacón era demasiado grande para el zapato. Todo lo que puedo asegurar es que alguien los ha estado usando, pero ¿por qué?

El obispo pellizcó su labio inferior y dijo:

—Esto, doctor, empieza a ponerse serio. Parecería indicar que alguna persona de la misma Granja trata de arrojar sospechas, sobre Morley...

—Me pregunto si será así —gruñó Fell.

—... pues es evidente, aun al más primitivo intelecto —continuó el otro con benevolencia—, que Morley no fue quien usó los zapatos. Póngase allí, Morley, y coloque su pie en el suelo, al lado de la pisada; ahora camine..., ya está. ¿Nota la diferencia?

Hubo una pausa. Standish examinó la pisada que había hecho y dejó escapar un silbido.

—¡Hola! Ya veo. ¿Usted quiere decir que la huella dejada por mí es demasiado profunda?

—Exactamente. Usted es mucho más pesado que la persona que allí plantó su pie y la huella suya es uno o dos centímetros más honda. ¿Está de acuerdo conmigo, doctor?

Fell no prestó atención. Se había alejado, pensativamente con su sombrero de teja hundido hasta los ojos, para contemplar nuevamente la Gasa de Huéspedes, con mirada extraña e inexpresiva.

—Mucho me temo —dijo— que el verdadero significado de esa pisada se le escape completamente... ¿Cuándo vio esos zapatos por última vez, señor Standish?

—¿Verlos? ¡Oh, hace meses! Se los di a Kennings.

—¿Y qué hizo con ellos Kennings, sea quien fuere?

—Kennings es el primer lacayo y está encargado de la alacena donde se guardan los objetos inútiles... ¡Oiga! —Morley hizo castañetear los dedos—. ¡Ya lo tengo! Diez a uno a que los puso en la alacena de objetos inútiles. La alacena es idea de mamá y los objetos que guarda son para los pobres paganos: cualquier cosa que no se usa más, se pone allí, para ellos.

—Y esta alacena, ¿es accesible a cualquiera?

—¡Oh, sí! En realidad es un cuarto. —Morley echó una ojeada al obispo y uno de sus párpados se cerró—. De paso, está situada al lado de la habitación donde nuestro *poltergeist* llevó a cabo su desastroso ataque contra el vicario de Pucklechurch.

—Entremos —dijo Fell, y todos se dirigieron al frente de la casa.

El olor a tierra pantanosa había aumentado con la baja del sol y los insectos revoloteaban a la sombra del pórtico. Las persianas rojo oscuro del piso bajo estaban todas cerradas. El doctor Fell apretó el timbre con su bastón, echando un vistazo a las ventanas.

—En este asunto —dijo— hay más que zapatos, *poltergeists* y aun asesinato: el

problema más curioso de todos lo constituye el mismo Depping. ¡Hum! Observen esta atrocidad. —El doctor golpeó la pared de piedra de la casa—. Se trata de un hombre famoso por lo refinado de su gusto en el vestir, en literatura y en conducta. Es un *gourmet* que tiene a su servicio un cocinero especial para que le prepare los platos en forma perfecta, y sin embargo vive en una casa, como ésta. Es un sujeto austero que sólo aprecia los vinos excelentes y a pesar de ello se pesca periódicamente y en secreto unas borracheras escandalosas, previo estacionamiento del criado a la puerta para que nadie pueda molestarlo. Además de todo esto, es un personaje que interrumpe períodos de intenso estudio para correr detrás de muchachas lo suficientemente jóvenes como para ser sus nietas. Esto es siniestro. Hay en el asunto algo de locura y de impiedad y este viejo sátiro ascético es lo peor de todo. ¡Arcontes de Atenas! ¡He aquí lo que Hadley define como caso vulgar y, carente de interés! El ocho de espadas es sólo un detalle... ¡Ahí!

La puerta, cuyo panel superior estaba compuesto por cuadrados de vidrios rojos y negros, se iluminó de modo amenazador cuando alguien encendió las luces de adentro y luego fue abierta por un hombre delgado, de aspecto taciturno, que parecía haber contemplado todas las locuras de la tierra sin demostrar mayor sorpresa.

—¿Señor? —dijo el hombre, hablando por la nariz.

—Somos de la policía —respondió el doctor Fell—. Llévenos arriba. Su nombre es Storer, ¿no es así?

—Sí, señor. Ustedes desean visitar el cadáver —observó, como si se tratara de una persona, en vida—. Sírvanse pasar por aquí.

Al entrar, Hugo Donovan experimentó profunda desgana por ver de cerca el cuerpo de Depping. Tampoco le gustó el vestíbulo de la casa a través del cual les condujo Storer. No tenía ventanas y olía a barniz para muebles, circunstancia misteriosa, pues ninguno de los pesados y oscuros muebles parecía haber sido lustrado nunca. Una araña alargada, con dos bombillas eléctricas de escasa luz, descendía del alto cielo raso. El piso y la escalera estaban cubiertos por una estera que en algún tiempo remoto había sido amarilla y delante de varias puertas pendían impresionantes cortinas negras. Un tubo acústico se hallaba instalado en la pared, junto a una de las puertas; el doctor se detuvo un momento para examinarlo antes de subir con los demás. Con la mirada iba recorriendo todos los rincones.

El despacho estaba situado sobre el frente que daba hacia el oeste. Storer pareció resistir el impulso de golpear antes de abrir la puerta.

Se encontraron en un aposento amplio, de alto cielo raso. Frente a la puerta por donde habían entrado, Donovan pudo ver la puerta que daba al balcón; como en el piso bajo, también el panel superior de ésta se componía de cuadrados de vidrio rojo y negro. A ambos lados había dos ventanas, cuyas negras cortinas estaban descorridas, dejando ver las rejas curvas de fuera. En la pared de la derecha había otras tres ventanas más, provistas de cortinas similares, también descorridas. Y todas las ventanas estaban abiertas.

La arboleda que rodeaba la Casa de Huéspedes era tan espesa que sólo se filtraba al despacho una tenue luz verdosa, pero ésta era suficiente para distinguir el objeto de mayor interés contenido en la habitación.

Donovan nunca pudo olvidar lo que fue para él su primera visión de muerte violenta. En la pared de la izquierda había una chimenea baja de mármol blanco; a un metro de distancia de ésta, aproximadamente, yacía el difunto Septimus Depping, recostado sobre una mesa escritorio, con la cara vuelta y ofreciendo su espalda a la chimenea. Estaba sentado en un sillón bajo, de cuero, y tenía las piernas dobladas hacia atrás, contra el asiento; su brazo derecho pendía inerte, con el hombro apoyado contra la mesa escritorio y su brazo izquierdo se alargaba sobre el papel secante. El difunto señor Depping llevaba un batín de antiguo modelo y cuello alto; sus pantalones eran de etiqueta y tenía puestos calcetines blancos con zapatos de charol. Pero lo que mejor podían ver los visitantes era la parte posterior de su cabeza, claramente expuesta ante sus ojos. El escaso cabello, bien cepillado, era de color gris, y en la coronilla, donde antes debió haber existido una pequeña superficie calva, ahora había una quemadura causada por un balazo disparado con el arma colocada contra la piel.

El espectáculo era impresionante y el horror se acentuaba más aún por el hecho de que los pájaros seguían gorjeando en el parque, mientras que desde la reja de una de las ventanas un petirrojo indiferente miraba hacia otro lado.

Hugo Donovan ensayó, él también, de mirar hacia otro lado y se dispuso a estudiar el despacho. Las paredes estaban ocultas por estantes cargados de libros; los había aún en los espacios libres entre las ventanas. Un orden escrupuloso reinaba por todas partes. Sobre una mesa había una bandeja con comida, cubierta por un mantel blanco; delante de la mesa estaba colocada una silla de respaldo recto; más allá se veía un florero de plata con rosas, todavía frescas.

Los ojos de Donovan pasaron rápidamente por sobre la mesa escritorio. Un sillón de cuero había sido acercado a ella, como si X hubiera estado sentado allí, conversando. Junto al sillón había un cenicero de pie, vacío de ceniza o colillas. Cerca del escritorio se encontraba un fichero metálico, una mesa pequeña con una máquina de escribir y otro cenicero de pie. Una poderosa bombilla eléctrica, protegida por una pantalla ordinaria, pendía sobre el escritorio, y ésta, junto con una lámpara de pie colocada en un rincón, constituía en apariencia la única forma de iluminación. Sobre el limpio papel secante de escritorio se podía ver una canastilla de alambre que contenía varios paquetes de manuscritos, cada uno de ellos acompañado por páginas azules escritas a máquina; también había una bandeja con portaplumas y lápices de color, un tintero, varias hojas de sellos apretadas por una caja de grapas para papeles y, en un marcó de plata de regular tamaño, la fotografía de una muchacha. Por último, sobre el borde de la mesa, casi formando una línea recta con el asiento de Depping y el de X, estaba colocado un candelero con una vela a medio consumir.

Hugo recordó que esa noche las luces se habían apagado; más allá, sobre la chimenea, divisó otra vela. A un lado de esta chimenea había una puerta oculta por una cortina y al otro, un aparador formando esquina entre dos paredes de libros; pero la vista de Donovan se sentía atraída por el agujero de bala que mostraba la cabeza del difunto, por el aspecto ordenado de la habitación, y por el naipe pintado que podía distinguir entre los dedos de la mano izquierda del muerto.

El primero en moverse fue el doctor Fell, quien entró pesadamente en la habitación a través de la puerta, rompiendo el silencio con el golpear de su bastón sobre la alfombra. Se inclinó, resoplando, para inspeccionar el cuerpo, y la cinta negra de sus lentes rozó, el candelero. Luego, todavía inclinado, observó atentamente toda la habitación. Algo parecía molestarle; se acercó a las ventanas, estudió el piso frente a ellas y palpó todas las cortinas. Parecía aún más fastidiado. De pronto exclamó:

—¿Por qué están abiertas todas las ventanas?

CAPÍTULO VI

Storer, que había estado aguardando pacientemente con la cabeza baja, frunció el ceño ante este comienzo y dijo:

—No le comprendo, señor.

—¿Estaban abiertas las ventanas esta mañana cuando usted encontró el cadáver?

—Sí, señor —contestó el criado después de examinar con los ojos cada una de las ventanas.

—¡Hum! En esta parte, el piso tiene dos centímetros de agua y todas las cortinas están, empapadas... A propósito de esta tormenta de anoche. ¿A qué hora empezó?

—Alrededor de las veintiuna, señor.

El doctor Fell pareció hablar consigo mismo:

—Entonces, ¿por qué Depping no cerró sus ventanas? ¿Por qué dejó las cinco abiertas, si la tormenta entraba por ellas? Está mal, es ilógico, es... ¿qué decía usted?

Los ojos de Storer brillaron como si recordara algo, su cara se ensanchó y por un momento pareció menos desilusionado.

—Piense, hombre —dijo con irritación Fell—. La tormenta empieza a las veintiuna; a esa hora, Depping se encuentra solo. La visita llega poco después, sube y es recibida por Depping, ¿y mientras tanto la lluvia y el viento entran a toda furia por las cinco ventanas abiertas? Hay un error en alguna parte... ¿En qué pensaba usted?

—En algo que dijo Aquiles, señor. —El criado miró al difunto y pareció, desorientado—. Luego lo olvidé y también lo debe haber olvidado Aquiles, pues no hicimos mención de ello cuando el otro oficial de policía habló con nosotros. Aquiles es Aquiles Georges, el cocinero, como usted sabrá...

—¿Y...?

Storer no quiso perder su dignidad apresurando el relato y continuó:

—Después que sé desencadenó la tormenta y una vez que ese norteamericano hubo subido a entrevistarse con el señor Depping, yo le dije al cocinero que saliese para averiguar qué había pasado con los hilos eléctricos. Se apagaron las luces, usted sabe...

—Ya estamos enterados de todo eso... —Bien, señor. Mientras Aquiles estaba afuera, debajo de la lluvia, vio que el señor Depping y el norteamericano se movían por la habitación, abriendo todas las ventanas. Dijo que, aparente mente, también descorrían las cortinas.

Fell parpadeó y clavó sus ojos sobre Storer.

—¿Que estaban abriendo todas las ventanas y descorriendo las cortinas? ¿No le parece eso algo raro?

Obligado nuevamente a juzgar por las locuras de este mundo, el criado las consideró sin sorpresa y contestó impasiblemente:

—El señor Depping era un hombre de humor tornadizo.

—¡Bah! —dijo el doctor; y el obispo de Mappleham, que ya había recobrado su

aplomo, avanzó con majestuosa serenidad a ocupar el primer plano.

—Luego se aclarará todo eso —afirmó—. ¡Ahí! ¿Puedo preguntar si el inspector Murch examinó esta habitación en busca de impresiones digitales? ¿No originaremos confusión al investigar?

—No señor; no había impresiones digitales —dijo Storer, casi con aire de aprobación.

El criado contempló durante un instante el cadáver, como quien admira una obra bien realizada, y luego dirigió la vista hacia afuera de las ventanas.

—En primer lugar, efectuaremos un examen preliminar —dijo el obispo, y se aproximó al escritorio, seguido por su hijo; luego, dando unos pasos alrededor del mueble, se detuvo a examinar el rostro del difunto. La muerte había sido instantánea. Las facciones de Depping tenían una expresión más bien complacida; con su mejilla apoyada sobre el papel secante, sonreía afectadamente en dirección a las ventanas. Era una cara larga y sin rasgos abultados, que en vida hubiera podido mostrar cualquier expresión. Los ojos estaban entreabiertos, la frente era huesuda, la boca arrugada y un par de quevedos sin aros apretaba todavía su nariz de alto caballete.

El obispo tomó el naipe que oprimían los dedos del muerto. De cartulina blanca y brillante, tenía el aspecto de haber sido prolijamente recortado de una hoja similar a las que se pueden adquirir en cualquier papelería. Ocho pequeñas espadas dibujadas con tinta china, con los mangos pintados de negros y las hojas de gris, a la acuarela, se hallaban dispuestas en forma de asterisco sobre una línea azul, que evidentemente representaba el agua. El obispo dijo, como al descuido, a su hijo:

—Si el doctor Fell en realidad tiene alguna idea de lo que esto significa...

El doctor no respondió, en ese momento estaba levantando el lienzo blanco que cubría los platos colocados sobre la mesa. Después de sostener con impaciencia el naipe entre sus dedos, el obispo se adelantó hasta el frente del escritorio, abrió el cajón situado a mano derecha y sacó de él un revólver Smith y Wesson, calibre treinta y ocho, con mango de marfil. Husmeó el cañón y luego examinó, el cilindro como si toda la vida hubiera tenido la costumbre de manejar armas de fuego. Terminado el examen, volvió el cilindro a su lugar y cerró de golpe el cajón, Hugo pensó que nunca había visto a su padre con expresión más desorientada.

—Dos disparos... —dijo el obispo—, y aquí no se ha encontrado otra bala...

—No, señor —contestó con satisfacción el criado—. El oficial de policía y el señor Borgan permitieron que me quedara durante su Investigación. Ellos hasta pensaron que la bala podría haber salido fuera por una de las ventanas e hicieron puntería desde distintos lugares de la habitación a fin de descubrir la dirección que podría haber tomado; pero el señor Morgan sugirió que hubiera sido más que extraordinario el que una bala pasara a través de las rejas sin tocar ninguno de los barrotes. La separación entre ellos no mide más de un centímetro y medió. Dijo que hubiera sido un capricho de la naturaleza, señor.

—Es un joven muy inteligente —respondió fríamente el otro—, pero lo que

nosotros buscamos son hechos. Tratemos de establecer lo sucedido. —El obispo se colocó contra la luz, cruzó las manos a la espalda y clavó su mirada hipnotizadora sobre el criador—. ¿Cuánto tiempo ha estado usted con el señor Depping?

—Cinco años, señor. Desde que vino a vivir aquí.

—¿Cómo llegó a emplearlo?

—A través de una agencia en Londres —replicó Storer, con un dejo de severidad en la voz—. Yo no soy de estas regiones.

—¿Conoce usted algo de la vida pasada de su patrón, algo que hubiese acontecido antes de entrar usted a su servicio?

—No, señor; así le dije al oficial de policía esta mañana.

Y Storer repitió una vez más su relato, con entonación paciente. El señor Depping había sido un hombre de humor tornadizo, quisquilloso, irritado por minucias, que citaba con frecuencia a Brillat-Savarin y capaz de dejarse llevar por la ira si el cocinero no presentaba los platos a gusto exacto de su paladar. Era, sin duda, una persona de mucho saber, pero no un caballero. Storer fundaba estas deducciones sobre los hechos siguientes: a) el señor Depping, cuando estaba bajo la influencia del alcohol, era propenso a dirigirse a los criados llamándolos por su primer nombre; b) empleaba expresiones norteamericanas, y c) con frecuencia era groseramente generoso con su dinero. En una ocasión (durante un período de excesiva absorción de *whisky*) declaró que había empleado a Sforer sólo por su aspecto de respetabilidad y que la única razón de haber empleado a Aquiles Georges era el hecho de que todo el mundo considerase como marca de cultura el apreciar la buena comida y los vinos finos.

—Buen hombre —interrumpió con irritación el obispo—, no me interesan en absoluto las preferencias del señor Depping en materia de comida...

—A mí sí que me interesa —dijo de pronto el doctor Fell, que se había vuelto durante el relato del criado—. Por alguna casualidad, ¿le gustaba la sopa de cangrejos?

—Sí, señor —respondió imperturbable Storer—. Era su sopa favorita. Aquiles la preparó muchas veces en este último tiempo.

Fell retiró nuevamente el lienzo que cubría los platos de comida de la noche anterior, los señaló con la cabeza y dijo:

—Entonces esto es infernalmente curioso. Aquí hay una sopa de cangrejos que apenas ha sido tocada; por el contrario, esta especie de ensalada con ananás ha sufrido un rudo ataque. Ha comido casi toda su cena, excepto la sopa... No importa. Siga.

El obispo de Mappleham, que no había prestado ninguna atención al comentario del doctor, se detuvo sobre un punto que hacía rato daba que pensar a su hijo.

—Una cosa es evidente —declaró—, y todo lo que hemos escuchado hasta el presente apunta en la misma dirección. No deseo difamar la memoria de un difunto, pero este Depping no era lo que parecía. Su vida pasada, su *desconocida* vida pasada,

sus acciones, sus contradicciones, son las de un hombre que está representando un papel...

—Sí —respondió con una especie de obstinación Fell—. Eso es tan evidente que no vale la pena mencionarlo; pero ¿quién habrá comido su cena?

—¡Que se vaya al diablo la cena! —rugió el obispo, perdiendo por primera vez la calma—. Usted lo sabía, Storer, y creo que usted también, Morley...

El obispo se dirigía al joven Standish, que había permanecido cerca de la puerta, con las manos en los bolsillos. Morley levantó los ojos y dijo con tranquilidad:

—Lo siento, señor. Lo ignoraba.

—No me sorprende —prosiguió su reverencia— el que Depping haya tenido trato con criminales. Es muy probable que en el pasado él mismo haya sido un delincuente y que ahora viviese en este lugar, para esconderse bajo un manto de respetabilidad. Depping conocía a Luis Spinelli. Luis Spinelli descubre su paradero con el fin de someterlo a un chantaje... Los «negocios» de Depping... ¿Cuáles eran sus negocios? ¿Sabe alguien algo de ellos?

—Con su permiso, señor —observó el criado—. Me informó el señor Depping que tenía un importante interés económico en la firma de Standish y Burke, pero, como le dije al oficial de policía esta mañana, estaba tratando de retirarse de la firma. Me contó todo esto cuando estuvo... indispuerto la última vez.

—Me refería a sus negocios hace cinco años. Nunca le habló de eso, ¿verdad?... Así me parecía.

Su reverencia paseó una mano por la solapa de su imponente chaqueta negra. Estaba recuperando confianza en sí mismo.

—Ahora tratemos de reconstruir lo que aconteció anoche, si ello es posible. Poco tiempo después de haberse desencadenado la tormenta, alrededor de las veintiuna, este desconocido (me refiero al norteamericano cuyo nombre sabemos que era Spinelli) llamó a la puerta y preguntó por el señor Depping. ¿Eso es exacto, Storer? Gracias... Ahora, como detalle de rutina, debo pedir a Usted que identifique esta persona; aquí tengo dos fotografías. —El obispo las extrajo de un bolsillo interior y se las alargó al criado—. ¿Éste es el hombre que visitó al señor Depping, no es verdad?

Storer, después de examinar cuidadosamente las fotografías, las devolvió a su dueño y dijo como pidiendo disculpas:

—No, señor.

Hugo Donovan escudriñó las facciones del criado, con la impresión de que alguien había perdido el juicio. Se produjo un silencio durante el cual se pudo oír el ruido que producía el doctor Fell al revolver despreocupadamente con su bastón las cenizas de la chimenea situada detrás de la silla del difunto. La cabeza del doctor asomó un instante por encima de la silla, como la de una morsa que emerge a la superficie; su bigote se elevó en amable sonrisa y luego volvió a desaparecer. El obispo estaba completamente desorientado.

—Pero... —empezó, y tragó convulsivamente. Después continuó con entonación persuasiva—: Vamos, vamos; esto es absurdo. Completamente absurdo. El hombre debe ser éste. Mire usted de nuevo...

—No, señor; no se trata del mismo hombre —contestó como con pena Storer—. Sólo pude ver al sujeto durante un minuto, lo sé, y la luz de la vela no era mucha iluminación. Tal vez ni siquiera sería capaz de reconocerlo positivamente si lo volviera a ver. Pero... (y ruego a usted que me perdone) éste *no es* el mismo hombre. Todas las facciones son distintas, con excepción del bigote; el rostro es ancho y achatado y tiene cejas pobladas. No se asemeja en nada a la persona que yo vi, y además, el que yo vi tenía orejas despegadas, notablemente despegadas, señor.

El obispo buscó con la vista a Fell, que en ese momento examinaba un montón de ceniza negra en la chimenea, y el doctor, percibiendo la llamada de auxilio del eclesiástico, dijo:

—Así es. Me lo temía.

Morley Standish pasó frente a Donovan para acercarse al escritorio y exclamó con decisión:

—¡Este hombre está mintiendo! ¡Está mintiendo o está confabulado con Spinelli! Debe haber sido Spinelli. El obispo tiene razón; nadie más pudo...

—Basta —interrumpió con cierta irritación Fell—. Cálmense por un momento, mientras que hago, una sola pregunta y después quizá pueda comunicarles algo. Vea, Storer, la pregunta es bastante importante, de modo que procure no equivocarse.

Con un ademán indicó la puerta que daba al balcón...

—Se refiere a esa puerta. De ordinario, ¿estaba cerrada con llave o no?

—¿La puerta, señor? Siempre cerrada con llave. Invariablemente. Nunca se usaba.

El doctor asintió con la cabeza y continuó pensativamente:

—Y la cerradura no es de resorte. Es un modelo antiguo. ¿Dónde está la llave?

El criado reflexionó durante un momento.

—Creo que está colgada de un gancho en la despensa, junto con otras llaves de habita ciclos que no se usan.

—Vaya y vea si puede encontrarla. Sería de apostar a que no está ahora allí, pero vaya y vea de todos modos.

El doctor quedó con la mirada fija y sin expresión hasta que el criado se retiró del despacho.

—Dejemos por el momento la cuestión de la identidad del hombre que anoche visitó al señor Depping —prosiguió—. Tomemos como cierto que alguien vino aquí con el propósito de matar a Depping y no de someterlo a chantaje. Sigamos adelante desde ese punto. ¿Quieren acercarse un poco?

Los otros, con aire de duda, siguieron al doctor, que se dirigió hacia la lámpara de pie colocada cerca de las ventanas del frente.

—La instalación eléctrica de esta casa —continuó— es de tipo más bien

anticuado. ¿Ven ustedes ese tomacorriente en el zócalo de la pared? Ésta ficha de conexión —Fell desprendió de la lámpara un trozo de cordón eléctrico— que ahora está suelta, va atornillada a ese tomacorriente. En las conexiones modernas, la ficha tiene dos puntas que encajan en el tomacorriente y los hilos conductores no están al descubierto para que alguien los toque accidentalmente y sufra una buena conmoción. Pero aquí están al descubierto, ¿lo ven?

—Por supuesto —dijo el obispo—. ¿Qué hay con ello?

—Bueno, que he encontrado el abrochador.

—¿Qué?

Fell levantó una mano pidiendo silencio, en el momento en que Storer volvía apresuradamente al despacho.

—La llave no está —informó.

—¡Hum! Ahora deseo que usted confirme uno o dos puntos y luego podrá retirarse. Anoche la tormenta comenzó justo después de las veintiuna. A esa hora usted no dirigió la palabra al señor Depping ni él a usted. Más tarde usted bajó para cerrar las ventanas, y aún estaba abajo cuando se apagaron las luces. Siempre en el piso bajo, buscó velas, cosa en que invirtió... ¿Cuánto tiempo, según su cálculo?

—Y... diga unos cinco minutos, señor.

—Bien. Luego, cuando se disponía a subir para averiguar si su amo necesitaba velas, llamaron a la puerta y usted se encontró frente al sujeto misterioso que hablaba con acento norteamericano. Éste no quiso dar su nombre, pero indicó con un ademán al tubo acústico y le pidió que preguntara al señor Depping si él podía subir, cosa que usted hizo, y la visita subió. ¿Todo sucedió como acabo de relatar?

—Sí, señor.

—Eso es todo. Y ahora haga el favor de bajar al otro piso.

El doctor Fell, quitándose la capa, tomó asiento en un sillón cercano a la lámpara, miró a sus oyentes con aire belicoso y dijo:

—Quería asegurarme de que las cosas habían pasado en esa forma, caballeros. Cuando esta mañana escuché la relación de los hechos, me pareció que había algo sospechoso. Traten de ponerse en el lugar de Depping por un minuto: cualquiera de ustedes está sentado aquí, una tarde, leyendo o lo que sea, cuando de pronto, sin ninguna advertencia, se apagan todas las luces de la casa. ¿Qué sería lo primero que haría?

—¿Lo que haría? —repitió frunciendo las cejas el obispo—. Pues supongo que lo primero sería salir de la habitación para averiguar por qué...

—¡Exactamente! —gruñó el doctor, y golpeó el suelo con su bastón—. Es lo normal e inevitable. Estaría furioso; todo el mundo se irrita cuando pasa una cosa así. Saldría y gritaría por la escalera: «¿Qué diablos pasa en esta casa?». Con toda seguridad, Depping, que era un hombre fácil de encolerizarse por pequeñeces, lo haría también. Pero ahí está la cosa: no lo hizo. Ni siquiera llamó abajo: para averiguar lo que pasaba; por el contrario, demostró una singular falta de interés por

las luces. Estaba de acuerdo en recibir a una persona (que no quiso dar su nombre) teniendo sólo una o dos velas por toda iluminación. Y ustedes, recordarán que hasta le dijo a Storer que no se ocupara de restablecer la luz. Esto no es razonable. En realidad, ¿qué había ocurrido? Algo había quemado los fusibles y yo creí interesante él tratar de descubrir la causa. Aquí está la causa.

El doctor Fell levantó del suelo, de un lugar cerca del sillón, un largo abrochador de acero, corroído y ennegrecido, y lo hizo girar pensativamente en la palma de la mano.

—¿Ven ese tomacorriente descubierto, eh? Bien, este abrochador fue introducido deliberadamente dentro de él para provocar un corto circuito que apagara las luces. No hay más que mirar al abrochador para darse cuenta de ello. Yo lo hallé en el suelo, junto al tomacorriente. En resumen, las luces fueron apagadas desde esta habitación. ¿Qué conclusión sacan ustedes de esto?

CAPÍTULO VII

El obispo era un caballero y un deportista. Primero llevó una mano a la cabeza y revolvió aún más su espesa cabellera, y luego dijo con una sonrisa:

—Mi estimado doctor, empiezo a darme cuenta de que hubiera hecho mejor guardando, silencio. Le ruego que continúe...

—¡No, no! —gruñó con amabilidad Fell—. Llevemos más adelante esta reconstrucción de los hechos. ¿Qué razón valedera podía tener Depping para apagar las luces de su propia casa? La respuesta evidente es que deseaba recibir a una visita sin que ésta fuera reconocida por los criados. De esta afirmación se desprende que: 1) Storer conocía en realidad a la persona que llegaba de visita, pero 2) ésta se hallaba disfrazada en forma de que Storer no pudiese reconocerla a la incierta luz de una candela. De ahí el corto circuito que apagó las luces. Esta deducción recibe decidida confirmación en la conducta del visitante. Tengan en cuenta que aparentemente nunca ha entrado en la casa y que se trata de una persona desconocida; sin embargo, señala al tubo acústico instalado en la pared y le dice a Storer que se comunique por él con su amo. Ésa no es la conducta ordinaria de una persona que desea visitar al, dueño de casa. Lejos de ello.

El obispo asintió con la cabeza y dijo:

—Indubitablemente. No puede existir alternativa alguna. Ésa es la explicación.

El doctor Fell arrugó el entrecejo y masculló:

—No; no es.

—¿Qué dice usted?

—Que no es. Yo no afirmé que ésa fuera la explicación; sólo dije que ello se podía deducir de la hipótesis de que Depping había apagado sus propias luces. Ya quisiera yo que fuera cosa tan simple como todo eso. Pero sigamos adelante un poco más y veamos objetivamente con qué nos encontramos.

»¡Hum! Existe una grave, pero muy grave objeción que oponer a esta teoría. Si Depping deseaba recibir secretamente la visita; ¿por qué consintió en representar toda esa deliberada y peligrosa comedia? ¿Por qué tomarse el trabajo de vestir al visitante con un llamativo traje de cuadros y hacerle llevar bigote? ¿Por qué apagar las luces e introducirlo por la puerta principal en esa forma misteriosa? ¿Por qué no hacerlo entrar, sencillamente, por la puerta que da al balcón, sin que nadie pudiera advertirlo? ¿Por qué no hacerlo entrar subrepticamente por la puerta trasera o hacerlo pasar por una ventana, si fuera necesario? ¿Por qué no adoptar el sistema más simple de todos: mandar a la cama a los criados y abrirle la puerta personalmente, ya fuera la del frente, ya la trasera o la del balcón?

»Como ven, esa teoría no marcha. Nadie más que un loco habría concertado una entrevista en esa forma. Debe existir alguna razón de peso para que las cosas se llevaran a cabo ¡así!

El doctor guardó silencio por largo rato y después continuó:

—Para encontrar una explicación plausible debemos recordar que la puerta que da al balcón, cerrada siempre con llave, estaba abierta esta mañana. No solamente esta puerta estaba habitualmente cerrada con llave, sino que la llave ni siquiera quedaba en la cerradura: se la colgaba de un gancho en la despensa del piso bajo. Y ahora ha desaparecido. ¿Quién tomó la llave y quién abrió la puerta? El asesino se fue por ese camino y la llave debió ser retirada de la cerradura, ya sea por Depping mismo o por el asesino. Tengamos presente ese hecho mientras consideramos el problema.

»Fuese quien fuere la visita y fuere cual fuera la causa de ser admitido en esa forma extravagante, estudiemos los hechos y consideremos lo que ocurre después.

»Depping y X están a puertas cerradas, aparentemente en buenas relaciones, y acontecen cosas extraordinarias: el cocinero los ve abriendo las ventanas en medio de una violenta tormenta... ¿Qué les sugiere esto?

El obispo, meditabundo, caminaba por el despacho, con paso lento y acompasado.

—No puedo convencerme —respondió— de que lo hicieran porque deseaban ventilar la habitación.

—Pues lo hicieron —dijo el doctor Fell— y eso exactamente, era lo que querían hacer. ¿No ha observado usted la chimenea? ¿No le ha parecido extraño el que estuviera encendida en la época más calurosa de agosto? ¿No ha reparado en ese pesado montón de ceniza? ¿No se ha preguntado qué podrían haber quemado, si luego fue necesario que se abriesen todas las ventanas?

—Usted quiere decir...

—Ropa —afirmó Fell.

Se produjo una pausa y un Vago temor pareció apoderarse de los oyentes. El doctor continuó hablando y su voz resonó extrañamente en el silencio del cuarto.

—Me refiero a ese llamativo traje a cuadros llevado por el visitante: sus rastros se pueden encontrar aún en la chimenea. Sin embargo, tengan bien en cuenta que estos dos personajes se entienden y actúan de perfecto acuerdo. Cuanto más analicemos el problema tal cual se nos aparece, más nos convenceremos de que es una locura y de que los hechos, tales como nos han sido relatados, no se ajustan a la realidad. En primer lugar, tenemos que Depping recibe al visitante como lo hizo, en vez de hacerlo entrar con toda facilidad y sin tanto barullo por la puerta del balcón. Luego, Depping y su, visita toman asiento y proceden a quemar la ropa usada por esta última: procedimiento social que puedo asegurarles no es muy común en las islas británicas. Por último, hallamos que la visita no solamente mata a Depping con su propia arma, sino que: a) saca sin protesta el revólver del cajón, b) armada con él, se coloca detrás de Depping, también sin protesta, c) efectúa dos disparos, de los cuales uno ha desaparecido misteriosamente, d) devuelve con toda minuciosidad el revólver al cajón y e) se retira del despacho a través de una puerta que da al balcón puerta siempre cerrada con una llave que se guarda abajo, en la despensa.

El doctor, resoplando, encendió los restos de tabaco de su pipa, y luego prosiguió:

—Ahora, tratemos de analizar algunos detalles insignificantes de la situación tales

cuales aparecen ante nosotros. Si retrocedemos al problema de la mascarada que representa a la entrada del visitante, creo que podemos afirmar que, de un modo u otro, no es razonable. Si por cualquier causa se tratase de un abstruso intento de engaño, cuyos detalles hubiesen sido arreglados con anterioridad ente ellos ¡observen la naturaleza fantástica de uno de estos detalles! Me refiero, señores, al método aparentemente empleado por Depping para apagar las luces. A mí se me ocurre una infinidad de medios sencillos y perfectamente seguros para establecer un cortocircuito, pero ¿qué es lo que Depping hace? Toma un abrochador todo de acero y ¡lo introduce en el tomacorriente, estableciendo contacto directo!... Ahí está el abrochador. ¿Se ofrecería alguno de ustedes para volverlo a hacer?

Morley Standish se pasó una mano por su cuidado cabello, exclamando en son de protesta:

—¡Pero vea!... Ahora que pienso, si uno ensayara lo que usted propone, sufriría una conmoción que lo atontaría por quince minutos...

—Si no le sucede algo peor. Así es.

Hugo Donovan recobró la voz por primera vez; su padre no le parecía ya tan temible.

—Creí que usted acababa de probar que el abrochador había sido empleado, doctor —dijo—. Sin embargo, nadie haría una cosa así.

—¡Oh, es claro que fue empleado! No tiene más que mirarlo. ¿Se les ocurre algún método para usar sin peligro este abrochador?

—Confieso que no puedo seguir su razonamiento, doctor —respondió el obispo—. No creo que el abrochador se pudiese colocar en forma de caer dentro del tomacorriente en el momento requerido.

—No. Pero ¿si se hubieran empleado guantes de goma?

Se hizo un silencio.

—¡Hum! Por supuesto que esto es sólo teoría —gruñó el doctor—, pero cuando se añaden algunos puntos que en seguida voy a indicar, la teoría se vuelve muy tentadora. Es la única forma de realizar esa maniobra. No obstante, todo ello representa una tontería si consideramos, como parte de esta complicada trama, que Depping se proveyó de un par de guantes de goma para extinguir sus propias luces cuando (como ya he indicado) existen métodos muchos más simples y prácticos... Con todo, los guantes poseen otra ventaja: si una persona no desea dejar impresiones digitales y, al mismo tiempo, quiere emplear los dedos, ellos le ofrecerán la mejor protección.

El obispo esbozó un imponente ademán y entonó en voz casi sepulcral:

—Mi estimado doctor Fell: usted está entrando en los dominios de la fantasía más desorbitada. ¿Qué podría importar al difunto señor Depping el dejar o no impresiones digitales en su propio despacho?

Dejando escapar una nube de humo, el doctor Fell se inclinó hacia adelante con una especie de feroz intensidad y apuntó con el cañón de su pipa. Sus resoplidos se

hicieron más intensos.

—¡Exactamente! —exclamó—. ¿Por qué hacerlo? He ahí otro «porqué» para agregar a esta increíble colección. ¿Por qué no pretendió asombrarse, por lo menos, de que las luces se hubieran apagado? ¿Por qué no representó su papel como un actor y no salió del despacho para preguntar a Storer lo que sucedía? ¿Por qué no se mostró? ¿Por qué ayudó a su visita a quemar su ropa? Y por último —dijo el doctor levantando su bastón y señalando hacia la fuente con la cena—; ¿por qué probó de todo en esa bandeja, menos su sopa favorita? Caballeros, creo que empiezan a darse cuenta de que el hombre que estuvo en esta habitación no era Depping.

El obispo masculló algo entre dientes. Una idea repentina pareció asaltarle, y girando sobre sus talones, miró fijamente el rostro del muerto.

—Entonces... —preguntó—, ¿dónde estaba Depping durante todo ese tiempo?

—Yo se lo voy a decir —respondió Fell haciendo una mueca horrible para poner más énfasis en sus palabras—. Estaba disfrazado con un extravagante traje a cuadros, alhajas de imitación, peluca, bigote falso, y sé había colocado detrás de las orejas arcilla de la que emplean los artistas, para que pareciesen despegadas. Estaba golpeando a su propia puerta para hacerse una visita a sí mismo... Eso es lo que pasó, en realidad. En esta mascarada los papeles se habían invertido, sencillamente, y eso es lo que yo quería significar cuando dije qué para poder llegar a la verdad, debíamos examinar los hechos, a pesar de su apariencia. Fue X, el misterioso desconocido, quien se disfrazó de Depping en esta habitación. Y fue Depping..., ¿qué?

—¿Puede usted probarlo? —interrumpió Morley Standish, y respiró profundamente, mientras su macizo rostro moreno, con su bigotillo absurdo, reflejó súbito alivio.

—Creo que sí —replicó modestamente el doctor Fell.

—Pero..., ¡ah! —señaló al obispo—. Yo..., esto es, yo debo observar que este nuevo punto de vista deja al asunto tan complicado e incomprensible como antes.

—¿Eh? ¡No, no! No estoy de acuerdo. Si usted me concede esta inversión de los papeles —dijo con aire persuasivo Fell—, yo me comprometo a simplificar el caso. ¡Je, je! Así es.

—Puedo comprender —siguió el otro— cómo el aspecto de Depping engañó a Storer a la luz de una única vela. La ropa, por sí sola, hubiera tenido el efecto de distraer sus ojos, tal como lo hace un prestidigitador; esto constituye, ¡hum!, un principio fundamental en materia de disfraces y, según me dicen, el único que da resultado. —Al obispo le costó incluir ese «según me dicen», pero lo dijo. Luego siguió, pensativamente—. Mas aún, puedo comprender el cambio de voz, unido al acento norteamericano... Pero existe una impostura más difícil de explicar. ¿Cómo soluciona usted el problema del hombre que en esta habitación imitaba la voz de Depping? ¿No se habría percatado Storer de que era imitada?

El doctor rió, sembrando su chaleco de cenizas.

—Claro que sí —asintió Fell—, de haberla escuchado en cualquier otra forma que

a través de un tubo acústico. —El doctor señaló hacia la pared—. Como medio de comunicación y para conseguir el efecto menos humano y más de ultratumba, recomiendo el tubo acústico. ¿Lo ha empleado alguna vez? Hay que recordar que no es como un teléfono. Baje el otro piso y si cada uno de nosotros le habla por turno a través del tubo acústico, le desafío a que reconozca la voz de su propio hijo. Debe usted considerar, además, que el falso Depping habló con Storer sólo por el tubo. El «visitante» subió, entró en este despacho y la puerta se cerró. Después, por supuesto, quien habló fue el verdadero Depping y no hubo ningún engaño que pudiese dar que pensar a nuestro observador criado.

—Por ahora —dijo el obispo— aceptemos la hipótesis... Debo insistir en que estamos ante una situación tan inexplicable como antes. ¿Qué razón podían tener Depping y X para organizar entre ellos está superchería?

—No creo que ellos la organizaran.

El obispo conservó la calma.

—Extraordinario, doctor —comentó—. Yo tenía la impresión de que usted había afirmado...

—No creo que la organizaran *entre ellos*, ¡mil diablos! —replicó, bufando, el doctor Fell—. Recuerde, por favor, que solamente se trata de una inversión de papeles. No altera ninguna de las circunstancias. Si usted admite que hubo colisión entre esos dos, debe encontrar la explicación a los mismos problemas que tenía antes. La extraña conducta del hombre que estuvo en esta habitación no sufre mucha alteración por el hecho de que su nombre sea X en vez de Depping. Si X está en combinación desde el principio con Depping para llevar a cabo un plan cuidadosamente preparado ¿por qué los guantes de goma? Si Depping hizo entrar por la puerta principal a X en vez de introducirlo secretamente por el balcón, ¿por qué no hizo lo mismo X con Depping disfrazado?... Conserve la calma, señor; ya sé que usted mismo señaló esas dificultades. De modo que empecemos por la cena. Depping no la comió, pero X sí lo hizo. Como un murmullo íntimo en nuestro oído, como un eco en los ámbitos de nuestra conciencia —dijo con fruición el doctor Fell— nos llega la siniestra pregunta: ¿Por qué no comió Depping su cena?

—Quizá no tuviera apetito —insinuó Morley Standish, después de un momento de meditación.

—Brillante —dijo con impaciencia Fell—. La ayuda prestada por mis colegas es inspiradora. Con toda seguridad, caballeros, vuestra agudeza innata, vuestra perspicacia nativa puede sugerir mejor contestación que ésa... Se os debe haber ocurrido que no comió su cena simplemente porque estaba ausente de la habitación, y que X la comió porque estaba presente. La comida fue subida a las veinte y quince. Depping todavía se encontraba aquí, inquieto y nervioso (creo que así dijeron en el informe). Y poco después debe haber abandonado la casa, disfrazado. Por tanto, debe haber salido por la puerta que da al balcón, ¿eh?

—Bien —asintió el obispo—. Es evidente que ello nos revela otro hecho

importante: Depping tenía la llave de la puerta del balcón.

—Exacto. Progresamos. ¿Qué se sigue de esto?

—No estoy de acuerdo con usted cuando afirma que no existía confabulación previa entre Depping y X —dijo el obispo, que se paseaba enérgicamente, poseído por un fervor de investigación—. Todo lo señala. Mientras que Depping se hallaba ausente...

—Durante cerca de una hora y media...

—... durante cerca de una hora y media, entonces, X estuvo en esta habitación. Doctor, cada detalle entra en su sitio. Depping, disfrazado, se alejó de aquí con algún fin nefando, ilegal...

Fell acaricióse el bigote:

—Así se lo puede considerar, en efecto. Recordará que llevó consigo su revólver... ¿Comienza usted a formarse una nebulosa idea sobre el paradero de la bala extraviada?

—¡Cielos...! —exclamó de pronto Morley Standish.

—Los espectros del pasado se congregarán ahora —continuó el doctor— para susurrar que el viejo Depping era un hombre muy, pero muy peligroso para que le gastasen bromas. Se me ocurre que las palabras norteamericanas le debían venir a la boca con toda naturalidad, cuando estaba embriagado... Yo opinaría que el pobre Luis Spinelli no le va a ser posible reanudar sus prácticas de chantaje: en este momento ha de estar más muerto que Garibaldi, o yo me engaño de medio a medio.

Los ojos de todos se pasearon por la habitación, observando otra vez la estúpida sonrisa grabada en el rostro de Depping, el atildamiento de su vestimenta, el orden de sus libros y el florero de plata con rosas, puesto sobre la mesa de la cena.

—Mi estimado amigo —declaró el obispo, con el aire de quien inicia una conferencia—, permita que le ofrezca mis más sinceras felicitaciones por la admirable lógica demostrada al fabricar un caso que se basa puramente en pruebas inexistentes y hechos sin comprobación... ¡Hum! ¡Por otra parte, usted debe darse cuenta de que todo lo que ha dicho indica una confabulación entre Depping y X! La cosa es muy sencilla: Depping salía para cometer un asesinato y dejó aquí a Un colega para que le probara la coartada.

Fell revolvió el cabello de sus sienes y quedó largo rato con la mirada perdida en el vacío. Una nueva e inquietante idea parecía haberle asaltado y dijo:

—Tal vez... ¡Sí! Creo que por el momento será mejor que aceptemos esa teoría. En mi opinión, no es del todo exacta, pero lo que yo me imagino (que en lo esencial no tiene mucha diferencia con lo que usted propone) puede dar lugar a objeciones tan serias, que... Sí; demos por sentada su teoría. Digamos que Depping dejó aquí a una persona para que hablara confusamente a través de la puerta, en caso de que alguien se acercara.

—Y esta persona —interrumpió el obispo— vino aquí decidida a matar a Depping del mismo modo que éste había decidido matar a Spinelli.

—Así es. Ahora estamos en terreno firme. Caballeros: nunca se presentó más bella oportunidad de cometer un asesinato y con prueba de inocencia adjunta. Observen; si Depping creyó que podía matar sin peligro a Spinelli, entonces X debía haberse reído a carcajadas al ver cómo él, a su vez, podía asesinar a Depping sin el menor inconveniente...

»¿No se dan cuenta de lo que esto significa? —prosiguió, golpeándose la rodilla con el puño—. Por de pronto, explicaría por qué Depping entró disfrazado por su propia puerta de entrada. En plan original, Depping nunca pensó hacerlo. Entrar a su casa como lo hizo, después de haber asesinado a Spinelli, hubiera sido tonto y peligroso. Como su coartada estaba instalada en el despacho, debió haber entrado como había salido: secretamente y por la puerta del balcón y luego despojarse del disfraz. El que un hombre sospechoso, vestido con ropa llamativa, de conducta misteriosa y acento norteamericano entrara deliberadamente en su casa... ¡hombre!, hubiera dado que hablar a toda la gente de los alrededores. Si hubieran encontrado muerto a Spinelli (otro norteamericano sospechoso) la investigación se habría orientado inmediatamente hacia Depping para averiguar lo que él sabía del asunto. Posiblemente no se hubiera podido probar que era culpable de asesinato, pero nuestro respetable y estudioso caballero habría tenido que dar muchas explicaciones, algunas de ellas muy difíciles.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —dijo Morley.

—Ahí está la infernal belleza del plan de X... Depping entró por la puerta principal porque no podía hacerlo de otro modo. ¿No se dan cuenta? X lo atrapó en una hermosa trampa. Depping había salido por la puerta del balcón, dejando puesta en ella la llave y había pedido a X que la cerrase después que él hubiese salido, para abrirle cuando estuviese de vuelta. Recuerde que esta teoría es suya: yo le dije que la mía era diferente en varios puntos... Pero, de todos modos, Depping vuelve en el momento en que se desencadena la tormenta y no puede entrar...

—Porque X no le abre la puerta —sugirió el obispo.

—De acuerdo, pero el procedimiento no habrá sido tan tosco. Ahí es donde su hipótesis falla un poco. Para no despertar las sospechas de Depping, X debió ofrecer alguna explicación, alegando que había extraviado la llave. No creo que pudiera convencerlo de ello: a mí se me ocurre una explicación mejor, pero el resultado es el mismo. Y así llegamos al momento en que Depping se encuentra a la intemperie, durante una tormenta de regular intensidad, vestido con un disfraz imposible de explicar, con la puerta de entrada cerrada con llave y todas las ventanas atrancadas.

Fell continuó con entonación pensativa:

—El tieso y estudioso señor Depping que todos conocían, vestido con un disfraz de *music-hall*... ¿Adónde hubiera podido ir? ¿Cómo deshacerse de esa vestimenta? Imagínese usted, obispo Donovan, que lo sorprendiesen en alguna aldea inglesa, de noche y durante una tormenta, disfrazado de Carlitos Chaplin, justo después de haber cometido un asesinato... Depping estaba en una situación imposible. Tenía que entrar

en su casa sin despertar sospechas, y todas las ventanas estaban cerradas. Debía entrar sin pérdida de tiempo: cada minuto pasado en el despacho por su cómplice aumentaba el riesgo de que descubrieran a ambos. Hasta podía hablar con X a través de las rejas de la ventana, pero no podía entrar...

»Y a esta altura, X hace una sugerencia: ustedes ya saben cuál fue. Se produce un cortocircuito que apaga las luces, entra el visitante norteamericano y se restituyen las identidades respectivas. El riesgo corrido era grande, pero para Depping era menor que el anterior. En cambio, para X representaba el regalo de un visitante norteamericano a quien luego se sospecharía de haber asesinado a Depping, cuando más tarde se lo hallara muerto. La estratagema, casi tuvo éxito.

El obispo se acercó al escritorio y quedó contemplando durante un rato la cara del muerto, con una expresión en la que se mezclaba la compasión con el disgusto.

—«El Señor lo dio...» —empezó a decir, y luego se detuvo. Cuando se volvió, los otros pudieron distinguir una expresión burlona en su pálido rostro.

—Usted es un orador persuasivo, doctor —manifestó—. Extraordinariamente persuasivo. Todo ha sido explicado en forma tan coherente que me ha hecho olvidar la base sobre la cual reposan sus hipótesis, esto es, la muerte de Spinelli. He leído comentarios sobre brillantes procesos deductivos realizados para solucionar crímenes, pero debo felicitarle por haber desarrollado un brillante razonamiento para solucionar un asesinato que ignoramos si ha sido cometido.

El doctor Fell no se molestó y asintió con amabilidad:

—¡Oh, tengo algo de charlatán! A pesar de ello, le apuesto dos profesores de matemáticas contra un teniente cura a que todo sucedió en la forma que he indicado. La puerta de más allá lleva al dormitorio de Depping. Si usted se toma el trabajo de efectuar una investigación, probablemente encontrará pruebas a favor de mi aserto. Personalmente, yo tengo demasiada pereza...

—Vea —dijo Morley Standish—, debe prometerme algo. Usted afirma que Depping fue un delincuente en tiempos pasados y tal vez algo peor; por lo menos usted cree eso...

En dos zancadas estuvo al lado del sillón de Fell y en su rostro se pintó seria preocupación, mientras continuaba:

—Bien; le diré la verdad. No estoy sorprendido. A mí también se me habían ocurrido... cosas. Usted opinará que fui desleal...

—¡Bah! —gruñó el doctor—. ¿Por qué?

—Pero así fue. ¿Se da usted cuenta del enredo en que nos vamos a ver envueltos cuando estos hechos sean del dominio público? Escándalo, publicidad, fango... ¡Caramba! ¿No se da cuenta? Hasta puede llegar a impedir mi matrimonio; por lo menos alguien va a tratar de hacerlo, si conozco bien a mi madre. ¿Qué utilidad tiene el sacar todo esto a luz? ¿Puede usted decírmelo?

—Mi joven amigo —dijo el obispo—, por lo que oigo, juzgo que a usted no le importa que el padre de su novia haya sido un criminal. O un asesino.

Morley contestó con sencillez:

—No me importa que el viejo haya cometido todos los asesinatos de Chicago... Pero, ¿por qué decírselo al público?

—Usted desea llegar a la verdad en este asunto ¿no es así?

—Sí, supongo que sí —admitió Morley, pagándose la mano por la frente—. Pero; ¿por qué no administrar justicia en forma privada, lo mismo que cuando se redacta una ley o se lleva a cabo una operación quirúrgica?

El doctor Fell respondió:

—Ése es un problema, señor Standish, que debe debatirse frente a media docena de botellas de cerveza; pero por el momento no creo que usted deba temer el escándalo. Ya iba a hablar de ello: de nuestro plan de campaña... ¿Sabe lo que debemos hacer?

—No —contestó con desaliento Morley—. Ya quisiera yo saberlo.

—La cosa es fea, pero hay que mirarla de frente: el asesino de Depping, el misterioso X, la persona decididamente inteligente que ha llevado a cabo todo este siniestro proyecto, *está aquí*. No es ningún *gángster* de fantasía. Es un miembro de la comunidad de una aldea inglesa y probablemente no está a más de un kilómetro de distancia de nosotros, en este momento. Por eso hemos soportado esta laboriosa explicación: para que pudiéramos centralizar nuestra actividad.

Gideon Fell se inclinó hacia adelante y continuó, golpeando lentamente su índice contra la palma de la otra mano:

—Actualmente, el asesino se siente seguro. Cree que atribuimos la muerte de Depping a Luis Spinelli. Eso constituye nuestra ventaja y la única forma de sorprenderlo desprevenido, de modo que, por ahora, guardaremos silencio sobre lo que sabemos, incluyendo nuestras sospechas en cuanto al pasado de Depping. Es claro que deberé informar a Hadley de todo, pero lo que nosotros hemos llegado a saber quedará entre nosotros. Además, caballeros, poseemos varias pistas valiosas. El asesino cometió uno o dos errores, que no es necesario señalar ahora, pero su mayor error fue el dejar el ocho de espadas. El naípe nos orienta en la búsqueda del motivo.

—¿Por fin nos va a ilustrar sobre lo que significa el ocho de espadas? —preguntó intrigado el obispo.

—¡Oh, por supuesto! No sé si han observado en la biblioteca de Depping cierta cantidad de libros que tratan de...

En ese momento se oyó un murmullo de voces y el ruido de pisadas que venían de afuera de la casa. Morley y el obispo, que se encontraban cerca de las ventanas, echaron un vistazo al exterior.

—Aquí viene toda una procesión —dijo el primero—. Mi padre, el inspector Murch, mi hermana, el doctor Fordyce y dos agentes de policía. Yo...

Al parecer, el coronel no pudo contenerse. A través del silencio del parque, su bronca voz, ansiosa y alegre, flotó hacia arriba:

—¡Oigan! ¡Hagan el favor de bajar! ¡Ya está todo terminado! ¡Ya acabó todo!

El obispo trató de mirar por entre los barrotes redondeados, vaciló un instante y luego gritó:

—Hagan el favor de no ladrar en esa forma, Standish. ¿Qué es lo que ha terminado?

—¡Hombre! Pues que lo hemos atrapado: Murch lo ha detenido. Ahora sí que le obligaremos a hablar.

—¿A quién han atrapado?

—¡Pues a Luis Spinelli, qué diablos! Está en la aldea y Murch lo tiene bajo arresto técnico.

—¡Huy! —exclamó Hugo Donovan, y se volvió para clavar los ojos en el doctor Fell.

CAPÍTULO VIII

Una suerte de presentimiento magnífico conmovió el ánimo de Hugo Donovan en el momento en que vio a Patricia Standish: sintió que ella iba a caer encantadoramente en sus brazos, para siempre quedar allí. La joven caminaba por la vereda de ladrillos, destacándose sobre el fondo de los árboles iluminados ahora por el incendio del sol poniente. Formaba parte de una pequeña procesión: Patricia Standish daba el brazo al rubicundo coronel, quien explicaba alguna cosa a un hombre corpulento, vestido de uniforme; detrás de ellos avanzaban dos agentes de policía y un médico de aspecto melancólico, que parecía meditar tristemente sobre su merienda frustrada.

Patricia resaltaba vivamente entre sus acompañantes. Era rubia; ni frágil ni escultural, sino perfectamente proporcionada. Sus ojos castaño oscuro miraban con esa expresión de interés y admiración que parece decir: «¡Qué hombre extraordinario!». Sus cejas levantadas le daban un aspecto de agradable sorpresa y tenía una boca rosada, más bien grande, que guardaba siempre el recuerdo de una sonrisa.

Así la vio Hugo Donovan, mientras que Patricia se adelantaba por la vereda, con su traje de tenis blanco sin mangas, sobre el fondo de oscuros árboles ribeteados de fuego. Hugo había bajado al pórtico de la Casa de Huéspedes, junto con el obispo, Morley, el doctor Fell, y allí estaba ella, arqueando el cuello para mirar temerosamente a la puerta del balcón, mientras el coronel hablaba con el inspector Murch. Luego Patricia dirigió los ojos al pórtico; y hacia Donovan.

Y Hugo cayó en la cuenta, allí mismo y en el acto.

Esa mirada desencadenó un estupendo retumbo emocional.

Además, Hugo advirtió que Patricia también sabía: lo advirtió por la forma en que ella evitó sus miradas.

Toda esta pirotecnia emotiva pasó ignorada para el coronel Standish. Éste emitía gruñidos de satisfacción y empujaba hacia adelante al inspector Murch. El inspector era robusto y gastaba un bigote agresivo; su forma de cuadrarse le daba el aspecto de estar echado hacia atrás.

—Cuénteles, Murch —dijo el coronel—. Hable, pues. ¡Ah, sí! ¡Ejem! Éstos son el doctor Fell, el obispo de Mappleham y el señor Donovan..., el inspector Murch, y el doctor Fordyce, que ahora va a extraer la bala. ¡Ah, sí! ¡Ejem, me olvidaba! Ésta es mi hija Patricia. Cuénteles, Murch.

Patricia inclinó levemente la cabeza. El inspector se atusó el amarillo bigote, carraspeó y fijó con aire satisfecho con ojos azul pálido sobre Fell. Luego habló confidencialmente, con voz gutural.

—Desearía declarar que para mí esto es un honor, señor, y quisiera explicar por qué no me fue posible cumplir con mi deber de estar presente a su llegada. —Murch sacó una libreta—. Después de llevar a cabo investigaciones aquí; me tomé la libertad

de ir a casa para tomar té. No abandoné mis obligaciones, pues han de saber que llevé conmigo parte de la correspondencia del señor Depping, cartas que son reveladoras —aclaró golpeando la libreta—. Mientras tanto, realicé averiguaciones respecto al hombre que visitó anoche al señor Depping. El propietario del Buey me comunicó que un sujeto que respondía a la descripción de aquel hombre había sido visto con frecuencia por la vecindad durante más de una semana. A menudo entraba en el Buey y hacía preguntas sobre todos los que habitan La Granja: las noticias se saben pronto, señor —observó el inspector moviendo la cabeza—. Pero este hombre no ha estado anoche allí. Sin embargo, mientras tomaba mi té, recibí una llamada telefónica del sargento de investigaciones Ravens, de Hanham, quien me manifestó que creía que el hombre buscado por mí se alojaba en la hostería Chequers. (Debo aclarar que ésta se encuentra en el camino que va a Hanham, cerca del río, a cinco kilómetros de aquí).

—Interesante —interrumpió el obispo, mirando de soslayo al doctor Fell—. ¿De modo que el hombre no está muerto?

—¿Muerto? —exclamó con intensa sorpresa Murch—. ¿Muerto? ¡Dios me libre! ¿Por qué había de estar muerto?

—Sólo trataba de comprobar ciertos hechos —respondió el otro, con un ademán negligente y lanzando otra mirada de satisfacción hacia Fell—. Continúe, inspector.

El doctor no se desconcertó en lo más mínimo y comentó afablemente:

—Parecería que por el momento me encuentro en desgracia. ¡Hum! No importa. Sexton Blake puede triunfar todavía. No creo que la cosa tenga ninguna importancia. ¿Fue usted a ver a este hombre, inspector?

—Sí, señor. Primero hablé por teléfono a La Granja, para averiguar si el coronel Standish había vuelto. Me dijeron que no. Entonces pedí prestado un automóvil y me dirigí a la hostería Chequers. En ese momento ignoraba que el sujeto se llamara Spinelli y no sabía nada de él. En la hostería era conocido como el «señor Travers». No había intentado huir y lo hallé sentado en la galería, bebiendo su medio litro, tan fresco como una lechuga. Se trata de una persona que habla muy correctamente, señor, como un caballero. De acuerdo a la ley —entonó solemnemente el inspector— le previne, informándole que *no* estaba bajo juramento, pero que le convenía contestar a las preguntas que le formularía en nombre de la ley. El sujeto hizo ciertas declaraciones, sin juramento, que luego marcó con sus iniciales.

Aclarándose la garganta, Murch abrió su libreta.

—«Mi nombre es Stuart Travers. Soy empresario teatral, retirado. Vivo en el hotel Deword, calles Broadway y Ochenta y Seis, ciudad de Nueva York. Actualmente viajo por Inglaterra por placer. No conozco al señor Depping. Sí; sé lo que ha pasado anoche: todo el mundo sabe aquí lo sucedido. Sí; sé que me encuentro bajo sospecha. No estuve cerca de la Casa de Huéspedes en ningún momento de la noche anterior. Si alguien ha visto al hombre que visitó a Depping, podrá testificar que no se trata de mí. No tengo nada que temer. Me retiré a mi habitación anoche a las veintiuna y treinta y no salí de ella hasta esta mañana. Eso es todo lo que voy a

decir, antes de haber consultado con mi abogado».

Durante la lectura el inspector Murch se había ido echando cada vez más hacia atrás. Al terminar levantó la cabeza con una sonrisa solemne y astuta, para manifestar:

—Yo no tenía orden de arresto y no podía detener al acusado hasta identificarlo debidamente. Le pedí que me acompañara hasta aquí para proceder a su identificación y se negó a venir, según dijo, mientras no hubiese hablado por teléfono a Londres con su abogado. Muy fresco. Después, el acusado declaró que vendría encantado y que entretanto quedaría a cargo del sargento Ravens, de modo que no se va a escapar, señor. *Pero* (y esto es un secreto) obtuve ciertos datos muy significativos.

—¡Excelente trabajo! —exclamó con aprobación el coronel Standish—. ¿Oyen eso? Pues hay más aún. Lo colgaremos sin lugar a dudas, ¿eh, Murch?

—Gracias, señor; así lo espero —replicó Murch con solemne modestia—. Bien, continúo. El señor Travers no estuvo anoche en su habitación a la hora indicada en su declaración. Es cierto que entró en ella a las veintiuna y treinta; pero salió, porque fue visto alrededor de las veintidós horas, trepando a la ventana para volver a su cuarto, que está en la planta baja. Lo extraño es que estaba empapado, aun cuando la lluvia todavía no había empezado: estaba tan mojado como si se hubiera caído al río...

—Caído al río —interrumpió pensativamente el doctor Fell—. ¿Cómo explica usted eso?

—No lo explico, pero eso no es lo más importante, como verá. La señora de Kenviss, esposa del propietario de la hostería, lo vio cuando entraba por la ventana, al volver ella con los manteles que había retirado de las mesillas que están afuera, en una especie de glorieta. La señora se preguntó qué sucedía y se quedó espionando... Menos de cinco minutos después, el señor Travers *salió*, otra vez por la ventana, habiéndose mudado de ropa, y se alejó apresuradamente con rumbo desconocido. Ahí está lo importante: un buen caminador podría cubrir con toda facilidad los cinco kilómetros que existen entre Chequers y esta casa, en manos de una hora. Podría haber estado aquí a las veintitrés horas...

—Así es —dijo el doctor Fell—. Justo a tiempo para, que un chantajista viese muchas cosas.

El inspector frunció el entrecejo.

—No es lo que *vio*; no, señor —repitió con una especie de ronca jocosidad—. Lo que vio no tiene importancia. A esa hora entró directamente por esa puerta, después de haberse apagado las luces subió, como todos sabemos, y luego disparó un tiro contra el pobre señor Depping. No estuvo de vuelta en Chequers hasta la una y media. La señora de Kenviss —continuó virtuosamente el inspector— declaró que era, su sagrada obligación quedarse despierta y vigilar esa ventana para enterarse de lo que pasaba. ¡Válgame Dios! ¡Cómo se alarmaron esta mañana el señor y la señora de Kenviss cuando supieron lo que había pasado! No se atrevieron a hablar

directamente con el señor Travers, pero la señora corrió detrás del sargento Ravens y en esa forma tuve conocimiento de lo ocurrido. Pero —aclaró el inspector Murch, golpeando su libreta con pesado énfasis— Ravens y yo no hemos comunicado lo que sabemos, quiero decir que no se lo hemos dicho al señor Travers. Creí que era mejor volver inmediatamente aquí en busca del tal Storer, para que identificara al señor Travers, y asunto concluido.

El inspector cerró su libreta y prosiguió, con aire de agregar la nota final:

—Mi superior, el jefe de policía del condado, ha manifestado que el nombre del sujeto es Luis Spinelli y eso completa el caso. Ahora tengo mis órdenes de arresto y registro.

—Lo hemos pescado, ¿eh? —dijo el coronel, paseando sus ojos por las personas reunidas en el pórtico—. Lo hemos pescado con las manos en la masa, ¡qué diablos! Siento haberlo arrastrado hasta aquí para nada, Fell. Sin embargo... —El coronel se volvió, de pronto, con aspecto inspirado—. ¡Hola! ¡Cuánto lo lamento, había olvidado! Permítame que los presente: el doctor Fordyce, mi hija Patricia...

—Mucho gusto —dijo instantáneamente Hugo Donovan.

—Ya ha presentado usted a todo el mundo —manifestó con cierta aspereza el médico de rostro taciturno—, y como la policía tiene el aspecto de haber terminado, les agradecería que me permitieran llevar a cabo la autopsia, para poderme retirar.

—¡Oh, sí! Haga su examen —respondió distraídamente Fell.

El doctor esperó a que el médico y los dos agentes hubieran entrado en la casa y luego se volvió hacia los otros, fijando sombríamente los ojos en el inspector Murch, antes de preguntar:

—¿De modo que usted vino aquí para que el criado identificara a Spinelli, inspector?

—Si, señor —replicó Murch dando un suspiro de alivio—. ¡Caramba! Debo confesar que estoy muy satisfecho de que se trate de este señor Travers o Spinelli, uno de esos *gansgerts* como los que se ven en el cinematógrafo, capaces de cometer un asesinato sin asco, y que el culpable no sea alguien del lugar. ¡Ja, ja! Pronto aprenderá que esa clase de cosas no pueden llevarse a cabo *aquí*, ¡caray! —Y exhaló otro suspiro de alivio que, agitó los extremos de su bigote amarillo—. ¡Ajá! Es mejor así. Debo confesar que se me habían ocurrido ideas, señor.

—¿Ideas?

—Es extraño, pero cuando oí algunos comentarios que circulan por los alrededores (o que se insinúan) y cuando eché un vistazo a las cartas de Depping..., bueno, entonces se me ocurrieron ideas. Al señor Morgan y a mí se nos ocurrieron ideas. El señor Morgan es un joven muy inteligente; me ayudó mucho esta mañana, ¡ah, sí! Pero yo me dije: «Lutero Murch, mucho cuidado». Y ahora no tiene ninguna importancia, puesto que tenemos al asesino.

El inspector sacudió sus manazas como aventando el asunto, pero frunció el entrecejo. Fell lo miraba fijamente.

—Yo quisiera escuchar esas ideas, inspector, ¡hum!, junto con todos los datos que usted ha conseguido hoy; no hemos hecho otra cosa que hablar. Hágame el favor de subir. Me parece que tengo malas noticias para usted.

El coronel se interpuso y dijo en tono de queja:

—Bueno, bueno, ¿qué estamos esperando? ¡Qué diablos!, ha llegado el momento de ponerse en movimiento. Yo tengo que rodar siete kilómetros hasta la oficina de correos, ¡qué viaje!, y todo para contarle a Hadley que hemos atrapado a nuestro hombre... ¡*Morley!* ¿Qué diablos haces aquí, eh? Ven conmigo; nunca pude redactar telegramas... ¡Y tú, Patricia, caramba, éste no es lugar para ti, bien lo sabes! —protestó el coronel, poniéndose a la defensiva.

—Por supuesto que no —asintió Patricia, con tanta prontitud que el coronel la miró, sorprendido.

—¿Eh? —dijo.

—Por supuesto que no. —Los ojos color castaño se ensombrecieron. Patricia lanzó una ojeada a Hugo y luego lo miró de frente por primera vez—. ¿Te parece bien que lleve al señor Donovan a La Granja y se lo presente a mamá? Estoy segura de que se muere por be... por comer algo.

—¡Muy bien, por Júpiter! —asintió calurosamente el coronel—. Llévalo; preséntalo. ¡Ah!, ¡sí! Eso me recuerda algo... Patricia, éste es el hijo de Joe Donovan: Hugo, mi amigo, permítame que le presente a mi hija Patricia. Patricia, éste es Hugo Donovan.

—¿Cómo está usted? —preguntó obedientemente Donovan.

—¿Queda usted enterado, por fin? —dijo ella—. ¡Muy bien, entonces! Venga conmigo, por favor.

CAPÍTULO IX

Así fue como Hugo, poco momentos después, se encontró caminando en compañía de la ágil y atrayente muchacha de ojos brillantes y vestido de tenis, y caminando más bien rápidamente porque temía oír una severa llamada de su padre, urgiendo el cumplimiento de su deber y obligándole a volver a la Casa de Huéspedes.

—En realidad nosotros no deseamos ir a casa, ¿no es así? —dijo Patricia—. ¿Si fuéramos a casa de Enrique Morgan a tomar un *cocktail*...?

La respuesta favorable se pudo leer en el rostro de los dos jóvenes; antes de que Patricia terminara de hablar ya habían dado media vuelta para ponerse en marcha en sentido contrario y la joven rió alegremente, encantada con la conspiración. Dijo que conocía un atajo: una puerta lateral en el muro divisorio, situada no muy lejos de los árboles de la Casa de Huéspedes y que los dejaría a corta distancia de donde vivía Morgan.

—No sé por qué ese Spinelli mató al señor Depping —manifestó de pronto Patricia—. Pero así lo hizo. Spinelli es italiano y posiblemente sea, miembro de la Mano Negra, que realiza toda clase de cosas extrañas..., ¿no es verdad? Usted debe saber, pues ha estudiado todo lo que se refiere a criminología, ¿no es así?

—¡Hum! —respondió Hugo, sin comprometerse.

—Toda clase de cosas extrañas —repitió ella, evidentemente satisfecha con su lógica—. De todos modos, yo sería una hipócrita (y junto conmigo la mayoría de nosotros, por otra parte) si afirmara que voy a echar de menos al señor Depping. Es decir, lamento mucho que lo hayan muerto, y el asunto es muy feo, y me alegro de que hayan apresado al hombre que lo hizo... Pero la verdad es que hubo épocas en que deseaba que Depping se fuera para no volver más. —Patricia titubeó—. De no haber sido por Betty (y eso que la hemos visto pocas veces) todos hubiéramos hecho frente a papá y al señor Burke para decirles: «Vamos, ya es hora de que echen *de aquí* a esa peste».

—Eso es lo más curioso del caso —comentó Hugo—, por lo que he podido ver...

—¿Qué cosa?

—Pues la situación de Depping. Nadie demuestra mayor entusiasmo por defenderlo. Llegó aquí como un extraño, pero ustedes lo aceptaron y lo incluyeron en el círculo de relaciones. La cosa llama la atención si, como resulta ahora, el hombre era tan poco popular...

—¡Sí, ya sé...! Me lo han repetido veinte veces. El señor Burke fue quien convenció a papá de que debía recibir al señor Depping.

—¿Burke? ¿Es el de...?

—Sí. Pronto lo va a conocer. Es un hombre bajo y ancho, de calva lustrosa y voz bronca. Aunque siempre parece amargado, de pronto suelta una carcajada, mientras que otras veces semeja simplemente estar medio dormido. Pero hablábamos de Depping. No creo que lo aceptaran por el dinero que había invertido en la casa

editora, aunque tengo entendido que se trataba de una suma, importante, sino porque poseía una especie de habilidad misteriosa; predecía cuáles libros se iban a vender y cuáles no. En el mundo no hay más que media docena de personas así. No sé dónde lo aprendería Depping, pero siempre acertaba. Era inapreciable, y Burke, como buen editor, lo sabía.

Habían llegado ya al camino principal, fresco y sombreado por los árboles y altos setos de espino que lo flanqueaban. Casi al frente se veía el tejado de la casa de Morgan. Al aproximarse a la verja oyeron un ruido sordo pero enérgico, que provenía del hecho de batir *cocktails*.

—Luz de mi vida —argüía una voz entre batido y batido—, ahora procederé a exponerte la solución de este misterio, tal como sería explicada por Juan Zeta. Para empezar...

—¡Hola, Enrique! —dijo Patricia—. ¿Entramos?

—¡Ajá! —exclamó con aprobación el escritor—. ¡Adelante, adelante! ¡Magdalena, más vasos! Creo que podremos encontrar dos sillas para ustedes. ¿Qué se cuenta? ¿Algo nuevo?

—¿No le oí decir que iba a explicar el asesinato? —preguntó Patricia—. Pues ya no hace falta. Han descubierto a ese norteamericano y en apariencia toda ha terminado.

—Nada de eso —declaró en voz aguda Magdalena, lanzando una mirada de satisfacción a su marido. Enrique afirma que no.

Se instalaron sillas, y Morgan llenó todos los vasos antes de tomar la palabra.

—Sé que han encontrado al norteamericano, pues vi a Murch cuando volvía de Hanham. Pero *él* no es el culpable. No es razonable. (Aquí aplausos. Bebamos todos...).

Un rumor general, semejante al murmullo que recibe en respuesta el pastor cuando lee el catecismo, fue la contestación al brindis. El frío sedante del *Martini* le produjo a Hugo, casi en seguida, una sensación de bienestar y se arrellanó más cómodamente en su asiento. Entretanto, Morgan continuaba, con cierto calor:

—¡No es razonable, les digo! En realidad, el llegar a la verdad es en mi consideración secundario. Lo que me interesa es el método empleado en este asesinato, considerado desde el punto de vista de la novela y de sus posibilidades como argumento. Porque...

—¿Y por qué no lo convierte en argumento de novela? —interrumpió inspirada Patricia, Morgan sonrió.

—Podría construirse algo sobre lo sucedido antes, y durante el asesinato —admitió—. Pero sobre lo que ocurrió después... —Morgan frunció las cejas.

Una idea desagradable asaltó a Hugo. Recordó que el escritor había sido quien les aconsejó buscar el abrochador.

—¿Qué quiere decir con eso de «Lo que ocurrió después»?

—Que a mi juicio el norteamericano no es culpable —respondió Morgan—. ¡Y

entre todos los haraganes sin motivo ni iniciativa que se pueden elegir como sospechosos, cualquiera; de nosotros haría mejor papel! En una novela de policía, por ejemplo, se presentan *muchos* motivos diferentes y abundante conducta sospechosa: se tiene una pelea que ha sido oída por el mayordomo, o alguien amenaza de muerte a alguien, o alguien sale a hurtadillas para esconder entre las flores del jardín un pañuelo tinto en sangre... Pero aquí no hay nada de eso. Tomemos a Depping, en primer lugar. No quiero decir que no tuviera enemigos (cuando se oye decir de un hombre que no tiene *ningún* enemigo uno se puede sentar tranquilo y esperar que alguien lo asesine). Depping es un problema más arduo. Nadie simpatizaba con él, pero Dios sabe que tampoco nadie de estos alrededores hubiese llegado al extremo de matarlo. Y en el más descabellado esfuerzo de imaginación, ¿pueden figurarse que alguno sea el asesino? ¿Quién? ¿El obispo? ¿El coronel Standish? ¿J. R. Burke? ¿Maw...? ¡Bah! Permítanme que les llene otra vez los vasos.

—Gracias —dijo Hugo—. ¿Quién es Maw?

Patricia, muy divertida, se revolvió en su silla.

—Maw es mamá. Le va a gustar.

—¡Traten de descubrir a un asesino entre gente como ésa! —prosiguió Morgan—. Los conocemos bien a todos; yo no puedo hallar a nadie a quien cuadre el papel, nadie que parezca merecer la horca por asesinato...

—¡Claro que puedes, querido! —declaró resueltamente su mujer. Con rostro sonrojado miró con cierto desafío a los otros, tomó un sorbo de su *cocktail*, exclamó «¡Huy!» y luego sonrió—. Si continúas tratando, encontrarás a alguien. Yo sé que lo harás.

—Es que no hay necesidad de encontrar a nadie —dijo Patricia—. Este caso pertenece a la vida real: ahí está la diferencia. Ese norteamericano, Spinelli, le disparó un tiro, y no hay argumento de novela en ello.

Morgan se paseaba nerviosamente, efectuando ademanes con su pipa apagada. Hasta su chaqueta rayada se volvía confusa a la luz del crepúsculo. Girando en redondo afirmó:

—Estoy preparado para exponerles una teoría y para probarles que este Fulano no cometió el crimen. Ignoro si estoy en lo cierto; sólo lo considero desde el punto de vista del pobre Juan Zeta, pero no me sorprendería que resultara verdad; De todos modos a ello me refería cuando afirmé que la primera parte constituiría un buen argumento...

Ninguno de ellos había oído las firmes pisadas que avanzaban sobre el camino, pero en ese momento una vaga figura se apoyó sobre la verja y pareció estudiar a cada una de las personas del grupo. Los presentes podían distinguir el brillo que despedía el hornillo de su pipa.

—¿Todavía hablando, eh? —gruñó con un leve asomo de hilaridad una voz bronca—. ¿Puedo entrar?

—¡Hola! —exclamó Morgan—. Adelanté, J. R. Burke, adelante. —El escritor

pareció querer disculparse, pero su tono era decidido—. Desearía que usted también oyera lo que voy a decir, ya que en su opinión generalmente hablo disparates. Señor Burke, le presento al hijo del obispo de Mappleham...

CAPÍTULO X

El gran J. R. Burke avanzó con paso corto y seguro, llevando la cabeza algo baja. Hugo pudo distinguirlo mejor cuando al abandonar la oscuridad que reinaba cerca de la verja entró en la vaga luminosidad que aún subsistía frente a la casa. La descripción que de él había hecho Patricia era exacta, excepto que ahora su gran cabeza calva estaba oculta bajo una, especie de sombrero de pirata con el ala levantada adelante. Era un hombre bajo y robusto, vestido con un traje color castaño, que miraba a todos por encima de sus lentes con ojos entornados de miope.

Éste, pues, era el gran J. R. Burke, poderoso descubridor de escritores, administrador de haberes y enemigo de libros: cortés, cordial, cínico, inmensamente erudito, a veces algo ebrio y siempre desenvuelto.

—He estado sentado sobre un tronco —gruñó, emitiendo luego un resoplido de desprecio que revelaba su opinión sobre la naturaleza en general—. Odio sentarme en troncos de árbol; después de dos minutos me queda para todo el día la sensación de que toda clase de bichos me caminan por el cuerpo...

Morgan acercó otra silla y la visita se instaló.

—Siga hablando —dijo a Morgan—. De todos modos lo hará..., ¡hum! ¿Qué...? ¡Oh, sí! *whisky*, por favor. ¡Ah..., así basta! Espere un momento; me dicen que Scotland Yard ha enviado a Gideon Fell para investigar este asunto. ¿Es cierto?

—Así es. ¿No ha salido de su casa está tarde?

—Buena persona el tal Fell —masculló Burke.

El editor se recostó en el asiento, apoyó sus brazos, probó el *whisky* y luego miró burlescamente a todos, parpadeando por encima de sus lentes. La pipa volvió a sus labios.

—¡Hum! —continuó—. Salí a caminar por los apacibles senderos campestres. No lo volveré a hacer. Cada vez que trato de caminar por un apacible sendero campestre, de golpe éste se llena de bicicletas...

—¡Pobre señor Burke! —exclamó Magdalena, y trató de contener la risa tomando expresión preocupada—. ¿Le lastimó alguna desvergonzada bicicleta?

—Sí, amiga mía —respondió Burke, lanzando una mirada de soslayo—. El ciclista se levantó algo mareado del suelo, me ayudó a ponerme de pie y después me preguntó: «¿Es usted el señor J. R. Burke?». Contesté que sí. El hombre dijo: «Tengo un telegrama para usted», y yo respondí: «¡Vaya una manera de entregarlo! ¿No le parece?». ¡Imaginen desfachatez semejante! De paso, el telegrama me lo enviaba Langdon, el abogado de Depping en Londres. A ustedes, los de La Granja, no se les ocurrió avisarle, ¿eh? ¡Qué mentes prácticas! Supongo que creyeron que sus asuntos se cuidarían solos.

—¿Se ha formado alguna opinión sobre el crimen? —interrogó Morgan.

J. R. Burke le dirigió una mirada penetrante.

—No. Es un asunto feo, es todo lo que sé. Nos va a molestar, y mucho. ¿Por qué

teorizar? Han detenido al asesino...

—¿Acaso lo han hecho?

—Si usted está tratando de aplicar teorías... —El editor bajó las comisuras de su boca y examinó su vaso por arriba, por abajo y en todo su contorno antes de seguir—. Le voy a dar un consejo: quédese con Juan Zeta y no se entremeta en la vida real; por lo menos no se inmiscuya en este asunto: es sucio.

—Estaba pensando en eso. La policía le va a preguntar si sabe algo de Depping, de su pasado y todo el resto...

—Querrá decir que me lo preguntará Gideon Fell. ¡Hum! ¿Y qué hay con eso? No le puedo contar nada que no pueda contar a todo el mundo. El crédito de Depping es perfectamente sólido e irreprochable. El difunto tenía... buenas cualidades. Standish era su fiador. Si Fell desea otras informaciones deberá dirigirse al abogado; Langdon llegará aquí esta noche o mañana por la mañana.

Morgan notó que Burke (en la suposición de que supiera algo) no estaba dispuesto a hablar. En cambio Morgan sí habló, y largo rato. Se colocó en el centro del césped oscurecido y se embarcó en un relato que erizó el cabello de Donovan, pues en lo principal era idéntico, punto por punto, a la explicación del doctor Fell.

—Y puedo probar mis conclusiones —prosiguió el escritor dirigiéndose a Burke, mientras se paseaba nerviosamente entre las sillas—, sobre la base de los indicios observados esta mañana, al examinar Murch y yo la habitación. Decidí que se había llevado a cabo una impostura, y antes que nada examiné el cuerpo... —Morgan se volvió hacia Donovan—. Usted estaba con el doctor Fell cuando *él* fue a la Casa de Huéspedes. ¿Sabe si examinó con detenimiento el cuerpo?

Donovan respondió con cautela:

—Pues... no. Es decir...

—Sobre el labio superior había rastros de la goma adhesiva empleada para, pegar el bigote postizo: no se puede quitar con agua. Detrás de las orejas había rastros de arcilla como la que usan los actores. En la chimenea quedaban no solamente restos de ropa quemada, sino también un mechón de cabello negro chamuscado, proveniente de la peluca... Luego visité su dormitorio y el lavabo, ambos contiguos al despacho. Si hubiera necesitado confirmación allí la hubiera hallado. Sobre la palangana del lavabo, a cada lado del espejo, se habían colocado dos velas, para iluminar a Depping cuando éste se retiró el disfraz, inmediatamente después de su excursión. En el desagüe encontré una de esas tiras adhesivas transparentes empleadas para levantar la cara alrededor de las mejillas y de los ojos, con el fin de producir una impresión de juventud. Sobre la silla se veía un par de medias empapadas y una muda de ropa interior; el resto había sido quemado. No hallé ninguna caja de pinturas para caracterizarse, pero como Murch me estaba observando, no pude buscar en debida forma. Todo esto preocupó mucho al inspector. —Desde la oscuridad, el escritor se dirigió nuevamente a Donovan—. ¿Qué pensó de ello el doctor?

Esta vez Hugo estaba desprevenido.

—No entramos más que al despacho —contestó—. Cuando Fell dedujo lo que usted acaba de relatar lo hizo fundándose únicamente sobre los hechos que se nos habían comunicado...

—¡Santo Dios! —exclamó Morgan—. ¿Usted quiere decir que yo tengo razón?

—¿Que si tiene razón? —repitió Hugo, asombrado—. Pero si usted ha explicado todo...

—Ya lo sé —dijo Morgan, y se pasó la mano por los ojos. Luego se echó a reír—. Me quería convencer, pero... era demasiado bueno, para ser verdad. Los hechos se parecían tanto a una novela, que ni yo mismo me atreví a pensar que había acertado.

Morgan sé sentó:

J. R. Burke emitió un gruñido de protesta antes de decir:

—Un momento... ¿Pretenden convencerme de que Gideon Fell cree esas patrañas?

—Apostaría a que usted también las cree —manifestó pensativamente el escritor.

—¡Patrañas! —interrumpió J. R. Burke—. Según ustedes, Depping era un ex criminal que deseaba matar a Spinelli...

—Sólo afirmé que existía algo dudoso en su pasado.

—¡Hum! —Burke bajó la cabeza por unos instantes y luego adoptó un tono de tolerante, sarcasmo—. Todo eso quedaría muy bien en un libro, mi amigo, pero en la vida real no cuela. Hay una falla enorme en el razonamiento. ¿Sabe cuál es...? Cállese, déjeme hablar. Quiero comprobar el grado de insensatez a que usted está dispuesto a llegar antes de destruir su teoría... Suponiendo que todo sea cierto (cosa que no admito), ¿qué conclusión saca?

—Pues volver al hecho ele que el asesino es alguno de nosotros. —Morgan se puso otra vez en pie, levantó los ojos al cielo casi oscurecido y comenzó a pasearse con inquietud; tenía el aspecto de quien se ha enredado en algo mucho más grave de lo que había previsto—. Es decir... Veamos, el doctor Fell ¿piensa, *de veras* que las cosas han ocurrido así? ¡Por todos los santos, hombre, dígame la verdad!

Donovan, que había estado haciéndose reproches, trató de adoptar una apariencia de misterio, pero no tuvo éxito y se limitó a encogerse de hombros. Patricia cavilaba con la barbilla apoyada sobre los puños. Morgan continuó:

—El mundo en que vivía Depping era éste. Si deseaba un cómplice para que montara guardia mientras él salía en busca de Spinelli...

—Tonterías —interrumpió J. R. Burke—, y le diré por qué. Supongamos nuevamente que lo que usted dice sea cierto. Que Depping tuviera un cómplice, es fantástico, es mucho peor que la idea de que hubiera sido un criminal en el pasado. ¡Bah! Preste atención a lo que digo. —La luz roja de su pipa brilló en la oscuridad—. ¿Qué era lo que Depping deseaba ante todo? —¿Refiriéndose a qué? No le entiendo. Patricia pasó una mano sobre sus cabellos e hizo un ademán como reclamando silencio para pensar.

—Esperen un momento, creo que comprendo. —La joven se volvió hacia Burke

como lanzando una acusación—. Por lo menos usted admitirá que siempre sospechó que Depping representaba un papel, ¿sí o no?

—Eso no viene al caso, y además, no me hagan preguntas a mi —gruñó el otro—. Prosiga.

—Depping deseaba que lo creyesen un caballero estudioso y bien educado: he ahí lo que quería —firmó con énfasis Patricia.

—¡Hum! Y puede ser que lo fuera, no olviden... De todos modos eso deseaba señalar yo: que Depping quiso establecer su situación y que para conseguirlo trabajó durante cinco años; por lo tanto, ¿les parece probable lo que proponen? ¿Acaso creen que Depping sería capaz de decir a alguno del vecindario: «Vea, siento mucho haberlo engañado, pero la verdad es que soy un ex criminal y un asesino de criaturas. Un sujeto que me conoce de antes ha tratado de hacerme chantaje y voy a tener que matarlo. Ayúdeme, por favor quédese en mi estudio mientras que, yo salgo y le arreglo las cuentas. Sea complaciente y en otra Ocasión yo haré lo mismo por usted»? —Burke dio un bufido—. ¡Tonterías!

Morgan encendió su pipa. De pronto el fósforo quedó en suspenso sobre el hornillo y a su luz pudieron ver que sus facciones estaban rígidas y tirantes, con los ojos fijos en la sombrilla de playa. Luego, el fósforo se apagó.

El escritor dijo con lentitud:

—No; Depping no necesitaba decir eso.

—¿Más teorías...?

—La única teoría que toma en cuenta todos los hechos —respondió con voz extraña Morgan—. Una teoría que transforma a media docena de los más inofensivos habitantes de Inglaterra, incluyéndome a mí, en un grupo de asesinos en potencia.

Se produjo otro silencio. Hugo contempló el cielo que, después de la puesta del sol, había adquirido tonalidades púrpuras, y sintió que tanto a él como, a los demás les corría un escalofrío.

Magdalena dijo de pronto, golpeando su silla de tijera:

—No hablen así...

—Oigamos el resto —ordenó con impaciencia Burke.

—Estoy algo confundido —admitió Morgan, cubriéndose los ojos con la mano—, y se han elaborado tantas deducciones secundarias que existe la posibilidad de mezclar lo que sabemos con lo que sólo sospechamos. Pero aquí va... La última parte de la hipótesis desarrollada por mí, esto es, el asesinato de Depping por su cómplice, estaba fundada sobre la suposición de que éste era un cómplice voluntario, que sabía la que Depping iba a hacer; y en segundo lugar, suponía que este cómplice, mientras tanto, había elaborado su propio plan para matar a Depping; que fue a la Casa de Huéspedes provisto de guantes de goma; que dejó a Depping afuera en el balcón, pretendiendo haber perdido la llave; que obligó a Depping a entrar por la puerta principal con el fin de probar una coartada... ¿De acuerdo?

—Bastante exacto —concedió Hugo—. ¿Qué pasa después?

—Únicamente que el cómplice no era tal y que al principio no abrigaba la menor intención de matar a Depping —respondió Morgan con calma.

—Pero...

—La objeción puesta por J. R. Burke es perfectamente razonable, convincente y cierta. Depping nunca hubiera pedido a un vecino que lo ayudara a cometer un crimen; ni siquiera le habría insinuado sobre su dudoso pasado hasta... Un momento: *pero muchos vecinos inofensivos se habrían prestado con gusto, a colaborar en lo que creían, una broma...*

Burke resopló con disgusto.

—¡Una broma! —exclamó—. Usted ha juzgado mal a su círculo si cree que asienten afición por...

—¿Olvida usted, al poltergeist?

Después de una pausa, el escritor siguió, con voz firme:

—Alguien organizó aquel barullo contra el vicario y probablemente sintió placer en hacerlo. A mí, personalmente, me hubiera divertido... Insisto en que más de una persona habría consentido en ayudar a Depping, sin saberla, al creer que se trataba de una broma. No sería muy difícil inventar un pretexto para dejar instalado en el despacho al cómplice inconsciente. Depping estaba resuelto a salir para matar a Spinelli, pero el cómplice ignoraba sus intenciones.

—En ese caso —interrumpió Donovan, tratando de no perder el hilo del razonamiento—, ¿cómo consideramos el plan para matar a Depping? ¿Cómo aparecen los guantes de goma, la llave que el cómplice pretende haber perdido y...?

—Todas son suposiciones —dijo serenamente Morgan. Hugo lo miró con asombro.

—¡Ya sé que lo son!, pero son suposiciones hechas por usted. ¿Qué hemos de creen ahora?

—Imaginemos que las cosas sucedieron así: Depping, disfrazado, estaba fuera y no podía entrar en su casa. No podía entrar por una razón muy clara que parece no habersele ocurrido a nadie: porque el cómplice, en realidad, no pudo encontrar la llave. Depping salió cautelosamente por la puerta del frente con la intención de volver por la... del balcón, pero olvidó la llave; la había dejado junto con su otra ropa y no aparecía. Entretanto, como Depping no podía esperar afuera, bajo la lluvia, se le ocurrió entrar por la puerta del frente, pidiendo a la otra persona que quemara los fusibles...

—Pero, ¿cómo? —preguntó Hugo—. Creí que estábamos de acuerdo en lo del abrochador. Nadie hubiera tratado de establecer un corto circuito con las manos al aire.

—Por supuesto que no, pero pudo apoyar el abrochador contra ese tomacorriente bajo y empujarlo para que hiciera contacto...

—¿Con qué?

—Con la suela de un zapato de tenis —contestó Morgan, y encendió otro fósforo

—. No estamos tan, seguros de la existencia de los guantes de goma. Y en esta forma destruimos la única razón de creer que el cómplice tenía intención de matar a Depping... con la suela de un zapato común de tenis.

Donovan buscó en su mente una objeción plausible, lanzó una mirada malevolente al dueño de casa, y después de un momento de reflexión exclamó: «¡Bah!».

Patricia emitió sonidos de protesta y dijo:

—Atienda, Enrique, no puede ser. Creí que había dicho que, después de matar a Depping, el asesino se retiró por la puerta del balcón, dejándola abierta. Si ocurrió así y el asesino no podía encontrar la llave, ¿cómo pudo pasar por la puerta?

Morgan estaba entusiasmado con su nueva idea; caminaba agitadamente en la oscuridad, golpeándose contra la mesa y las sillas.

—¡Pues muy sencillamente! —casi gritó—. Por supuesto. Cuando su cómplice no puede hallar la llave, Depping se pone furioso... Luego sube disfrazado y hace exactamente lo que cualquiera hubiera hecho en las mismas circunstancias. Dice: «¿Está usted ciego?», o cosa por el estilo, en el idioma de Depping. Entra, busca, encuentra la llave y la pone bajo las narices del otro. Es la tontería típica que cometería una persona en momentos de emoción fuerte. ¿No lo ven a Depping empapado, nervioso y exasperado, con su ropa llamativa y su peluca ladeada, de pie en su despacho, agitando la llave frente al otro? Aun cuando estuviera preocupado por la muerte de Spinelli...

—Ignoro si usted está enterado de que Spinelli está vivo —le comunicó con gran cortesía Hugo.

—Cosa que Depping no sabía —replicó Morgan—. Él creyó que el cuerpo de Spinelli estaba en el río... Murch me informó de lo sucedido anoche en Chequers. Depping ignoraba que su tentativa había fracasado. ¿Y qué pasa después?

Morgan continuó en tono más bajo.

—Ahora Depping tiene al cómplice a su merced. Me lo puedo imaginar al viejo con esa sonrisita en la cara (¿la recuerdan?) con la espalda encorvada y frotándose las manos. Va al lavabo y se quita el disfraz con todo cuidado: cepilla su cabello y se cambia de ropa. Su cómplice está algo inquieto, pero Depping le ha prometido una explicación (después de haber destruido las pruebas y la ropa comprometedoras). Se sienta frente a la otra persona y sonríe nuevamente.

«He matado a un hombre» (anuncia con su voz seca). «Usted nunca se atreverá a denunciarme, porque lo he convertido en mi cómplice antes y después del hecho».

La voz de Morgan imitó inconscientemente a la del difunto. Hugo nunca había oído hablar a Depping, pero era justamente el tipo de voz que le hubiera atribuido: uniforme, más bien aguda, áspera y con un dejo de maldad.

—Bien saben ustedes cómo se contenía cuando estaba con nosotros —prosiguió Morgan—. Era un hecho evidente. Se podía ver que nos odiaba, que no pensaba como nosotros y que en su fuero interno hervía. Había logrado simular un nuevo tipo

de vida, pero nunca se acostumbró a ella y por eso caía en esos períodos de borrachera. No conozco lo que ocultaba su vida pasada, pero imagino que el asesinato era uno de sus crímenes menores. Yo creo que, sentado allí en el despacho, explicó detalladamente a su cómplice lo que él había sido y lo que era ahora y que todo su rencor se desbordó. Señaló a su interlocutor cómo lo había complicado. Éste no lo podía denunciar, pues Depping estaba dispuesto a jurar que ambos estaban confabulados. Lo que el cómplice creía una broma, en realidad era un delito que lo colocaba a merced de Depping. El viejo sacó el revólver y lo dejó sobre la mesa. Algo de lo que se dijo (yo sé que esto es únicamente conjetura) hizo perder el juicio a un miembro de nuestra tan agradable e inofensiva comunidad. Tal vez fuera el modo que tenía Depping de sonreír y mover la cabeza, no lo sé, pero en más de una ocasión yo mismo sentí deseos de matarlo. Creo que un miembro de nuestra inofensiva comunidad buscó una excusa para colocarse detrás de la silla de Depping, arrebató el revólver de la mesa y... entonces pudo disparar.

—¡Basta! —gritó en la oscuridad Patricia—. ¡No diga eso! ¡Si hasta parece, que usted hubiera estado presente!

Morgan inclinó la cabeza y luego dirigió los ojos hacia su mujer, que estaba acurrucada silenciosamente en su silla. El escritor dio unos pasos, se sentó junto a ella y dijo con su voz habitual:

—¿Quién quiere honores? Lo que a nosotros nos hace falta es otro *cocktail*. Esperen un segundo mientras enciendo las luces, traigo hielo y mezclo otra bebida...

—No se va a escapar con tanta facilidad —interrumpió Hugo, frunciendo el ceño.

—No; ni por un momento creí que fuera posible —contestó con voz pensativa el otro—. Bueno, la cuestión en ésta: ¿a cuál de nosotros elegiría Depping para su broma?

Los presentes empezaban a captar las derivaciones de esta pregunta, cuando, después de un gruñido preliminar, se oyó la voz de J. R. Burke que decía en tono reflexivo:

—Tengo la impresión de que estoy obstaculizando a la justicia.

—¿Que la está obstaculizando...?

—No es que me importe obstaculizarla —masculló J. R. Burke—. La policía es demasiado entremetida; debería existir una ley que se lo impidiese. Sin embargo, si Gideon Fell cree en todo esto, debo comunicarle lo que sé. Oiga, joven: ¿usted opina que hubo un cómplice, no es así? ¿A qué hora juzga que este cómplice llegó a la Casa de Huéspedes para encontrarse con Depping?

Morgan lo miró fijamente con expresión extraña.

—No lo sé; después que subieron la comida de Depping, entre las veinte y treinta y las veintiuna, tal vez.

—¡Hum! Bien; pues está usted equivocado.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque a esa hora yo estaba allí conversando con el difunto —respondió

afablemente Burke—. ¡No ponga esa cara, qué diablos! —El editor destornilló su pipa y sopló por el cañón—. Ahora va a calificar el hecho de conducta sospechosa. ¡Bah! Uno hace una visita perfectamente ordinaria, y ¡vea lo que sucede!

Morgan se puso de pie y exclamó:

—¡Por San Patricio! ¡Ahora la conducta sospechosa resulta ser *suya*! ¿Se lo ha dicho a Murch?

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Pero ahora que dan por cierto todo este enredo...

—Discúlpeme, señor —dijo Hugo—. ¿Dejó usted alguna pisada?

J. R. Burke empleó términos más bien severos para afirmar que era completamente indiferente el haber o no dejado pisadas, que ño sabía si lo había hecho, y que además, ¿qué tenía que ver?

—Quiero saber esto —insistió Hugo—: ¿fue usted a visitar a Depping llevando puestos los zapatos de Morley Standish?

Burke respondió indignado (y empleando extraordinarias figuras retóricas) que no recordaba haber sentido nunca la necesidad de pedir prestado un par de zapatos para efectuar una visita de negocios a uno de sus socios, Sólo entonces Morgan comprendió que se referían a la huella de la cual Murch y él habían sacado un molde de yeso, y Hugo explicó cómo se había descubierto su origen.

—Pero como el criado no mencionó que anoche hubiese llegado otra visita —prosiguió Donovan— me preguntaba si usted había entrado por la puerta del balcón...

—Es claro que entré por la puerta del balcón —replicó Burke—. ¡Ah! ¡Ya veo, ya veo! Es evidente que usted está deseando someterme a un interrogatorio. No existe ningún motivo que me obligue a contestar, pero lo haré. —El editor estiró agresivamente su cuello—. Subí al despacho porque vi encendida la luz y porque ésa es la única habitación que usa Depping. ¿Acaso tiene algo de extraño que yo haya entrado por la puerta del balcón? Es la más directa.

Hubo un silencio cortés y algo forzado. Morgan tosió y el sonido debió actuar como un estímulo, pues J. R. Burke agregó:

—Prefiero decírselo para echar abajo todas sus teorías. ¡Hum! Todo esté enredo referente a llaves... ¡Bah! Escuchen: fui a ver a Depping anoche, justo después de cenar; serían las veinte y cuarenta y cinco minutos y ya había oscurecido. Y además le voy a pasar un dato a Gideon Fell, por lo que pueda valer: Depping iba a abandonar Inglaterra.

»No me pregunten cómo ni adónde iba. Le hice una visita por asuntos de negocios y lo que eran esos asuntos no es cosa que a ustedes les concierna; pero yo juraría que no esperaba a nadie esa noche. Subí al balcón y miré por la parte superior de la puerta, que es de vidrios, se puede ver a través de los cuadros blancos. Depping estaba de pie junto al escritorio, sin chaqueta, camisa ni cuello, y parecía buscar algo en un cajón. No pude distinguir bien lo que tenía en la mano, pero puedo admitir que

tal vez fuera una peluca.

Morgan dejó escapar un silbido.

—¿Le agrada, eh, que alguien haya presenciado una escena como ésa? —replicó el otro—. Pues le diré con franqueza que a mí no me produjo ningún placer cuando supe esta mañana lo del crimen. ¡Hum! Como les iba diciendo, cuando llamé a la puerta Depping dio un respingo. Tenía aspecto alterado y creí que había estado bebiendo otra vez. Me preguntó: «¿Quién está ahí?». No parecería que estuviera esperando a nadie, ¿eh?

—Pero...

—Pero nada. Sacó una llave del bolsillo (sí, del bolsillo) y vino a abrirme la puerta. Olía a *whisky*. Me dijo que no podía, recibirme en ese momento y yo le manifesté que el asunto era importante y que podía dejar de beber para atenderme. Conversamos durante un rato, pero a cada minuto Depping consultaba, su reloj y no me invitó a tomar asiento. Por último le dije: «Muy bien, ¡váyase al diablo!», y me fui... Detrás de mí Depping cerró la puerta con llave y la guardó, en el bolsillo. Eso es todo lo que sé. Quizá la llave esté todavía allí.

—No estaba cuando Murch revisó la ropa —replicó airadamente Morgan—, y tampoco estaba en ninguno de los trajes colgados en su armario. ¡Quién sabe...!

Nadie hizo comentarios, y después de un largo rato Patricia señaló que era hora de volver a La Granja para cenar. Cuando al levantarse del asiento apoyó una mano sobre el brazo de Hugo, éste tuvo la impresión de que temblaba.

CAPÍTULO XI

Esa noche no se preparó la cena como de costumbre en La Granja. Cuando Patricia y Hugo llegaron apresuradamente a la casa, bastante después de las diecinueve, recibieron la noticia de que el señor Teseo Langdon, abogado del difunto, había llegado pocos minutos antes, acompañado por la señorita Isabel Depping, que había viajado en el avión de la tarde desde París. El primero se hallaba encerrado en la biblioteca con el doctor Fell y el inspector Murch, y la segunda se declaró indispuesta y no salió de su habitación («probablemente —dijo Patricia— debido no tanto a la muerte de su padre como al habitual mareo que le causa el avión»). Pero esta indisposición fue muy magnificada por la buena señora de Standish, quien iba de un lado a otro en un verdadero remolino de actividad, poniendo a la casa en extraordinario desorden. La señora presidía a la cabecera del lecho de Betty con la misma energía que hubiera desarrollado en una reunión del club femenino. Cuando Patricia consiguió hablar con su madre se produjo probablemente algún altercado. El caso es que sólo se dispuso un leve refrigerio en el aparador del comedor, y los desconsolados huéspedes circularon devorando emparedados con cierto disimulo.

De la famosa Maw Standish, Hugo sólo pudo apreciar lo poco que vio cuando ésta bajó a darle la bienvenida: era una hermosa mujer, que medía casi un metro setenta calzada con sus zapatos de tacón más bajo, llevaba la abundante cabellera cenicienta como un estandarte de batalla y tenía facciones algo duras, pero decididamente agradables. La señora de Standish manifestó con firmeza al joven que La Granja le iba a gustar; luego le indicó con el índice varios retratos colgados de las paredes del salón principal y recitó rápidamente los nombres de los pintores respectivos; a continuación enumeró las visitas más distinguidas que habían honrado la mansión con su presencia, incluyendo a Cromwell, al juez Jeffreys y a la reina Ana; después, clavando sobre Hugo una mirada severa y levemente sonriente, como si dudara de sus méritos para continuar tan honrosa tradición, manifestó que la enferma necesitaba sus cuidados y ascendió majestuosamente por la escalera.

La Granja, según descubrió Hugo, era una casa agradable, fresca y soñolienta, cuyas grandes habitaciones estaban edificadas sobre tres lados de un rectángulo. Detrás del salón principal había un comedor imponente, a través de cuyas ventanas se podía divisar al acebo más grande que Hugo jamás hubiera visto, y en este comedor estaba sentado J. R. Buke bebiendo cerveza con impasibilidad pensativa.

Dirigiéndose hacia el ala izquierda el joven se encontró en una sala que algún antepasado había decorado con mal gusto opulento y casi simpático. Del otro lado de una galería se oía un murmullo de voces que parecía provenir de la puerta que daba a la biblioteca. En apariencia el tribunal funcionaba allí. Mientras Hugo miraba, la puerta se abrió para dejar salir a un criado, y en ese instante pudo ver una larga habitación llena de humo y al doctor Fell haciendo apuntes sentado ante una mesa.

Las ventanas de la sala se abrían sobre una amplia terraza donde brillaba en la

oscuridad el extremo de un cigarrillo. Hugo salió a la terraza. Ésta daba sobre jardines que iban descendiendo hacia el fondo de la propiedad, ahora descoloridos por la luz indecisa del crepúsculo. En el ala izquierda de la casa había varias ventanas iluminadas. Apoyado sobre la balaustrada se encontraba Morley Standish observando estas ventanas, pero al oír los pasos de Donovan se volvió para saber quién llegaba.

—¿Quién...? Oh, ¡hola! —dijo, y reanudó su escrutinio.

Hugo encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Qué novedades hay? Su hermana y yo estuvimos en casa de Morgan. ¿Han encontrado algo de nuevo?

—Eso es lo que me agradecería saber —respondió Morley—. Se me hace raro que estén endiablada mente reservados. No me toman en cuenta para nada. Mamá opina que no debo ver a Betty... (la señorita Depping, usted sabe): ha llegado a casa. Yo no sé lo que están haciendo. Han interrogado a cada uno de los criados allí en la biblioteca. Sólo Dios sabe lo que está sucediendo. —Morley arrojó su cigarrillo, se inclinó sobre la balaustrada y quedó meditabundo—. Hermosa noche —agregó a despropósito—. ¿Dónde estaba usted la noche del asesinato?

—¿Yo?

—A todos nos han preguntado lo mismo: asunto de rutina. Y empezando por los criados para que nos impresionara mejor. ¿Dónde íbamos a estar? ¿Adonde podemos ir una vez que ha oscurecido? Estábamos todos en nuestras camas. ¡Cómo me gustaría poder explicar la cuestión de mis endemoniados zapatos!

—¿Averiguó algo respecto a ellos?

—Le hice preguntas a Kennings, el lacayo de que le hablé y responde que no sabe nada. Recuerda que los puso en la alacena de objetos inútiles hace ya algún tiempo, pero cualquiera los podría haber sacado de allí. No hay error posible, pues ahora no están en la alacena... ¡Hola!

Hugo siguió la dirección de sus ojos. Otra luz había aparecido en el ala izquierda del edificio.

—Me pregunto —dijo Morley, frotándose la frente con una mano pesada—: ¿quién podrá estar en el cuarto de roble a estas horas?

—¿El cuarto de roble?

—Es la habitación que visita nuestro poltergeist —contestó secamente Morley. Después de una pausa, durante la cual siguieron mirando hacia la ventana, continuó —: ¿Estaré imaginándome tonterías o cree usted que será mejor ir a investigar qué pasa?

Ambos jóvenes se miraron. Hugo advirtió el estado de tensión en que se hallaba el otro; aparentemente Morley disimulaba la cualidad explosiva de su carácter. Donovan asintió y los dos abandonaron la terraza casi a la carrera. Ya subían la escalera principal cuando Morley habló nuevamente:

—¿Ve a ese sujeto? —preguntó, señalando al mismo tiempo a un mal retrato colgado en el rellano que representaba a un hombre de facciones gruesas y gran

peluca, vestido de casaca con encajes—. Era uno de los regidores de Bristol, a quienes se suponía complicados en la Rebelión del Oeste en 1685. Cuando el juez Jeffreys vino para las sesiones del tribunal con el fin de castigar a los rebeldes, a este hombre le confiscaron todos los bienes. Jeffreys se alojaba en La Granja, junto con el caballero Redlands, que entonces era el dueño. Este regidor, llamado Wyde, vino hasta aquí para pedir clemencia a Jeffreys. El juez se indignó y le espetó un largo sermón, y como consecuencia, Wyde se degolló en el cuarto de roble. De ahí la leyenda...

Morley y Hugo habían llegado al vestíbulo del piso superior y se encaminaron por un pasillo angosto y mal iluminado que de allí arrancaba. Morley miraba a su alrededor como previendo que alguien los pudiera seguir, pero toda la casa parecía desierta. Finalmente se detuvo ante una habitación al extremo del pasillo, esperó un momento, enderezó los hombros y golpeó a la puerta.

No hubo respuesta. Donovan sintió que le invadía una extraña sensación de temor, pues podía ver que se filtraba luz por debajo de la puerta. Morley golpeó nuevamente. «¡Muy bien!», exclamó y abrió la puerta.

El aposento era espacioso pero oscuro, pues sus paredes estaban cubiertas hasta el techo con maderas de roble. La única iluminación provenía de una lámpara con pantalla de vidrio esmerilado, colocada sobre una mesa junto a la cama: una cama con dosel, desnuda y sin cortinajes. Sobre la pared del frente se veía una chimenea de madera y, a cada lado de ésta, una ventana con profundo alféizar. En el muro de la derecha había otra puerta, y la habitación estaba vacía.

Las pisadas de Morley retumbaron sobre el piso de madera. «¡Hola!», exclamó, y se dirigió hacia la otra puerta, que estaba cerrada pero sin llave. La abrió y echó un vistazo a la oscuridad interior.

—Esta es la alacena de objetos inútiles —dijo, y Morley se volvió de pronto y Hugo retrocedió un paso: se había oído un fuerte crujido cerca de la chimenea y simultáneamente apareció un hilo de luz. Una parte del panel de madera situado entre la chimenea y el alféizar de la ventana se estaba abriendo: un panel con bisagras, tan alto como una puerta. En el hueco apareció el obispo de Mappleham, con una candela en la mano.

Hugo tuvo suficiente presencia de ánimo para no lanzar una carcajada.

—Escucha, papá —protestó—, desearía que no hicieras esas cosas. Los villanos misteriosos son los únicos que tienen el monopolio de apariciones como la que acabas de hacer. Cuando tú entras...

A la luz de la vela, el rostro de su padre pareció fatigado.

—¿Por qué no se me informó de este... pasaje? —preguntó a Morley.

Éste lo miró durante un momento, sin comprender.

—¿Eso? Pero yo creía que usted lo conocía. No se trata de un pasaje secreto: si usted observa con detenimiento, verá que se notan las bisagras y el orificio donde se introduce el dedo para abrir. Lleva a...

—Sé adonde va —replicó el obispo—; termina abajo, en una puerta disimulada que da al jardín. Ya he explorado. Ninguno de los extremos tiene cerrojo. ¿Se da usted cuenta de que una persona de afuera puede entrar cuando se le antoje a esta casa, sin ser vista?

Los ojos oscuros e inexpresivos de Morley parecieron captar el significado de las palabras del otro. Asintió levemente con la cabeza, pero respondió:

—Si es por eso, cualquier persona de afuera, puede entrar por la puerta principal, si prefiere. Nunca cerramos las puertas, con llave.

El obispo colocó la vela sobre la chimenea y procedió a sacudir la tierra de su traje. Tenía el rostro cansado y ensombrecido, como por falta de sueño o irritación.

—Sin embargo —dijo— ha sido usado recientemente: hay rastros en el polvo. Y allí cerca está la alacena de donde sacaron sus zapatos...

El obispo caminó hacia la cama con paso pesado y los hombros encorvados. Hugo advirtió que echaba una ojeada a una salpicadura roja que aparecía sobre la pared y el suelo. Por un momento la vieja habitación se vio invadida por una visión de caballeros con peluca degollados en el siglo XVII, hasta que volviendo a la realidad Hugo recordó la tinta y las travesuras del *poltergeist*. El asunto adoptó un cariz a la vez desconcertante, ridículo y terrible.

El obispo continuó:

—Desde que las autoridades (el doctor Fell con su gran conocimiento de criminales y ese brillante investigador que es el inspector Murch) han juzgado mejor apartarme de las deliberaciones de esta tarde, he proseguido mis averiguaciones según mis propias luces... Este cuarto no se usa en general, ¿no es así?

—Nunca —contestó Morley—. Es húmedo y no tiene calefacción central. ¿Por qué pregunta, señor?

—Entonces, ¿cómo llegó a ocuparlo el señor Primley la noche que..., la noche que alguien eligió para hacer bromas de dudoso gusto?

Morley miró asombrado al obispo.

—Usted lo sabe tan bien como yo, pues estaba con nosotros cuando sucedió. El vicario pasó la noche en esta habitación porque él la pidió...

El obispo hizo un ademán irritado y replicó:

—Le hice la pregunta para que mi hijo se enterara: deseo que comprenda con exactitud cómo se realiza correctamente una investigación.

—¡Oh! —dijo Morley, y sus ojos reflejaron una expresión de leve humorismo—. Ya veo. Bien: usted, mi padre, el reverendo Primley y yo empezamos a conversar sobre el hombre que se mató en este cuarto y sobre su «influencia» o como quiera llamarle; de modo que cuando el señor Primley tuvo que pasar la noche en casa pidió que lo alojaran aquí...

—¡Ah! ¡Así es, así es! Eso deseaba dejar establecido. —El obispo asintió con la cabeza—. Pon atención, Hugo; Pero el señor Primley en el primer momento no tuvo intención de quedarse a pasar la noche, ¿no es así?

—No, señor. Perdió el último ómnibus de vuelta a su casa y...

—En consecuencia debo hacerte presente. Hugo, que nadie de afuera podía saber que el vicario había decidido pernoctar en La Granja, aun suponiendo que estuviera informado de su presencia aquí, lo que es dudoso. La decisión se tomó de improviso, ya bastante avanzada la tarde. Mucho menos podía saber una persona extraña que el señor Primley iba a ocupar esta habitación... En conclusión, lo ocurrido no puede atribuirse a una broma gastada al vicario por una persona que no era de la casa.

—¡Caramba! —exclamó Hugo después de una pausa—. Eso quiere decir que alguien subió a hurtadillas por esa escalera para llegar a la alacena de objetos inútiles con la intención de sacar esos zapatos, pero sin calcular que la habitación estaba ocupada...

—Precisamente; pero me temo que te adelantas a mi razonamiento —ríe reprochó el obispo con voz ligeramente contrariada—. Escuna práctica contra la cual debo prevenirte. Evidentemente, a eso mismo quería llegar yo: el intruso no previo que la habitación podía estar ocupada, y ya fuera al entrar o al salir (probablemente lo último) despertó al reverendo Primley y representó el papel de duende para que no le descubrieran. —El obispo frunció sus pobladas cejas e introdujo una mano en el bolsillo—. Lo que es más, puedo describir quién fue capaz de hacerlo y puedo probar que estuvo aquí.

El obispo de Mappleham sacó de su bolsillo una pequeña libreta encuadernada en cuero rojo y cubierta de polvo. Sobre la tapa, se podían distinguir unas iniciales doradas.

—Este interesante indicio estaba caído en un ángulo de la escalera que baja dentro de ese pasaje. Háganme el favor de examinarlo. Fue una desgracia que se extraviara, pues lleva las iniciales E. M. ¿Acaso es necesario que yo describa los rasgos de carácter del joven Enrique Morgan o que señale su sospechoso interés por guiar las averiguaciones del inspector Murch en este asunto? Si no me equivoco, fue él quien indicó al inspector aquella pisada cerca de la Casa de Huéspedes y quien amablemente se ofreció a sacar una impresión de yeso de la misma.

—¡Qué necesidad! —exclamó violentamente Hugo; pero luego recapacitó y tragó convulsivamente—. Quiero decir... Te pido perdón, papá, pero es fantástico. No puede ser. Es...

Morley carraspeó y argumentó en tono persuasivo:

—Deberá admitir, señor, que la cosa parece inverosímil. No me refiero al indicio, sino a la personalidad de Enrique. Es muy capaz de gastar una broma de esta clase al reverendo Primley o a cualquiera que durmiese en esta habitación, pero el resto no puede ser exacto.

El obispo abrió los brazos y dijo:

—Mi estimado joven, yo no le obligo a que crea nada; le informo, simplemente. ¿Sabía o no el señor Enrique Morgan que el reverendo Primley estaba anoche aquí?

—No sabía... Pero podría haberlo visto entrar, posiblemente.

—Sin embargo, de ningún modo podía haberse enterado de que iba a dormir en la casa aquella noche.

—Supongo que no.

—Y tampoco podía estar informado del cuarto que iba a ocupar. ¡Ah! ¡Gracias! —El obispo guardó la libreta cuidadosamente en su bolsillo, dio unas palmadas sobre su chaleco y asumió aspecto benevolente—. Creo que voy a la biblioteca a efectuar una visita a las autoridades. ¿Bajamos? Morley, si usted fuera tan amable como para apagar esa vela... No, déjela allí, probablemente la vamos a necesitar nuevamente.

Ya caminaban por el pasillo cuando Morley habló otra vez:

—Le repito, señor, que su suposición es..., bueno, absurda, por no emplear un término demasiado exagerado. Yo le he dicho que a Enrique Morgan no le era muy simpático el viejo Depping; muy bien. Todo el mundo le dirá lo mismo, incluso el mismo Enrique. Pero eso no es ninguna razón para... —Morley titubeó, no queriendo emplear la palabra y continuó tesonosamente—, y en cuanto a subir a hurtadillas para sacar mis zapatos... ¡No, no! No puede ser. Eso es pura conjetura.

—Mi amigo, ande con cuidado. Deseo que comprenda perfectamente que yo no acuso a nadie. Ni siquiera, aun en mi fuero interno, he llegado hasta una acusación o implicación de homicidio; pero si este estimable caballero, el doctor Fell, elige excluirme de sus pueriles conciliábulos, entonces no puede lamentarse de que yo tome medidas para frustrar sus intenciones.

Hugo nunca había notado que la afición del obispo tomara un cariz tan violento y rencoroso; más aún, de pronto advirtió que su padre se estaba poniendo anciano e inseguro...

Tampoco creía el joven que Morgan pudiese ser culpable, aunque no fuera más que por el presentimiento de que la gente como Morgan no cometía crímenes; sobre todo porque al escribir continuamente sobre ellos llegaban a considerar a los asesinos como monstruosidades fascinantes, al estilo de unicornios o grifos, completamente aparte de la vida real. Hugo no estaba muy seguro de que su padre creyera lo que afirmaba, pero tenía la impresión alarmante de que el obispo estaba dispuesto a acusar a cualquiera, sin estar convencido de ello, si podía construir un caso plausible.

Entretanto, los pensamientos de Donovan se enredaban en la complicación de todo el asunto, se distraían en calcular cuándo volvería a ver a Patricia y en preguntarse por qué las complicaciones tenían que producirse justo en el momento actual.

Mientras que acompañaba a su padre a través de la sala del piso bajo oyó que una puerta se cerraba violentamente: era la puerta de la biblioteca. Caminando pesadamente apareció J. R. Burke. El editor fijó la mirada sobre los recién llegados y sonrió.

—Buenas tardes —dijo al obispo—. Me han pedido que lo llame, y también a usted, joven. Yo ya he prestado mi declaración, y pueden hacer de ella lo que quieran. ¡Hum, hum! —Burke inclinó la cabeza a un lado con gran complacencia—. Entren

sin cuidado. Cuanto más haya, mejor. Allá dentro saltan chispas.

El obispo se irguió y replicó:

—Ya me parecía que tarde o temprano iba a ser requerida mi presencia. También imagino que los voy a sorprender grandemente. ¿Qué pasa en la biblioteca, señor Burke?

—La complicación se debe al abogado de Depping —explicó, riéndose, Burke—. Resulta que además de ser abogado de Depping es también el de Spinelli y está aprovechándose de la situación con gran maestría... Entren. Me pidieron que los llamara.

CAPÍTULO XII

La biblioteca era un aposento largo y angosto; a un lado, una serie de ventanas daba sobre la terraza. Estaba decorada en tonos oscuros pero intensos; pesados cortinajes color castaño colgaban delante de las ventanas y de la doble puerta situada al otro extremo de la habitación. Todas las lámparas de las paredes estaban encendidas y brillaban detrás de pantallas amarillas. La gran araña de cristal despedía mil luces y debajo de ella flotaba una nube de humo azulado. Sentado ante una mesa cargada de objetos y rodeado por el humo estaba el doctor Fell; con el cuello oculto por sus numerosas papadas dibujaba distraídamente monigotes sobre un cuaderno de apuntes. El inspector Murch tenía delante de él una montaña de papeles y se mecía en su asiento, con el amarillo bigote erizado en un gesto de irritación. Sus ojos azul pálido revelaban, exasperación y desconcierto. Evidentemente acababa de hacer alguna observación al sonriente caballero que estaba sentado en un diván cerca de la mesa.

—... y usted apreciará, estoy seguro —decía con suavidad este último—, las dificultades, tanto éticas como legales, en que me encuentro. Usted es un hombre razonable, señor Murch. Todos nosotros somos (así espero) hombres razonables. ¡Ejem! —Y volvió la cabeza al entrar los dos Donovan.

El doctor Fell levantó los ojos del dibujo que trazaba y, acompañando la palabra con un ademán de invitación, dijo:

—Entren; éste es el señor Langdon. Tomen asiento. Tenemos gran necesidad de ayuda.

El señor Langdon era uno de esos caballeros sonrientes y expansivos, de ademanes suaves y tal vez demasiado aplomados, que parecen destilar franqueza. Físicamente el abogado era más bien corpulento. Tenía el rostro limpio y sonrosado; el escaso cabello castaño estaba cepillado hacia atrás despejando la frente; los ojos eran los de un perro muy vigilante, y la boca, grande. Langdon estaba sentado cómodamente en el diván, con sus bien cuidadas manos cruzadas sobre las piernas, demostrando a la vez soltura y dignidad. Su levita y sus pantalones a rayas no mostraban una arruga, y su cuello almidonado estaba impecable a pesar del calor; El abogado se puso de pie para efectuar una reverencia a los recién llegados.

—Caballeros, a su servicio; Plaza de la Hostería Gray, número treinta y siete —dijo el señor Langdon como quien recita un epigrama. Luego se volvió a sentar y siguió hablando en voz persuasiva—. Como iba diciendo, respecto a este horrible asunto; inspector, usted apreciará mis dificultades; Cualquier información que yo posea está a su disposición, por supuesto. Pero como tan claramente lo expuso el señor Burke hace pocos minutos, el señor Depping era mudo como un pez. Tal cual verdaderamente mudo como un pez, se lo aseguro.

Los ojos de Murch brillaron de impaciencia, pero su voz ronca y tesonera insistió:

—La situación es ésta: no negará usted que es a la vez el abogado del señor

Depping y de Luis Spinelli...

—Le pido mil perdones. Del señor Stuart Travers.

—Le he repetido una y otra vez que su nombre es Spinelli...

—Por lo que yo sé, señor Murch —replicó Langdon sonriendo serenamente—, el nombre de mi cliente es Stuart Travers. ¿Me comprende?

—Pero Spinelli nos ha declarado...

En esté punto el doctor Fell lanzó un gruñido de advertencia. Murch asintió con la cabeza y se recostó en el asiento. Durante un rato el doctor golpeó el cuaderno de apuntes con su lápiz, parpadeando, y luego levantó los ojos.

—Pongámonos de acuerdo desde el principio, señor Langdon. Nosotros sabemos que Spinelli, o Travers, llamó por teléfono a Londres y habló con usted. Lo que usted le aconsejó no nos interesa por el momento: atengámonos a lo que concierne a Depping. Usted nos ha manifestado —Fell alargó la mano y fue contando con los dedos cada una de sus afirmaciones— que ha sido su asesor legal durante cinco años; que no sabe nada de él, salvo que era súbdito británico y había vivido varios años en Estados Unidos; que no había hecho testamento y que deja una; herencia que usted calcula en cerca de cincuenta mil libras esterlinas.

—Me temo que muy disminuida ahora por la depreciación —interrumpió Langdon sonriendo con tristeza—, muy disminuida.

—¿Eh? Muy bien, entonces. ¿Cómo llegó Depping a ser cliente suyo?

—Creo que alguien me recomendó.

—¡Hum! —gruñó el doctor, atusándose el bigote—. ¿Presumo que sería la misma persona que también le recomendó a Spinelli?

—Realmente, no lo sé.

—Ahora bien: sucede algo muy extraño, señor Langdon, respecto a la información que usted nos ofrece —masculló Fell, después de golpear durante un tiempo su lápiz contra el cuaderno—. No habiéndole comunicado nada respecto a su persona durante cinco años, de acuerdo a lo que usted manifiesta, hace dos semanas Depping entró en su oficina y le participó varias cosas de naturaleza muy íntima. ¿No es eso lo que declaró al inspector Murch?

—Así es —dijo Langdon—. ¿Quiere que repita mi declaración para que estos caballeros se enteren?

—Langdon —dijo de pronto el doctor—, ¿por qué está tan endiabladamente empeñado en que todo el mundo lo sepa?

Fell había levantado sólo ligeramente la voz, pero ésta pareció retumbar y despertar ecos en el salón. La expresión que tomó el rostro del soñoliento Fell hizo que Langdon disimulará rápidamente la suya. Pero el doctor sólo siguió diciendo, entre resoplidos:

—No importa, yo repetiré su declaración. Depping dijo: «Estoy cansado de este modo de vivir y me voy de viaje, probablemente alrededor del mundo. Lo que es más, llevaré conmigo a alguien: a una mujer».

—Exacto —corroboró amablemente Langdon, y echó una mirada circular—. Decid más bien «a una dama», una dama, de vuestro encantador vecindario, según me dijo.

Hugo miró a Murch y luego a su padre. El inspector, con los ojos entornados y el bigote erizado, murmuraba palabras con mal disimulada irritación. El obispo estaba sentado rígidamente y todos los músculos de su rostro parecieron endurecerse a impulso de cierta idea que se le había ocurrido; su mano se movió lentamente en dirección al bolsillo... Durante más o menos un minuto, cada individuo del grupo pareció abstraerse en la consideración de sus propios pensamientos. La pesada voz del inspector Murch rompió el silencio:

—¡No lo creo, señor; no lo creo! —dijo al doctor Fell.

Langdon se volvió hacia el inspector.

—¡Vamos, vamos, mi amigo! Eso no está bien. Yo creía que la palabra de un hombre honrado bastaba. ¿Tiene usted alguna razón para dudar? ¿No? Gracias.

El abogado siguió sonriendo.

—¿Y cuándo le dijo todo esto? —preguntó el doctor.

—Me lo contó a propósito del asunto que el inspector mencionó hace un momento: las cartas más bien enérgicas cambiadas entre el señor Depping y el señor Burke, halladas entre los papeles del difunto. El señor Depping había invertido una suma de dinero bastante considerable en la casa editora del señor Burke. Cuando resolvió abandonar Inglaterra; quiso retirar el dinero (procedimiento imprevisto y muy anormal, pero debemos recordar que el señor Depping nunca fue un hombre de negocios). Ustedes han oído lo que declaró el señor Burke hace unos minutos: que en este momento el retiro de los fondos habría constituido una operación inconveniente, para no decir imposible, especialmente a tan breve término. Además, como yo indiqué al señor Depping, la inversión era excelente.

—Por último, ¿qué decidió?

—¡Oh! Todo se arregló muy amigablemente. El señor Depping convino en dejar las cosas como estaban. El difunto era (si puedo expresarlo así) una extraña combinación de sabiduría, e irresponsabilidad.

Gideon Fell se echó hacia atrás en el asiento y preguntó como al descuido:

—¿Puede usted explicar la muerte de su cliente, señor Langdon?

—¡Ah! Desgraciadamente, no. Sólo puedo afirmar que se trata de un acontecimiento horrible, que me ha conmovido más de lo que puedo decir. Además —los ojos del abogado se entornaron nuevamente y su voz se hizo suave e insinuante— usted no puede esperar que yo exprese una opinión, ya sea como individuo o como profesional, hasta que haya tenido oportunidad de consultar con mi otro cliente, el señor Travers.

—Muy bien —respondió Fell, y se puso de pie, resoplando—. Muy bien. Es bastante justo... Inspector, haga venir a Luis Spinelli.

Hubo un silencio. Evidentemente Langdon no había esperado esta maniobra. Una

de sus bien cuidadas manos acarició su labio superior, y aunque su postura se mantuvo rígida, sus ojos siguieron al inspector cuando éste se dirigió hacia las ventanas. Murch sacó la cabeza afuera de las cortinas y habló unas palabras.

—¡Hum! De paso —observó el doctor— le interesará saber que Spinelli no se niega a declarar. Creo que se encuentra algo descontento de su asesor legal, señor Langdon. A cambio de ciertos favores...

Murch se hizo a un lado. Seguido por un agente de policía, Spinelli entró en la biblioteca y miró serenamente a su alrededor. Era un hombre delgado pero fuerte, de rostro ancho y frente baja. Tenía barbilla débil y sus ojos miraban con falsa naturalidad. Hugo Donovan comprendió al instante por qué todas las descripciones de Spinelli, aun las más vagas, insistían en su «ropa llamativa». En realidad, esta impresión era errónea, pues su vestimenta no era llamativa en sí; pero el conjunto —algún ademán afectado, un anillo de más o la corbata deliberadamente anudada a un lado— era demasiado conspicuo. Su sombrero estaba puesto en un ángulo demasiado audaz y tenía el ala más angosta que lo habitual, sus patillas eran de largo exagerado y llevaba el bigote recortado al espesor de un cabello. Spinelli estudió la biblioteca con tranquilidad, como si la estuviera evaluando, pero revelaba estar nervioso. Lo que más desagradó a Hugo fue el ligero olor a medicina que exhalaba su persona.

—Buenas tardes —dijo a los presentes en general, inclinando la cabeza. Spinelli se quitó el sombrero, alisó su cabello minuciosamente peinado y fijó sus ojos sobre Langdon—. Fowler me dijo que usted no era de fiar, pero de todas las burdas zancadillas que me hayan hecho en la vida, su consejo de que les mostrara mi pasaporte se lleva la palma.

El aire adoptado por Spinelli era una mezcla de rencor y de nervioso empeño por agradar. Su voz tenía una suavidad desapacible. Se dirigió al doctor Fell y dijo:

—Ese hombre, mi abogado, ¡oiga bien, mi abogado!, no perdió tiempo. Yo sabía que me encontraba en situación embarazosa, y advertí que trataba de traicionarme. «Ciertamente, muéstreles su pasaporte...». Para que después hagan un cablegrama a Washington, y entonces ¿adónde voy a parar?

—A la prisión de Dartmoor —sugirió amablemente Fell. El doctor parecía divertirse y echó una ojeada soñolienta a Langdon—. ¿Por qué cree usted que lo quería traicionar?

—No me lo pregunte —contestó con un breve ademán Spinelli—, es asunto suyo el averiguarlo. Lo que yo deseo comprender es su propuesta; la propuesta que este sujeto —y señaló al inspector Murch— me ha presentado. No quiero embrollos con ningún policía inglés, si puedo evitarlo.

Langdon se puso de pie, sonriendo y dijo:

—¡Vamos, no debe interpretarme mal, señor Travers! Sea razonable. Yo le aconsejé en su propio bien...

—En cuanto a usted... —interrumpió Spinelli—, usted está pensando: «¿De cuántas cosas estará enterado?». Ya lo sabrá... De modo que la propuesta es ésta: yo

digo todo lo que sé y, en retribución, usted se compromete a no enjuiciarme por emplear un pasaporte falsificado y a concederme una semana para abandonar el país. ¿No es así, señor mío?

Langdon dio un paso adelante y su voz se hizo estridente.

—¡No sea imbécil...! —exclamó.

—Eso lo deja sin aliento, ¿verdad? —preguntó Spinelli—. Ya me parecía. Siga pensando: «¿De cuántas cosas estará enterado?».

El norteamericano se sentó frente a Langdon. De pronto, su modo varió y hasta su misma voz pareció cambiar.

—¿Puedo fumar? —interrogó.

Este ensayo de afabilidad, teniendo en cuenta el humo ambiente, no tuvo éxito. Spinelli lo advirtió y esto le incomodó. Encendió un cigarrillo y tiró el fósforo con un rápido golpe de muñeca. Su observación siguiente fue evidentemente más sincera: al estudiar la habitación con los ojos pareció sorprendido y más bien escéptico.

—De modo que ésta es una casa de campo inglesa —dijo de pronto—. Es una desilusión, no tengo reparo en declararlo. Esa cosa —su cigarrillo señaló un mal cuadro veneciano— es un adefesio y esa otra, también. Ese Fragonard de imitación, allí sobre la chimenea, sería una ofensa aun en el pueblo de Pine Fall, Arkansas. Caballeros, ¿no me habré equivocado de casa?

Murch contestó:

—No se preocupe por eso; trate de no salirse del tema. —El inspector frunció el entrecejo—. Vea: no me importa declararle que no soy partidario de entrar en tratos con usted. El doctor Fell es quien lo hace, y ya que está hecho, sólo él es responsable ante Scotland Yard. Ahora saquemos provecho del trato..., siempre que usted nos convenza de que no ha sido culpable del asesinato del señor Depping. En primer lugar, deseamos saber...

—¡Tonterías, inspector! —interrumpió amablemente el doctor, y con un ademán invitó a Spinelli a que continuase hablando de lo que quisiera, Fell cruzó las manos sobre los rollos de su estómago y asumió un aire casi paternal—. Usted tiene razón, señor Spinelli, en lo referente a los cuadros. Pero en la mesa junto a su asiento hay algo más interesante, pintado a la acuarela: ese naipe. Mírelo. ¿Qué significado tiene para usted?

Spinelli echó una ojeada a la mesa, vio el naipe con el ocho de espadas y abandonó su aire indiferente.

—¡Demonios! ¡El «taroc»!; ¿eh? ¿Dónde encontró esto?

—¿Lo reconoce? ¡Bien! Esto va mejor de lo que yo pensaba. Estaba por preguntarle si Depping, cuando usted lo conoció, alguna vez practicó esta clase de pseudoocultismo. Me imagino que sí; tenía varios estantes de libros de ciencias ocultas, los menos conocidos, por: autores como Wirth, Ely Star, Barlet y Papus. Pero nadie parecía saber que el difunto tuviese interés por estas cuestiones, si es que..., ¡hum!, si es que lo tenía.

—Depping creía a pie juntillas en eso —contestó simplemente Spinelli— o en cualquier cosa que se pareciese a echar las cartas científicamente. No le gustaba admitirlo, y eso es todo. En realidad era tan supersticioso como el que más, y el «taroc» era su juego favorito.

El inspector se puso de pie pesadamente y agarró su libreta.

—¿El «taroc»? —repitió—. ¿Qué es éste «taroc»?

—Para poder contestar a esa pregunta a fondo y en detalle, mi amigo —respondió el doctor, mientras estudiaba el naipe con ojos de miope—, sería necesario iniciarlo en los misterios de la teosofía, y aun así la explicación desconcertaría cualquier inteligencia ordinaria, incluso la mía. Se va a formar una idea de las modestas cualidades que (según suponen) posee esta baraja si le enumero algunas de las virtudes que le atribuyen: el «taroc» revela el mundo de ideas y principios y nos permite comprender las leyes de la evolución de los fenómenos; es un espejo del Universo, donde...

—Disculpe, señor —manifestó el inspector Murch, respirando con fuerza—, pero no puedo tomar nota de todo eso. Si usted pudiera expresarse un poco más claramente...

—Desgraciadamente no puedo —replicó el doctor—. Pero, de acuerdo con lo que dice cierta gente, el «taroc» es la llave del mecanismo universal... De hecho, es una baraja de setenta y ocho cartas, con diseños misteriosos y un tanto fantasmagóricos. La emplean como un mazo ordinario de naipes, para lo que el señor Spinelli ha calificado como «echar las cartas científicamente».

Murch tenía aspecto aliviado e interesado a la vez.

—¡Oh! ¡Ah! ¿Adivinar lo que va a ocurrir echando las cartas? ¡Si hasta yo lo he hecho! La prima de mi hermana muchas veces nos ha anunciado el porvenir con la baraja y a veces hasta con las hojas de té. ¡Y usted no va a creer, señor —dijo en voz baja y con gran seriedad—, la cantidad de veces que ha acertado...!

El inspector se interrumpió como si lo hubieran sorprendido cometiendo una falta.

—No se disculpe —dijo con el mismo aire de culpabilidad el doctor—. Yo también siento por ello lo que el señor Spinelli describiría como afición irresistible. Nunca pude pasar cerca de una adivina sin entrar a que me leyera las manos y me descubriera el futuro en la bola de cristal. ¡Hum! No lo puedo impedir —declaró con irritación—. Cuanto menos creo en ello, más me empeño en que me adivinen el futuro. Por eso es que conozco el «taroc».

Los labios de Spinelli se alargaron en una risa sardónica.

—Oiga. ¿Usted es de la policía? —preguntó—. ¡Sí que es raro! Bueno, cuanto más vivimos más aprendemos. Echar las cartas... —Y volvió a reírse.

—La baraja de «taroc», inspector —continuó Fell imperturbablemente—, se supone que es de origen egipcio, pero este naipe tiene el diseño del «taroc» francés, que se remonta a Carlos VI y al origen de las cartas de juego. De las setenta y ocho

cartas, veintidós se titulan misterios mayores, y las otras cincuenta y seis, misterios menores. No es necesario decir que una baraja así, y aun el conocimiento de su existencia, es cosa muy poco común. Los misterios menores se dividen en cuatro series, como los piques, diamantes, corazones y tréboles; pero en este caso se llaman...

—Bastos, copas, oros y espadas —dijo Spinelli, examinando sus uñas—. Pero a mí me gustaría saber esto: ¿de dónde sacó esa carta? ¿Era de Depping?

El doctor Fell tomó el naípe entre sus dedos y prosiguió:

—Cada carta tenía un significado definido. No voy a entrar a describir el método de adivinación, pero a ustedes les va a interesar el significado... Pregunta por pregunta, señor Spinelli. ¿Tuvo Depping alguna vez una baraja de «taroc»?

—Sí. La dibujó él mismo, sacándola de algún libro, y pagó casi mil dólares para que se la terminara una Compañía que fabricaba naipes de juego. Pero esa carta no proviene de ahí..., a menos que se hubiera hecho otro mazo para él. Le vuelvo a preguntar: ¿de dónde la sacó?

—Tenemos fundamento para creer que el asesino la dejó como una especie de símbolo. ¿Quién, en los descampados del condado de Gloucester, puede saber de alta magia? —murmuró Fell.

Spinelli quedó con la mirada fija en el vacío. Hugo Donovan habría podido jurar que el hombre veía algo, pero Spinelli sólo volvió a reírse de nuevo.

—¿Esa carta quiere decir algo? —interrogó Murch.

—Dígaselo usted —ordenó el doctor, y se la alargó a Spinelli.

El norteamericano estaba complacido con la situación; adoptó aire teatral y antes de hablar miró ambas caras del naípe.

—Por supuesto que se lo puedo decir, caballeros. Significa que recibió lo que merecía. El ocho de espadas: Justicia que condena. Sentenció al viejo Nick Depping, y Dios sabe que lo merecía.

CAPÍTULO XIII

Nuevamente todos quedaron en silencio, ensimismados en sus pensamientos; cada nuevo acontecimiento parecía imprimir al caso un rumbo distinto. El ambiente de la biblioteca se volvía caluroso y sofocante. En alguna parte de la casa un reloj comenzó a dar la hora, y se oyeron sonar las nueve campanadas antes de que el doctor Fell volviera a tomar la palabra.

—De manera que eso queda establecido. Muy bien. Ahora díganos lo que sabe del mismo Depping y relate lo que ocurrió anoche.

—Como su consejero legal, señor Travers... —empezó Langdon, terciando súbitamente en la conversación—, como su consejero legal, debo insistir en pedir que conferencie conmigo, en privado, antes de tomar cualquier medida imprudente.

Spinelli miró al agitado señor Langdon e inclinándose hacia delante con feroz rencor, le dijo misteriosamente:

—¡Arda, condenado! ¡Sufra, que me gusta verlo!... —El norteamericano se moderó y siguió en tono más tranquilo, dirigiéndose al doctor—. Puedo explicar todo en dos palabras. Nick Depping (en ese tiempo no se hacía llamar Septimus) era uno de los pillos más pulidos que nunca haya exportado Inglaterra. ¡Qué cabeza privilegiada! No puedo menos que confesar que era extraordinariamente inteligente. Llegó hace ocho o nueve años a los Estados Unidos con idea de hacer fortuna, y había decidido qué la mejor forma de llevar a cabo su proyecto era practicar nuevos métodos de extorsión en el país de las extorsiones. No sé cómo descubrió a Jef Mayfree. En esa época, Mayfree no tenía ninguna importancia, era uno de esos matones baratos que montan guardia a la puerta de algún despacho de bebidas ilegal, pagado por algún caudillo político. A pedírsele era capaz de conseguir uno o dos delincuentes de baja estofa para que hicieran el trabajo sucio a otro, pero nada más. Bueno, yo afirmo que Depping convirtió a Mayfree en un rey del hampa. Esto es tan cierto como que Dios creó al mundo. Depping se trasladó a Nueva York y vivió en tugurios hasta que descubrió al hombre que habría de servirle como pantalla.

Spinelli se recostó contra su asiento y fumó con una expresión como de admiración maligna.

—¿Comprende el plan? Depping organizó todas las intimidaciones menores que los grandes delincuentes nunca se habían preocupado de explotar. Nunca trató de invadir territorios ajenos y las otras bandas no lo molestaron. También hacía extorsiones y en esa forma llegó a conocerme. Yo no quise entrar en su organización, y ¿sabe lo que pasó? Depping me hizo arrestar y sufrí una condena de cinco años.

Spinelli sufrió un ataque de tos causado por el humo y luego se pasó la mano por los ojos, que parecían haber lagrimeado. Patillas, hilillo de bigote, rostro ancho de narices móviles, todo lo desagradable del sujeto pareció multiplicarse de golpe, y el hombre se asemejó a una serpiente venenosa que se retorciera en el sofá color castaño.

—¡Muy bien! —dijo con voz ronca; luego se contuvo y recordó su empeño por ser amable—. Ya no me acuerdo de ello. Sólo pensaba... Era extraño ver cómo ese pájaro viejo... Tenía el aspecto de un profesor y hablaba como tal, menos cuando estaba ebrio. Tuve una entrevista con él, la primera vez que lo conocí. Yo sentía gran curiosidad por saber qué clase de persona era. Depping tenía un departamento en la calle Sesenta Este, lleno de libros, y cuando lo vi, estaba sentado delante de una mesa, con una botella de *whisky* y una baraja de «taroc»...

Spinelli tosió.

—Seré nese —dijo con calma el doctor Fell. Sus ojos somnolientos se abrieron por un momento—. Aquí al lado hay un lavabo. ¿Querría usted ir, y, ¡hum!, retirarse por un minuto o dos?, ¿eh?

El otro se puso de pie. Al advertir una seña del doctor el desconcertado inspector se estacionó delante de la puerta. Una vez que Spinelli se hubo ido, en la biblioteca, se produjo un pesado silencio, durante el cual Fell estudió al grupo.

—Déjenlo tranquilo —dijo con aspereza—. Volverá en seguida...

El obispo, que había estado sentado, con la cabeza entre las manos, mientras se desarrollaba toda la escena, se incorporó para exclamar:

—Esto es repugnante. Nunca creí...

—No —dijo el doctor Fell—. No es agradable cuando uno lo ve de cerca, ¿verdad? Debí advertirle que es imposible penetrar en el corazón de ningún crimen, si no es capaz de repetir con sinceridad: «Ese hombre, si no fuera por la gracia de Dios, bien podría haber sido yo...».

El señor Teseo Langdon volvió a la carga, pero esta vez con más soltura.

—¡Vamos! —dijo persuasivamente—. En justicia para con mi cliente, creo que debo insistir en que no se preste demasiada atención a lo que declare en este momento. Si usted permitiese que yo hablara con él en privado, como es mi prerrogativa, tal vez...

—¡Quédese quieto! —gruñó el doctor Fell, insinuando apenas un ademán con el lápiz, y Langdon desistió de su tentativa.

Spinelli estaba más calmado y cortés cuando volvió, pero un músculo del hombro parecía contraérsele convulsivamente. Miró a su alrededor con una sonrisa forzada, pidió disculpas y se sentó con una especie de gracia teatral en otro asiento. Después de una pausa, prosiguió:

—Estaba hablando..., ¡ja, ja!, de la primera vez que vi al pobre Nick Depping. Me dijo así: «Estoy informado de que usted es un hombre de alguna educación. No se le nota, pero tome asiento». Así fue como lo conocí, y pueden creerme cuando declaro que llegué a conocerlo bastante bien. De manera que entré en su organización...

—¡Un momento! ¿No nos dijo que se había negado a ello?

—¡Oh, yo tenía otros intereses! Escuche: estoy convencido de que yo era tan hábil como Depping y tan educado como él, ¡qué diantre!, aunque a ustedes no les

parezca así... —Encendió con afectación otro cigarrillo—. No importa. Depping supo que yo no iba a colaborar con él y me mandó a la cárcel. Pero hasta ese momento yo fui su interlocutor obligado en sus interminables conversaciones sobre libros, y tantas veces leí su porvenir en la baraja de «taroc» que llegué a conocerlo mejor de lo que él mismo se conocía. Siempre pensé que iría muy lejos. Depping solía llamarse el «astrólogo de Corte», y una vez que estaba muy borracho casi me dispara un tiro. Pero si no hubiera sido por la bebida y por una debilidad que tenía...

—¿Qué debilidad?

—Las mujeres. Gastaba mucho dinero en ellas. Si no hubiera sido por eso... Sin embargo —dijo Spinelli, que parecía asaltado por un recuerdo desagradable— Depping ejercía una especie de fascinación sobre las mujeres. Gustaban mucho de él. Una vez que yo estaba bastante bebido, así se lo dije: «Soy más hombre que tú, Nick; pero parece que las damas te prefieren. Debe ser por tu dinero». Pero de todos modos... —Spinelli se acarició las patillas—. Yo odiaba al viejo presumido porque en realidad las mujeres gustaban de él, aunque no querían admitirlo. En público pretendían reírse de Depping, pero él las... hipnotizaba o algo por el estilo. ¿Por qué no tendré yo su suerte? —preguntó casi en un lamento—. ¿Por qué no les gusto? Depping hasta llegó a tener una amiga de alta categoría con modales de la Avenida del Parque, aunque en realidad procedía de la Avenida Nueve; y ella le fue fiel hasta que Depping la abandonó...

Spinelli se interrumpió como si algo se le hubiera ocurrido de pronto y dirigió una ojeada a Langdon.

—¿Usted decía...? —sugirió el doctor Fell.

—Sigo con mi relato. —Spinelli respiró profundamente—. Me envió a la cárcel, pero Depping estaba malgastando su dinero. Si hubiera conservado su buen criterio en vez de tirar la fortuna a los cuatro vientos, ahora habría alrededor de seis millones en vez de las únicas cincuenta mil libras esterlinas que ha dejado como herencia.

Gideon Fell abrió un ojo, resopló pensativamente y luego dijo con voz suave:

—Eso es muy interesante, mi amigo. ¿Cómo sabe que dejó una herencia de cincuenta mil libras?

Nadie se movió. Los ojos de Spinelli quedaron fijos y sin brillo. Por último dijo:

—¿Conque tratando de enredarme, eh? Supongamos que no quiero contestar...

Se podía oír su laboriosa respiración. El doctor Fell levantó su bastón y con él apuntó hacia el otro, por encima de la mesa.

—Desearía que se metiera en la cabeza, mi amigo, que al presente hay pruebas suficientes como para ahorcarlo por el asesinato de Depping... ¿No le mencioné el punto?

—¡No, qué diantre, no lo hizo! Usted dijo...

—Que no iba a enjuiciarlo por emplear un pasaporte falso; eso es todo.

—No me venga con amenazas engañosas. Este policía —Spinelli señaló a Murch— me dijo esta mañana que se sospechaba que yo había visitado anoche a Nick

Depping. Pues no hubo tal. Que me muestren al criado que declaró que yo visité a Depping y le probaré que es un mentiroso. A mí no me van a amedrentar, y si trata de hacerlo, ¡que me cuelguen si les digo lo que pasó!

El doctor Fell suspiró.

—De todas maneras usted va a tratar de no hablar, me temo, así que tendré que decírselo yo. Y no estoy muy seguro de que no lo condenen de todos modos. Hay pruebas en su contra que el inspector Murch no le ha comunicado. Nosotros no creemos que usted sea el hombre que llamó a la puerta de Depping y subió la escalera. Las pruebas en su contra se refieren a la visita que usted efectuó a la casa esa misma noche, pero más tarde, durante la tormenta, cuando usted siguió a Depping después que éste trató de matarlo...

Spinelli se puso de pie de un salto y gritó estridentemente:

—¡Por el cielo, si algún delator...!

—Será mejor que me escuche, creo —le interrumpió Fell. Había algo temible en los ojos muy abiertos del doctor—. Mientras que usted estaba preso en Sing-Sing, Depping abandonó los Estados Unidos. Estaba cansado de su nuevo juguete llamado extorsión y de su intento de hacer fortuna, del mismo modo que más tarde se cansó del negocio de edición. Se desentendió de Mayfree y volvió a Inglaterra. —El doctor echó una ojeada al obispo—. ¿Recuerda que esta mañana, obispo Donovan, usted nos relataba cómo la banda de Mayfree había perdido influencia de pronto, hará cosa de cinco años atrás? ¡Hum, sí! Creo que Spinelli nos ha revelado la causa. Sí, usted, Spinelli... Después de abandonar la cárcel, usted se unió a Mayfree, pero descubrió que su influencia había desaparecido, de manera que, muy prudentemente, también desertó. Luego usted vino a Inglaterra...

—Oiga —dijo Spinelli golpeando con el índice la palma de la otra mano—, si cree que yo vine aquí para buscar a Depping, si alguien cree eso, yo declaro que es una mentira. Juro que es una mentira. Yo vine sólo... de vacaciones. ¿Acaso no podía hacerlo? El encuentro fue accidental. Yo...

—Eso es lo más curioso del caso —observó pensativamente Fell—, creo que así fue. Estoy convencido de que encontró a su viejo amigo Depping por puro accidente, mientras que usted buscaba en Inglaterra un nuevo campo para sus actividades. Aunque, por supuesto, usted muy prudentemente se había provisto de abogado, por lo que pudiera suceder. Alguien le recomendó el mismo abogado que ya antes habían recomendado a Depping, cosa bastante natural en la fraternidad... Por otra parte, el señor Langdon bien pudo haberle hablado de Depping...

Los labios de Spinelli se torcieron en un gesto de disgusto.

—¡No hay peligro de eso! ¡No hay peligro de que él me pasé nada bueno! Yo ignoraba que estuviese en contacto con Depping, hasta... —Spinelli se interrumpió bruscamente. Una rápida mirada se cruzó entre el norteamericano y el doctor Fell: parecía que ambos leían los pensamientos del otro, pero el doctor no insistió en pedir explicación. Además, la indignación progresiva de Langdon estalló en ese momento.

—¡Todo esto es ultrajante! —exclamó después de tragar convulsivamente—. ¡Insoportable! Doctor Fell: me veo obligado a solicitar que se me excuse de permanecer en esta conferencia. No puedo prolongar mi presencia ¡aquí sólo para escuchar insultos que...!

—Siéntese tranquilo —dijo con frialdad Spinelli, al ver que el abogado se ponía en pie—, o después se arrepentirá... ¿Tiene algo más que preguntar, doctor cómo-se-llama?

—¡Hum, sí! Usted descubrió que Depping aparentaba ser un respetable caballero de campo. Le pareció una oportunidad enviada por el cielo para ejercer ese extraño talento que posee, ¿eh?

—Lo niego.

—Es claro que lo niega, naturalmente. Digamos que usted deseaba saludar a Depping y arreglar un encuentro con él para conversar de los tiempos idos. Pero las condiciones de ese encuentro, sugeridas por Depping en persona, despertaron sospechas en su poco confiada naturaleza, ¿eh? Depping no lo invitó a su casa; le propuso un encuentro en un lugar poco frecuentado cerca del río, a un kilómetro de donde usted estaba alojado, y este lugar estaba tan alejado de donde vivía Depping, que si el cuerpo de usted hubiera aparecido flotando río abajo, todavía más lejos, difícilmente se habría mezclado el nombre de Depping en el asunto...

Fell calló e hizo un ademán como para barrer algo de su presencia.

—Usted sabe muchas cosas, ¿verdad? —preguntó en voz baja el otro—. ¿Supongamos que yo admita que es cierto?, usted no podrá probar que yo estaba haciendo chantaje. Nosotros habíamos combinado amistosamente un encuentro, y eso es todo.

—De acuerdo... Perfectamente... ¿Y cómo se las arregló?

El otro pareció tomar una decisión y se encogió de hombros.

—Muy bien, me arriesgo: con un chaleco a prueba de balas. Me fiaba del viejo Nick Depping tanto como de la peste y, aun así, casi me liquida. Yo estaba de pie a la orilla del río (del arroyo que aquí llaman río), al borde de una pradera donde hay un grupo de árboles. Habíamos convenido encontrarnos allí. La luna brillaba; pero el cielo comenzaba a cubrirse de nubes. Yo no tenía la certidumbre de que Depping fuera a hacer algo violento; pensé que tal vez llegáramos a un acuerdo, como hubiera sucedido con cualquier persona sensata, pescada con las manos en la masa.

Y entonces oí un ruido detrás de un árbol. Me volví rápidamente y vi que alguien apoyaba un revólver contra el tronco para apuntar mejor. Estaba tan cerca que no podía errar. No se parecía a Nick (me refiero a la persona con el revólver). Por lo que pude distinguir a, la luz de la luna, era joven y tenía bigote; pero oí la voz de Depping que decía: «No lo vas a hacer más». Entonces disparó y pude ver uno de los dientes de oro de Nick.

No pensé en tirarme al río. La bala me precipitó al agua; me dio en el medio del pecho. Me habría atravesado el corazón si no hubiera llevado puesto ese chaleco;

pero una vez que estuve dentro del agua recobré mis sentidos. El río es hondo, y la corriente, muy fuerte. Me zambullí tan profundamente como pude y salí a la superficie en un recodo. Depping creyó que me había matado.

—¿Qué sucedió entonces?

—Volví a la hostería donde me alojaba, me cambié de ropa y me acosté a dormir. ¡Y escuche esto; escúchelo bien! A mí no me va a acusar de algo que no he cometido: eso de que yo seguí a Depping hasta su casa es falso y usted lo sabe. —Spinelli trataba de fijar sus ojos en los del doctor, como queriendo convencerlo a la fuerza—. Falso del principio al fin. No me moví fuera del cuarto. ¿Cree usted que deseaba más balas? Yo ni pensaba enfrentarme con Nick Depping. Nunca en mi vida llevé revólver y nunca lo voy a hacer. ¿Para qué?

La voz de Spinelli se alteraba por la intensidad con que hablaba.

—Examine usted mi prontuario y verá si alguna vez he llevado revólver. Soy tan hombre como lo fue Depping, pero no iba a volver a ese lugar. No Te guardaba rencor por haber tratado de matarme. Suerte de guerra, ¿me comprende? ¿Matarlo? No pensaba hacerlo. Y en el caso de que yo... le hubiera pedido un pequeño préstamo, ¿cree usted que sería tan insensato como para intentar una cosa así? —Spinelli golpeó el brazo de su asiento—. ¿Lo cree usted?

Durante todo este diálogo el inspector Murch había tratado de tomar rápidos apuntes; parecía tener dificultades con el idioma y varias veces estuvo a punto de protestar, pero ahora su bigote amarillo escondía una pequeña sonrisa. Hugo Donovan podía adivinar lo que el inspector estaba pensando: que todavía tenía en contra de Spinelli la prueba de que, ya mudado de ropa, había salido por segunda vez de la hostería Chequers, por la ventana... En ese momento Hugo advirtió que el doctor Fell también miraba al inspector, y Murch, que acababa de abrir la boca para, hablar, se detuvo. Y Fell se rió...

—¿Falso? —dijo pensativamente—. Ya lo sabía.

—¿Usted..., usted sabe...?

—¡Hum!, así es; pero debí forzarlo a que hablara, ¿sabe? —dijo el doctor—. En realidad estamos casi convencidos de que usted no tuvo nada que ver con el asesinato. Me olvidé de contarle que la mujer del propietario de Chequers lo vio cuando usted trepaba por la ventana, empapado, de vuelta a su habitación, a eso de las veintidós.

—¿Y vio que yo no volvía a salir?

Spinelli hizo la pregunta después de una pequeñísima pausa. Tenía aspecto de haber perdido la respiración.

—Y vio que usted no volvía a salir. Ahí, mi amigo, tiene usted su corroboración.

Después de pronunciar esta extraordinaria mentira, el doctor Fell contempló a todos con suma benevolencia. Spinelli dio un respingo.

—¿Usted quiere decir... que me puedo ir? ¿No me van a detener? ¿Ni siquiera como testigo esencial?

—Puede irse. Salga del país dentro de cuarenta y ocho horas y no será detenido.

En el rostro de Spinelli se reflejó una especie de esperanza salvaje y maligna. Se había echado hacia atrás, con una mano sobre el pecho; se veía claramente que estaba pensando con rapidez, pensando probabilidades, indeciso, temiendo una trampa; pero no pudo dejar de exclamar:

—¡Oiga! ¡Usted me había ofrecido una semana! Una semana para dejar el país, eso fue lo que me ofreció. ¡Una semana!

—¡Conténtese con lo que tiene, hombre! —interrumpió suavemente el doctor—. Yo podría haber exigido que usted respondiera a una cantidad de preguntas peligrosas, que hasta ahora usted ha eludido. Muy bien; como yo creo que usted no mató a Depping, lo he pasado por alto. Pero le juro, mi amigo, que si trata de discutir o de hacer cuestión sobre límites de tiempo, no voy a tener misericordia. —Fell golpeó la mesa con el mango de su bastón—. ¡Hable! ¿Qué es lo que desea: la libertad o la cárcel?

—¡Oh, no; me voy a ir! ¡Escúcheme un momento, por favor! ¡Yo no tenía intención de molestar ni pretendía discutir con usted! Sólo que naturalmente deseaba hablar con mi abogado y... en fin... arreglar mis asuntos, pero como él está ocupado aquí, pensé que podría pedir un plazo mayor. Eso es todo.

En el instante en que Gideon Fell se inclinó para levantar del suelo la caja de fósforos que se le había caído, Hugo creyó distinguir una levísima sonrisa bajo su bigote. El doctor se enderezó con un gruñido.

—¡Hum! Bien, no veo que exista objeción, a menos que se oponga a ello el señor Langdon. Si no me equivoco, hace un momento declaró que su conducta era insoportable y que estaba inclinado a lavarse las manos de toda la cuestión...

Langdon empezó a repartir sonrisas y excusas; por alguna causa desconocida, parecía que tanto él como Spinelli se hallaban sumamente aliviados con el rumbo tomado por la situación. El abogado aseguró que su primer deber (después de todo) era para con su cliente, y que si antes había hablado con demasiada vehemencia, había sido involuntariamente y en un momento de excusable tensión.

—Quisiera saber —insistió Spinelli, mirando fijamente al doctor— si podemos hablar ahora mismo, en privado. Como debo abandonar Inglaterra con mucha prisa, después no voy a tener tiempo de verlo.

El doctor no parecía muy dispuesto a complacerlo, pero se dejó convencer. Murch, que evidentemente estaba desorientado, estuvo de acuerdo. Se puso la sala a disposición de Spinelli y de Langdon, y un agente de policía los acompañó hasta fuera de la biblioteca. Langdon se detuvo un momento en el umbral de la puerta y les dirigió unas breves palabras, pronunciadas con su acostumbrada sonrisa, para asegurarles que sólo tardaría pocos minutos; luego desapareció en seguimiento de Spinelli. La puerta se cerró.

El inspector Murch esperó a que estuviera cerrada para volverse hacia el doctor y decirle:

—¿Y, señor? ¡Usted tiene alguna idea sobre este asunto! ¿Qué es? ¡Lo que es ahora, esos dos tienen oportunidad para ponerse de acuerdo!

—Así es —respondió el doctor—. Nunca tuve menos trabajo para poner en obra un proyecto. Ellos mismos lo exigieron. Caballeros, el juego está adquiriendo rapidez y alguien va a perder muchas bazas dentro de poco tiempo. Me pregunto...

—¿Qué, señor?

—Me pregunto —dijo pensativamente el doctor— si Spinelli usa todavía su chaleco, a prueba de balas. Se me ocurre que lo va a necesitar dentro de poco. ¡Calma! Mientras tanto, quiero hablar de mujeres.

CAPÍTULO XIV

Murch, muy incómodo, se pasó la mano por el cabello pajizo y echó una ojeada al obispo, como dudando qué fuese propio discutir tal tema en su episcopal presencia.

—¿Sobre mujeres, señor? ¿Usted se refiere... a lo mencionado por Langdon sobre una señora de este vecindario? ¡Ah, ahí! ¡Que el Señor me ayude, no me gusta ni decirlo!

El Obispo, que durante todo este tiempo había estado mirando a través de las ventanas, se volvió lentamente; su rostro reflejaba desánimo y perplejidad.

—¿Será necesario todo esto? —preguntó—. Debo confesar, doctor, que me siento muy... preocupado y desconcertado. Siempre he considerado la infamia..., ¡ah!, en general, como un hecho abstracto, como si se tratara de una reacción química. Al verla aquí...

—Sin embargo debemos hablar de ello. Las observaciones cambiadas entre Spinelli y Langdon, y, en especial, las cosas que no dijeron, constituyen los indicios más reveladores que hayamos descubierto hasta el presente. No me interesa tanto lo que se dijo, cómo el porqué se dijo. ¡Hum! —El doctor resopló pensativamente por la nariz—. Por ejemplo, la insistencia de Langdon en declarar que una dama de lo que él llama «vuestra encantadora comunidad» estaba a punto de escaparse con Depping. Ya fuera o no verdad, ¿por qué lo dijo? Con toda seguridad, ese afán por informar a todo el mundo respondía a algún propósito. Creo que sin duda, Langdon sabía más sobre Depping de lo que nos ha querido participar, pero eligió precisamente ese detalle para exhibirse delante de nosotros.

—Para que sospecháramos de una mujer —sugirió el obispo— para insinuarnos que poseía información sobre el crimen que no tenía intención de comunicarnos.

—Y con todo, tengo mis dudas: eso también señala en otra dirección... Es cosa poco agradable, pero creo que vamos a tener que prestar atención a las habladurías y opiniones; ¡hum!, preferiblemente, a las habladurías y opiniones de la gente de espíritu fuerte. Inspector, ¿quiere usted decirle al mayordomo que pregunte a la señora de Standish si puede bajar un momento? Todavía no hemos oído sus puntos de vista, y me falta algo. Sé quién es el asesino, pero.

El obispo levantó la cabeza.

—¿Usted *sabe*, doctor?

—Me parece que sí. Lo supe esta tarde. —Las manos de Fell se alargaron para jugar con el tintero de plata—. El criminal cometió un error fatal, al cual no se ha prestado debida atención todavía... Pero no importa; podemos discutir eso más tarde. ¡Un momento, inspector! Antes de que se vaya, quiero darle algunas instrucciones, para el caso de que Spinelli y Langdon terminen prematuramente su conversación.

—¿Qué debo hacer, señor? —preguntó bruscamente Murch.

—Cuando Spinelli vuelva a esta habitación, yo diré que, por esta noche, no voy a necesitar más los servicios de usted y de su gente. Los dos se retirarán

ostensiblemente...

—¡Ah! ¿Para seguir a Spinelli?

—¡Oh, no; nada de eso! Con los uniformes que llevan puestos, los descubrirían a un kilómetro de distancia y con mayor razón si Spinelli sospecha que lo vamos a vigilar. El agente de policía se volverá a su casa, y usted, después de fingir que hace lo mismo, da un rodeo y se dirige a la Casa de Huéspedes. Esto sólo es conjetura mía, pero tendremos que arriesgarnos.

Murch acariciase el bigote.

—¡Pero no hay nadie en la Casa de Huéspedes, señor! Usted envió a Storer a la taberna del Buey...

—Exactamente. Usted no entrará en la casa, sino que se mantendrá oculto en las proximidades y observará lo que suceda. Entretanto... —El doctor se volvió hacia Hugo Donovan, sonriendo misteriosamente—. Usted parece ser un joven vigoroso, capaz de cuidarse si las cosas se ponen feas, de manera que le diré por qué quise que presenciara el interrogatorio de esta noche. Parece que usted, ¡hum!, ha estudiado criminología. —Fell tosió significativamente, y al encontrar los ojos del doctor que lo miraban por encima de los lentes, Hugo se percató de que el gordo pícaro conocía su secreto pecador—. ¿Le agradaría intentar un pequeño trabajo práctico?

—¡Cómo no! —exclamó con fervor Hugo.

—¿Cree usted que podrá seguir a Spinelli, vaya adonde vaya, sin que éste lo descubra?

—Ciertamente.

—No me gusta mucho la idea, pero usted es la única persona de las aquí presentes que pueda tener éxito en esta empresa. Antes de que consienta seguir mis instrucciones, quiero que sepa exactamente lo que va a hacer. —El doctor Fell miró atentamente a Hugo, al obispo y al ceñudo inspector Murch—. Si estoy en lo cierto ese hombre, Spinelli, se encamina directamente a una trampa mortal.

El doctor hizo una pausa para que esta afirmación surtiera su efecto y para que la imaginación de sus oyentes tuviera tiempo de trabajar.

—En otras palabras, mi amigo, este plácido rincón de campo (donde nadie tiene un motivo) alberga a un asesino que es capaz de disparar un balazo indistintamente contra Spinelli o contra usted; un asesino que tal vez no sea muy inteligente, pero que piensa con gran rapidez y tiene una audacia increíble. No puedo asegurar que Spinelli vaya a emplear las mismas tácticas que trató de emplear con Depping pero creo que lo hará, y, de hacerlo, esto ocurrirá inmediatamente porque yo le he forzado la mano: como se va de Inglaterra, debe actuar en seguida... ¿Me comprende?

—Lo bastante como para intentar cumplir sus instrucciones, doctor.

—Muy bien. —Fell se volvió e indicó con la cabeza los pesados cortinajes corridos sobre la doble puerta al otro extremo de la biblioteca—. No quiero que Spinelli lo vea. Vaya al salón de billar, qué está ahí, y monte guardia detrás de esas cortinas. Haremos salir a Spinelli del mismo modo que entró por la ventana que da a

la terraza. La terraza se extiende hasta frente al billar y hay una puerta de salida. Cuando usted vea que Spinelli se va, salga a, la terraza por la puerta del billar y sígalo. Suceda lo que suceda, *por el amor de Dios no lo pierda de vista*. Eso es todo. Muy bien, inspector: vea si puede encontrar a la señora de Standish.

Aquella noche la luna estaba muy clara y su luz entraba en el oscuro salón de billar a través de los vidrios de las ventanas situadas en la pared de la derecha. Había otras ventanas en la pared del fondo y, en la de la derecha, se podía ver además una puerta de vidrios abierta sobre la terraza. Como la biblioteca, esta habitación era angosta y la largada. Hugo pudo distinguir a medias la mesa de billar colocada en el centro y, contra la pared, el tanteador y los tacos.

En comparación con el aire encerrado de la biblioteca, hacía fresco en el billar. Los cortinajes apagaban él sonido; con dificultad podía oír a su padre exponiendo algo al doctor Fell. Hugo separó uno o dos centímetros las cortinas y buscó una silla, a tientas en la oscuridad. Hacía fresco y se percibía una leve brisa. La puerta de vidrios se movió ligeramente; un murmullo de los árboles corrió a lo largo de la casa y el hilo de luz proveniente de la abertura entre las cortinas tembló sobre la mesa de billar. Ésta, pensó Hugo, sería una casa excelente para cualquier clase de juego que exigiera ambular en la oscuridad, como el noble pasatiempo titulado «cuarto oscuro»; la precedente reflexión guió inevitablemente su pensamiento hacia Patricia Standish y los placeres de la oscuridad. Pero Hugo no debía descuidar su misión. Descubrió una silla, y apenas la había colocado junto a la abertura entre las cortinas cuando oyó que una voz nueva, autoritaria y majestuosa, resonaba en la biblioteca.

—No pido una explicación —proclamaba—, sino que *exijo* que se me informe de lo que esto significa. Se me han hecho ciertas observaciones e insinuaciones que, en justicia a la memoria de nuestro estimado Septimus (para no decir nada de la pobre, infortunada Betty), es necesario que me aclaren. Además...

Hugo atisbó por la abertura. De pie frente al doctor Fell se encontraba la hermosa y agresiva figura de Maw Standish. Su cabeza erguida, de cabello ceniciento y su rostro más bien cuadrado, mostraban resolución. La señora había puesto el brazo sobre los hombros de una bonita joven de cabello castaño que, según indicaba el gesto de Maw Standish, era Betty Depping. Betty Depping parecía cansada, nerviosa y, sobre todo, molesta. Cuando miró a, Maw Standish, en sus oídos había una especie de cinismo fatigado. La joven producía la impresión de que no era persona de derramar muchas lágrimas, pero que las que derramara serían muy amargas, por cierto.

Su presencia complicaba el asunto. Hugo sólo podía ver la parte posterior de la cabeza del doctor, pero se lo podía imaginar gruñendo y refunfuñando por la asistencia de la hija de Depping en ese momento. Sin embargo, Maw Standish no dio a nadie la ocasión de protestar.

—Además —continuó la señora, sacudiendo a Betty por vía de énfasis, a pesar de los esfuerzos de la joven por zafarse— *exijo* que se me diga por qué esta casa está

llena de gente poco recomendable. En este momento, en este mismo momento — agregó Maw Standish, como si el detalle lo hiciera más siniestro—, hay en la sala un sujeto horrible con sombrero color de canela y un traje con rayas rojas. ¿Por qué...?

El doctor Fell la interrumpió ásperamente.

—Señora de Standish: usted ha venido aquí con el fin de dar información y no órdenes. Además se le pidió expresamente que viniera sola. Algunas de las cosas que hemos descubierto esta noche no pueden ser agradables de oír para la señorita Depping.

Betty Depping levantó la mirada. En sus ojos hubo una especie de cansado buen humor, pero cuando habló, lo hizo con voz velada y agradable, en un tono que parecía pedir consejo a su futura suegra.

—¿No tengo derecho a quedarme, por eso mismo?

Durante un largo rato Hugo pudo oír el lento golpear del lápiz del doctor contra la mesa.

—Mi querida joven —dijo de pronto—, desde que usted está aquí... ¿ha tenido alguna vez conocimiento del pasado de su padre?

—No..., conocimiento, no. Yo... sospechaba algo, pero no sé qué.

—¿Comunicó usted sus sospechas a alguien?

—Sí; lo dije a Morley. Me pareció justo. —Betty vaciló y su rostro reflejó una expresión de intensa protesta y desconcierto—. Lo único que quiero saber es qué importancia tiene. Si mi padre hubiera vivido, si estuviera vivo en este momento, nadie hubiera sabido nada de su pasado ni se habrían formulado preguntas. Pero como ha muerto, si algo hubo en su contra ha de aparecer, infaliblemente...

La joven desvió su mirada hacia la esquina de una ventana y añadió en voz muy baja:

—Nunca fui muy feliz y creí que iba a serlo ahora. ¿Por qué tenía... alguien... que impedirlo?

De nuevo la brisa nocturna sopló entre los árboles que rodeaban la casa, trayendo el rumor de un lejano torbellino. Hugo imaginó que también agitaría las hayas y arces que rodeaban a la Gasa de Huéspedes. El lápiz del doctor Fell golpeaba continuamente la mesa escritorio, *tap, tap, tap*, como si fuera una máquina que repitiese siempre la misma pregunta.

—¿Desde cuándo sospecha usted del pasado de su padre, señorita Depping?

Betty movió la cabeza en ademán negativo.

—Nunca fue nada definido, pero creo que empecé a desconfiar desde hace cinco años. En esa época me llamó de pronto para que fuera a Londres a visitarlo. Yo creía que siempre había vivido allí; le escribía alrededor de una vez por semana, dirigiendo las cartas al señor Langdon para que se las entregara y él me respondía más o menos una vez por mes, con sello de correo de Londres. De manera que vine de Francia; naturalmente, estaba encantada de abandonar el colegio. Papá me dijo que iba a dejar sus negocios de la ciudad, para entrar en una firma editora con un señor Standish y un

señor Burke.

»Entonces, una tarde que estábamos sentados en el salón de entrada del/hotel, papá reconoció a alguien que venía hacia nosotros y se puso..., no sé cómo decirlo..., molesto. Me dijo: “Ése es Burke; no me anunció que vendría aquí. Oye: no te sorprendas por nada de lo que yo le diga sobre asuntos de negocios. Por lo que tú sabes, he pasado un año en la India, donde (recuerda esto) mi mejor amigo fue un tal mayor Pendleton”. Luego no me dejó hablar. Yo..., bueno, uno se queda cavilando sobre esas cosas. Pero nunca tuve la certeza, y por eso afirmo que tengo derecho a saber.

De nuevo la joven vaciló, miró al doctor Fell y no se atrevió a formular la pregunta. Fue Maw Standish quien tomó la palabra.

—¡Justamente! Por eso exijo que se me informe. ¡Les digo otra vez que es imposible! ¡Pobre señor Depping!... Si hasta he oído rumores del *servicio*, ¡del *servicio!*, se lo aseguro, insinuando que era un criminal. ¡Un criminal!

Maw casi se atragantó con el término.

—Sería, mejor que aclaremos el punto antes de seguir adelante —declaró Fell, y su voz adquirió un tono áspero—. Lamento tener que anunciar los hechos en forma tan brutal, pero tal vez sea mejor así. El rumor era correcto. Depping no solamente era un criminal, sino que era un criminal de la variedad más baja y condenable; era un intimidador, un extorsionista y un asesino. No pida detalles: no son bonitos.

—¡Imposi...! —comenzó a decir la señora de Standish y se detuvo. Clavó los ojos en el obispo y éste asintió lentamente con la cabeza.

—Lo siento, señora —dijo.

—¡Dios... nos... valga! —La señora de Standish palideció, se llevó la mano al rostro, a su hermoso rostro donde ahora podían verse pequeñas arrugas—. Esto..., esto cambia..., es decir... —Sus ojos se dirigieron hacia Betty Depping, que tenía la vista clavada con expresión inquieta sobre el doctor Fell.

—¡Querida Betty! —exclamó Maw con una brusca sonrisa—. Ahora veo que nunca debí haberla hecho bajar conmigo. Haga lo que le digo: suba en seguida y acuéstese a descansar. ¡No, no; no quiero escuchar protestas! Acuéstese como una buena chica y dígame a Patricia que le ponga una bolsa de hielo en la cabeza. Yo me quedaré aquí para aclarar definitivamente este asunto. Debe existir algún error en algo..., con toda seguridad se trata de un error. ¡Vaya, vaya en seguida, Betty!

Maw Standish quitó el brazo de los hombros de la otra. Betty Depping la mirada fijamente. Había recobrado su entereza y su serenidad; sus ojos revelaban ligero cinismo y su rostro denotaba decisión.

La joven sonrió y dijo suavemente:

—Sí, esto cambia el aspecto del asunto, ¿no es así? Creo..., creo que no tengo interés en oír nada más.

Betty saludó con la cabeza al grupo y se dirigió a la puerta, pero al llegar a ella se volvió. Sus mejillas se habían coloreado y sus ojos azules despedían chispas; se había

transformado en una mujer combativa y hasta peligrosa. Sin embargo, cuando habló sus rojos labios apenas parecieron moverse.

—El único que me interesa en este asunto es Morley —dijo en voz baja—. Compréndanme bien. Lo que él piense y lo que él quiera —la joven respiró con una especie de estremecimiento— me dirán lo que debo pensar y querer yo. Recuérdenlo, por favor.

—¡Niña! —exclamó Maw, levantando la cabeza.

—Buenas noches —dijo Betty Depping, y cerró la puerta.

La intensidad y el vigor de su personalidad quedaron vibrando en la biblioteca; hasta la mujer del coronel se dio cuenta de ella. La señora de Standish trató de adaptarse a la nueva situación, de intimidar con la mirada al doctor Fell y al obispo, de conservar una dignidad desdeñosa, junto con una apropiada indiferencia.

—¿Quiere usted hacer el favor de no golpear la mesa con ese lápiz? —dijo con voz vibrante—. Me está volviendo loca... Muchas gracias. Ahora que la señorita Depping se ha retirado, ¿tendrá la amabilidad de justificar las fantásticas afirmaciones que ha hecho? ¿Espero que podrá justificarlas?

—Indudablemente.

—¡Vaya..., vaya..., vaya! Y... ¿habrá escándalo?

Tap, tap, tap. Con la regularidad de un reloj, el lápiz de Fell golpeó la mesa.

—Señora de Standish —dijo el doctor—, ¿quién era la dama que pensaba fugarse con Depping?

CAPÍTULO XV

El obispo se levantó bruscamente de su asiento, dio unos pasos hacia una ventana y la abrió para que entrara el aire. La señora de Standish no pareció comprender la pregunta; después de lanzar una mirada de soslayo, repitió:

—¿Mujer? ¿Fugarse? Pero ¿qué quiere decir con eso? ¡Mi estimado señor, usted debe estar loco!

La señora retrocedió hacia una silla y se sentó.

—¡Hum! Quizá sea mejor que empiece por el principio. ¿Le importa que fume?

Maw Standish olfateó el aire.

—No creo que necesite autorización, doctor. No permita que mi presencia le moleste, por favor... ¿Qué estaba diciendo?

El doctor Fell se recostó con un gruñido de satisfacción y cortó el extremo de un cigarro.

—Me han dado a entender, señora, que el señor Depping era muy adicto al galanteo.

—«Galanterías» es la palabra. Era galante, en una época en que los hombres creen que no es necesario serlo.

—Ya veo. Y a las damas, ¿les agrada?

—¡Hum! Yo lo creía un hombre encantador. Viejo hipócrita.

—Indudablemente era un hombre con grandes dotes. Pero había alguien a quien él prestaba singular atención, ¿no es así?

—No había tal —contestó con decisión la señora—. Además, a Patricia no le era simpático el señor Depping y Magdalena Morgan lo detestaba positivamente. Le voy a declarar francamente, doctor, que no me gustan las habladurías. Con referencia a este absurdo rumor de que el señor Depping estuviera por fugarse con alguien no lo voy a soportar en mi casa y deseo que usted lo comprenda claramente. ¿Dónde oyó semejante cosa?

El doctor Fell se rió.

—Entonces, ¿usted no cree que fuera cierto?

—Debo admitir que yo nunca vi nada. —Maw apretó los labios con firmeza, lanzó una ojeada hacia atrás y acercó un poco su asiento—. Por más que si Depping era un criminal lo creo capaz de intentar cualquier cosa. ¡Cuando pienso que un hijo mío casi pudo casarse con la hija de un hombre que podía habernos degollado cualquier noche, pues..., pues...! —La mujer del coronel se estremeció—. No necesito decir que voy a tomar medidas para que mi marido se ocupe inmediatamente de ese asunto. Las tonterías de la gente joven no deben permitirse. Además...

Hugo retiró su silla, tratando de no hacer ruido. El momento había llegado. Detrás de Maw Standish, la puerta de la galería que daba a la sala se había abierto. Spinelli, haciendo bailar su sombrero sobre el índice y con una sonrisa satisfecha en el semblante, entró en la biblioteca seguido por Langdon. El abogado, según observó

Hugo, no parecía tan contento. La mirada de Spinelli se detuvo sobre la señora de Standish, sin reconocerla, para fijarse luego con buen humor en el doctor Fell.

—Gracias, compañero. Ahora estoy listo —dijo—, de manera que voy a tomar el portante. He alquilado un coche en el Buey; volveré a Hanham para retirar mis cosas y tomaré el tren nocturno a Londres. Mañana estaré a bordo, si hay barco. Si no hay, trataré de que me dejen entrar en Francia antes de dirigirme a los Estados Unidos. Bueno...

—Doctor Fell —dijo con exasperación creciente la mujer del coronel—, ¿quiere usted informarme de lo que hace este extraordinario sujeto en mi casa?

Spinelli la miró por sobre su hombro.

—Parece estar un poco alterada, ¿no es verdad, hija? —preguntó con frialdad, y luego se volvió hacia Fell—. Esto me recuerda, doctor; sea complaciente y no trate de impedir mi entrada a Francia, ¿quiere? Me gustaría repasar el idioma francés. He notado que usted ha despedido al amigo Murch y a su sabueso; vi que se iban. Gracias. Eso es lo que yo llamo una persona recta. Bueno, hasta luego. Si... me muestran dónde está la puerta para salir de este edificio...

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Maw Standish—. Usted presume mucho, buen hombre. Doctor, ¿quiere hacer el favor de llamar a alguien con el timbre? Podemos hacer salir a esta persona por el sótano...

—¡Está bien, hija, está bien! Saldré por la ventana, entonces. De todos modos no me parece gran cosa su casa de campo. Cuadros pésimos, piezas antiguas de imitación, modales del barrio Bowery...

—¡Salga de aquí! —exclamó el doctor Fell, poniéndose de pie.

Esto fue lo último que vio Hugo. Cruzó apresuradamente el billar en dirección a la puerta de vidrios y miró hacia la terraza, manteniéndose en la sombra. La esfera luminosa de su reloj de pulsera le informó que eran las veintiuna y treinta. Estaba algo sorprendido de notar que su corazón latía con violencia.

No había viento ahora; pero el aire fresco y húmedo olía a césped y a flores. La luna estaba todavía baja, pero muy clara; cerca de la casa había una zona de oscuridad, luego la vaga luminosidad del césped y más allá la niebla envolvía los árboles de la pendiente que descendía hacia el este. Más o menos a mil metros de distancia pudo divisar los faros de un ómnibus que corría por algún camino no identificado. Un perro ladraba a lo lejos.

En la terraza, una ventana se abrió con un chirrido, dejando pasar un haz de luz amarillenta. Spinelli salió, apartando las cortinas y cerrando la ventana detrás de él. En el primer momento titubeó y pareció contemplar la luna. Hugo podía distinguir confusamente su rostro: tenía aspecto de estar sonriendo. La sonrisa desapareció; Spinelli miró atentamente a derecha e izquierda, no vio nada y quedó tranquilo. Con toda calma frotó un fósforo y encendió un cigarrillo, luego bajó por unos escalones al césped, observó nuevamente a su alrededor y por último caminó sin prisa al pie de la terraza, en dirección al lugar donde Hugo estaba oculto. Al pasar frente al billar

estaba tratando de ver la hora en su reloj y canturreando «El alegre caballeros». Sus pisadas crujían sobre la grava del sendero.

Hugo estaba detrás de él cuando Spinelli dobló la esquina de la casa. No le disgustaba el arrastrarse por el césped húmedo sobre las rodillas de los pantalones, atisbando a través de los arbustos como si estuviera jugando al escondite. Pero pensaba que haría un triste papel si alguien lo descubriese...

El joven se vio obligado alternativamente a correr a toda carrera y a ocultarse, una vez que pasaron los portones abiertos de la verja. Sin vacilar, Spinelli se encaminó pendiente abajo en dirección a la aldea. No pasaban coches ni peatones; la calle de asfalto se extendía desierta, iluminada por la luna y cercada por los altos setos, y Spinelli, pequeña y ridícula figura con su absurdo sombrero, ni una vez miró hacia atrás. Al llegar a la altura de la casa de Morgan, Hugo sufrió atrozmente al pensar que alguien podía estar apoyado en la verja, temiendo oír una llamada mientras corría agazapado a la sombra del seto. Pero pasó sin novedad, cruzó frente a la espectral iglesia y llegó al conjunto de tímidas luces que indicaban la aldea.

Aquí sí que se corría el riesgo de ser descubierta, a pesar de la falta de faroles en las calles. La única iluminación propiamente dicha (y sólo provenía de lámparas, de aceite, de todos modos) era la provista por la taberna. Este edificio estaba situado algo retirado del camino, separado de éste por un patio fangoso que olía a paja y animales. Era un edificio de piedra, bajo y pesado, que en alguna época anterior había sido blanqueado; su techo era de paja y sus dos alas formaban el patio del frente. Todas, las celosías estaban abiertas y se veían circular sombras delante de las humeantes lámparas de aceite del interior.

Hugo abandonó la calle unos quince metros antes de llegar al edificio. De la taberna procedía un rumor festivo; la gente marcaba el tiempo con los pies al compás de un piano y de un acordeón asmático y se oía el estrépito de los aplausos que acompañaban el canto de alguna letrilla jocosa. Hugo recordó que era la noche del sábado. Evidentemente el andar a tropezones en el barro era un juego estúpido; sus nervios clamaban por un cigarrillo y pensó apasionadamente en un vaso de cerveza fresca. En la oscuridad más completa Hugo se movió cautelosamente a lo largo de la pared del Buey, para terminar chocando contra un automóvil estacionado allí con las luces apagadas. El dolor de la colisión le hizo volver en sí: probablemente éste era el coche de Spinelli. Sólo Dios podía saber lo que el hombre se proponía; según el doctor Fell, trataría de volver a la Casa de Huéspedes, pero quizá no fuera una mala idea el quitar las bujías del encendido, en caso de que a su perseguido se le ocurriera emplear el automóvil.

Entretanto, Spinelli estaba de pie frente a la taberna del Buey, con los hombros encogidos, fumando reflexivamente. De pronto pareció tomar una decisión; el extremo incandescente de su cigarrillo describió una parábola y el norteamericano se encaminó lentamente hacia los escalones que daban al patio. Hugo avanzó con precaución hasta colocarse frente al motor del automóvil, soltó las abrazaderas que

sujetaban la tapa del motor, y ya la estaba levantando suavemente para evitar ruidos, cuando de repente oyó pisadas que se dirigían hacia él. Al levantar la vista, Hugo sintió una desagradable e irrazonable sensación en la boca del estómago: Spinelli había cambiado de rumbo y se dirigía directamente hacia el coche.

La tapa del motor pareció protestar horriblemente cuando Hugo la volvió a bajar. El joven se agazapó contra el tronco de un arce y aguardó, advirtiendo nuevamente que su corazón latía violentamente. Tenía la impresión de que era imposible que no le hubieran visto. Luego oyó cómo Spinelli, a no más de tres metros de él, tanteaba el coche en la oscuridad; se abrió una de las portezuelas, los faros se encendieron con un chasquido, se apagaron, y por último sólo quedaron brillando las luces del tablero de instrumentos. En aquel pequeño espacio iluminado Hugo pudo ver que el otro levantaba la cabeza para observar atentamente a su alrededor. Su rostro se distinguía claramente...

Por primera vez en aquella noche Spinelli fue presa del terror: su labio inferior tembló y sudor se le cubrió de sudor. Una gota se deslizó por su mejilla hasta la patilla cuando volvió la cabeza. El norteamericano trató de reír, pero no pudo. Buscó con la mano algo en el bolsillo lateral del asiento delantero y sacó de él un cinto con bandolera, en la cual se veía el mango de una pesada pistola automática.

Hugo murmuró, casi en alta voz: «¡Por Dios, esto no es un juego...!», y su corazón dio un vuelco al pensar que podía haber sido oído. Inclinado cerca del tablero de instrumentos, Spinelli tomó la pistola y la examinó. Hizo caer el cargador sobre la palma de la mano, lo miró y lo volvió a colocar en su sitio. Finalmente soltó el seguro con además medroso y guardó nuevamente el arma en la pistolera. Luego observó otra vez a su alrededor, se quitó la chaqueta y se colocó la bandolera de modo que la pistolera quedara debajo del brazo izquierdo. La camisa a rayas azules y blancas que llevaba se adhería húmedamente a su cuerpo, y a pesar de la distancia, Hugo podía oír su respiración.

Un leve soplo de viento agitó los árboles; se oyó un coro de carcajadas que provenían del Buey y el golpear de vasos sobre las mesas en señal de aplauso. El acordeón dio unos balidos preliminares, como para aclararse la voz, y luego atacó el acompañamiento de una canción... Spinelli, respirando con fuerza, se abrochó nuevamente la chaqueta. Fuera cual fuere la cita que había concertado, era evidente que había decidido no faltar a ella. El norteamericano se secó la frente con un pañuelo de seda, se caló el sombrero, apagó las luces del automóvil y se alejó.

Sé dirigía al Buey. Dando la vuelta alrededor del coche, Hugo estaba indeciso sobre conducta a seguir indudablemente la taberna tenía una puerta trasera, y si Spinelli deseaba deshacerse de un perseguidor, aun imaginario, escaparía por ella. Por otra parte, Hugo no quería correr el riesgo de encontrarse frente a frente con su presa.

Pero adentro del Buey había mucho gente y el joven deseaba beber una copa. Permaneció afuera el tiempo estrictamente necesario para completar su plan original de retirar las bujías del encendido, y cuando la puerta de la taberna se cerró detrás de

Spinelli ya Hugo cruzaba el patio para, entrar en su seguimiento.

CAPÍTULO XVI

Al pasar por la baja puerta de la taberna Hugo trataba de encontrarse a sí mismo excusa por el hecho de que, aun en medio de una aventura, no podía resistir la tentación de beber un vaso de cerveza. Dentro la cantidad de gente era mayor de lo que había previsto. Todos estaban más o menos achispados y caminaban entrechocándose por los angostos corredores. A través de las ventanas pudo ver un salón para el público en cada ala del edificio, y un despacho de bebidas en la parte del fondo. Spinelli había entrado al salón de la derecha.

Hugo agachó la cabeza al cruzar el corredor y entró al despacho de bebidas. Un par, de lámparas de aceite humeaban contra las paredes húmedas. Casi todo el público se hallaba reunido en el salón donde alguien tocaba el piano y dos voces discutían a propósito de una canción. El salón donde entró Hugo era de techo bajo, con vigas a la vista. Contenía bancos de alto respaldo y mesas alargadas; había jarras de cobre lustrado sobre las repisas; las paredes estaban cubiertas con trozos de linóleo de distintos diseños; en una repisa de madera sobre la chimenea había un reloj antiguo al que faltaban las manecillas, y escondido en un rincón oscuro se distinguía un retrato del príncipe Alberto vestido con traje escocés. El príncipe Alberto parecía mirar con aire de desaprobación. Justamente debajo del retrato dos o tres filósofos desharrapados, con gorras de paño, estaban sentados alrededor de una mesa y esgrimían jarros de peltre en el calor de una discusión. Una corpulenta y fatigada moza de taberna cruzó el salón llevando una bandeja con vasos; al parecer, movía la cabeza para evitar el humo del tabaco y obsequiaba a todos con sonrisas indiferentes. Dijo: «¡Vamos, vamos!», a los que discutían, quienes luego apelaron al propietario. Este último era un decidido pacificador en mangas de camisa, que observaba todo con aire atento; estaba de pie detrás del mostrador, rodeado por cajones de cerveza y con los brazos cruzados; pero se ponía bruscamente en actividad en el momento en que alguien levantaba la mano en demanda de más cerveza. El propietario se adelantó prontamente cuando Dono van se acercó.

Hugo cambió de parecer, pidió *whisky* con seltz y dirigió la vista a una chapa de cobre lustrado que había a su lado, sobre un estante. A pesar del humo y de la poca visibilidad podía distinguir, reflejados allí, la puerta del corredor y el otro salón, Spinelli estaba justo, en la línea de visión. El otro salón, en apariencia, era una especie de sala de recibo. Spinelli estaba arrellanada con aspecto de desafío, en un gran sillón adornado con borlas. Hasta Hugo llegaron, en medio del ruido y confundidos con el estrépito del piano, los cuchicheos de «Ese caballero», «el crimen» y «chist», que despertaba la presencia del norteamericano. Los tres filósofos terminaron su cerveza al mismo tiempo y miraron hacia atrás...

Hugo echó seltz a su vaso, observó de soslayo la chapa de cobre y se volvió rápidamente hacia la pared cuando notó que Spinelli se ponía de pie. El norteamericano salió de la sala de recibo al corredor y pasó al despacho de bebidas:

parecía irritado. Varias personas lo siguieron, ostensiblemente sólo interesadas en sus bebidas. Una voz pedía insistentemente que cantara «El viejo Juan Wesley».

Spinelli se acercó al mostrador.

—¿Es posible —preguntó en un tono de fría dignidad que recordó a Donovan el de Maw Standish—, es posible o no el que me sirvan algo en este lugar?

El ruido general había disminuido y mucha gente escuchaba con disimulo. La deliberada indiferencia de Spinelli por todos, su aspecto de dignidad y sus modales constituían un espectáculo más bien ridículo. El propietario se adelantó con diligencia.

—¡Lo lamento, señor! ¡Creí que lo habían atendido, señor! ¿Qué desea que le sirva?

—Tomaré coñac —respondió el otro, arreglándose la corbata—, si es que lo hay. Y del mejor. Traiga la botella y deme también un vaso de cerveza. ¿Quiere un trago?

—¡Ah, muchas gracias, señor! Con mucho gusto.

Hugo esperaba que Spinelli no alcanzara a verlo claramente, y trató de alejarse un poco, pero el norteamericano ni siquiera lo había advertido. Se sirvió una dosis generosa de coñac, la tomó de un golpe y a continuación bebió un trago de cerveza. Luego se sirvió más coñac. El propietario, como al descuido, se puso a descorchar una botella de cerveza.

—Buen tiempo tenemos, señor Travers —observó.

—¡Hum!

—¡Ah! Algo caluroso, sin embargo —aclaró el propietario con tono sentencioso.

Nunca como ahora pudo apreciar Hugo la reserva del pueblo inglés en esa casa, todos reventaban de curiosidad por saber lo que había estado ocurriendo en La Granja, posiblemente; ello había constituido el tema principal de las conversaciones, y aquí, en medio de ellos (cuando lo creían arrestado) estaba él actor principal. Sin embargo la conversación, aunque en tono más bajo, continuaba como siempre y nadie miraba manifiestamente a Spinelli. El propietario continuó:

—Espero que por ahora se quedará usted algún tiempo entre nosotros, señor Travers...

—No —replicó Spinelli—, me voy esta noche.

—¿Eh?

—Esta noche. Y estoy encantado de irme. Escuche...

El norteamericano terminó su tercer coñac con ademán fanfarrón y se apoyó sobre el mostrador.

Donovan nunca supo si el hombre hablaba bajo la influencia del coñac, si tenía algún fin deliberado, o si lo hacía por el placer de atraer la atención, pues cuando Spinelli tomó la palabra se hizo un silencio y su voz resonó en contraste. Pero Spinelli sabía que estaba hablando para todos los presentes y los tres coñacs dobles, sumados a la tensión nerviosa que sufría, alteraron su voz. Carraspeó, y sus ojillos rencorosos estudiaron la concurrencia con cierta satisfacción, pero se volvió para

encararse con el propietario.

—¡Vamos, confiese! No siga tragando cerveza y haciéndose el hombre educado. Yo sé en qué está pensando en el crimen. ¡Sí! Y preguntándose, con su acostumbrada generosidad, por qué no estoy en la cárcel en este momento, ¿eh?

El propietario trató de representar su papel, aparentando que él también ignoraba la presencia de los demás. Adoptó un aire de modestia y contestó:

—Bueno, señor, ahora que usted lo menciona... Es claro que todos hemos oído hablar de ello y sabemos que fue Una cosa horrible —el tabernero limpió vigorosamente el mostrador—; y... ¡ah!..., lamentamos mucho lo ocurrido al pobre señor...

—Traiga para acá esa botella. ¡Cosa horrible, bah! Ensayaron de enredarme en el asunto y no pudieron. Cuéntelo a sus amigos. Y fue porque yo nada tuve que ver en el asunto, y pude probarlo.

El tabernero sonrió.

—¡Caramba, mis felicitaciones, señor Travers! No es que creyéramos nada en contra de usted, tenga eso bien en cuenta, señor! Sólo que por aquí se dijo (usted sabe cómo se comenta todo) —el propietario bajó la voz— que usted había visitado al señor Depping, y mucha gente algo tonta...

—¿Me lo dice usted a mí? Escuche. —Spinelli terminó su bebida, puso el vaso sobre el mostrador y golpeó con el índice el pecho del propietario—. Nunca estuve dentro de la casa. El hombre que creyeron que era yo, era nada menos que el viejo Nick Depping en persona, disfrazado para que nadie lo reconociera; Cuente eso a sus amigos y también a los zopencos de la policía.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que era Depping, le digo! ¿Está tratando de insinuar que miento?

El propietario estaba evidentemente tan desorientado que Spinelli no insistió, sino que continuó en tono confidencial, casi paternal:

—Vea: le voy a contar lo que pasó. El viejo Nick Depping quería salir de su casa, ¿entiende? No importa para qué; eso no se lo voy a decir. Pero quería salir de su casa, ¿entiende? Muy bien. Se va a Londres y compra en un negocio de artículos para teatro una caja de pinturas para caracterizarse; luego va a un ropavejero y compra un traje. Muy bien. Se puede hacer todo eso sin que nadie sospeche nada. Pero Nick era un artista, ¿comprende?, un verdadero artista, no tengo reparo en declararlo. Podía dejar pisadas y no quería que supieran que eran tuyas, de modo que buscó un par de zapatos de tamaño diferente a los tuyos. Muy bien. Pero no se puede entrar en una zapatería y pedir un par de zapatos varios números más grandes de lo debido: es cosa de locos. Los de la zapatería lo recordarían, y si después hubiese dificultades, los sabuesos podrían descubrir la pista, ¿comprende?

Spinelli se apoyó sobre el mostrador y colocó su rostro congestionado a pocos centímetros de la cara del propietario.

—¿Y qué hace Nick? —continuó con voz algo ronca—. Se va a la casa grande

que llaman La Granja: esa que tiene muebles atroces y cuadros que yo no colgaría en mi carbonera. Bueno, va una tarde con una maleta que pretende tener libros adentro, ¿me comprende? Entra en un cuarto donde guardan una cantidad de cosas inservibles y se lleva un par de zapatos de alguien; más tarde, si deja pisadas, tanto peor para el dueño de los zapatos, ¿comprende? Eso es lo que hace Nick, y todo tan complicado porque quiere salir de su casa y...

Hugo no oyó la última parte de la frase. Estaba tan sorprendido que casi se vuelve para interpelar a Spinelli. Quedó inmóvil, en el acto de llevar a sus labios su vaso ya vacío, con los ojos fijos sobre un anuncio de *whisky* que se hallaba colgado detrás del mostrador, desde donde la elegante figura de Johnny Walker le sonreía de vuelta, con mirada casi sardónica. Uno de los puntales del caso se había venido abajo, estrellando todas las hipótesis que se habían construido sobre él; una de las pistas había volado, rota en pedazos, dejando sólo cenizas y humo la pista de los misteriosos zapatos de Morley Standish. Se habían sugerido toda clase de explicaciones, pero la más sencilla de todas —el que Depping en persona los había usado para su mascarada— había pasado inadvertida, o por lo menos, no había sido mencionada. ¿Qué quedaba ahora de la fantástica suposición del obispo de que Enrique Morgan había jugado al *poltergeist* para robar los zapatos?

Hugo arriesgó una mirada de soslayo a Spinelli, pero éste estaba demasiado preocupado, demasiado lleno de maldad, de Coraje alcohólico y del deseo de atraer la atención, para ni siquiera volver la cabeza o moderar el tono de su voz. Spinelli rió y su pie buscó vanamente el barrote junto al piso que suelen tener los despachos de bebidas en los Estados Unidos.

—Y así fue cómo lo confundieron conmigo —dijo golpeando el mostrador—, ¿comprende? Porque quería salir de su casa sin que nadie lo supiera. ¡Ahí tiene un ejemplo de lo que era Nick Depping! Y cuando volvió a su casa no pudo entrar. ¿Y por qué? Porque se le había caído la llave del bolsillo durante su pequeña excursión: por eso fue. ¡Ja, ja, ja, ja! A *mí* no me lo cuente. *Yo sé*.

El tabernero, para quien todo este relato era jerigonza incomprensible, echó una ojeada pensativa a la botella de coñac y tosió.

Spinelli lo miró, indignado.

—No me cree, ¿eh? Escuche: le digo esto a usted, se lo digo a todo el mundo, para qué se sepa la clase de canalla que era Nick Depping. Le voy a decir lo que era, y quiero que todos lo oigan —el norteamericano echó un juramento—, porque...

—¡Señor Travers! ¡Hay señoras presentes!

—Y de todos modos, alguien fue más vivo que él. Alguien había entrado en la casa con una llave duplicada y luego pretendió que no la tenía. Pero eso no es lo que yo quiero que todo el mundo sepa: lo que quiero decir a todos ustedes que creen que Nick Depping era un caballero fino y distinguido, de la Avenida del Parque; bueno, les voy a decir...

Hugo Donovan nunca supo hasta dónde hubiera llegado el norteamericano: en su

afán por vengarse de Depping en la única forma que ahora le quedaba, porque el tabernero no le dejó terminar.

Miró el reloj, dio un respingo de sorpresa y gritó con una voz de asombroso vigor, que resonó por todo el edificio:

—¡Últimos pedidos! ¡Últimos pe-di-dos, señoras y señores, por favor! ¡Ya hemos pasado diez minutos de la hora de cerrar! ¡Vamos, vamos, por favor...!

En la subsiguiente carrera al mostrador para conseguir el último trago, Hugo pudo salir al corredor sin ser visto, para esperar allí hasta ver qué rumbo tomaba Spinelli.

Desde la oscuridad en que se hallaba, el joven podía distinguir el rostro de su perseguido; evidentemente su entusiasmo había decaído. Una lámpara de aceite brillaba justo sobre su cabeza. El hombre parecía acorralado. El terror anterior: le volvía. Se aferraba desesperadamente a las luces y a la compañía, pero éstas iban desapareciendo y dentro de poco Spinelli debería caminar por un sendero oscuro, rumbo a su entrevista. Sin duda alguna iba a encontrarse con el asesino esa misma noche, y en la Casa de Huéspedes. En ese momento Hugo Donovan sintió un presentimiento, y tan convencido estaba de que era verdad, que lo podría haber dicho en alta voz.

Este hombre va a su muerte.

Además sintió el impulso casi irracional de abrirse paso hasta Spinelli, de cogerlo de los hombros y de gritarle en la cara: «¡Vea, especie de imbécil, no lo haga! ¡Váyase de aquí o recibirá lo que recibió Depping y del mismo modo que él lo recibió!». Podría haber jurado que era verdad. En medio de la ruidosa concurrencia, la presencia de la muerte era tan palpable como el humo que rodeaba el rostro atemorizado descompuesto y lívido de Spinelli.

El norteamericano compró la botella de coñac y la guardó apresuradamente en el bolsillo de su chaqueta. Además adquirió dos paquetes de cigarrillos, lo que probablemente significaba que había de pasar todavía algún tiempo antes de la entrevista, Nadie prestaba atención a lo que hacía; cada uno deliberadamente ignoraba su presencia. Cuando los primeros parroquianos comenzaron a encaminarse hacia la puerta, Spinelli tomó una súbita determinación y los siguió.

Los grupos se disolvían en la calle iluminada por la luna. Las luces de la taberna se iban apagando.

De pronto, todo estuvo otra vez oscuro y silencioso; tan increíblemente silencioso que Hugo casi no se atrevía a respirar. Se encontraba de pie junto al edificio, preguntándose vagamente si soltarían de noche algún perro. Se abrió una ventana sobre su cabeza y luego hasta pudo oír el crujido de la cama cuando alguien se acostó. Spinelli estaba sentado en el asiento delantero de su estacionado automóvil, con las luces apagadas. No había tratado de ponerlo en marcha. Constantemente cambiada de postura; a natos encendía un fósforo para alumbrar su cigarrillo y mirar la hora en su reloj. En apariencia continuaba bebiendo. Hugo no pudo calcular después cuánto tiempo estuvieron así, pero empezaba a sentir calambres en todo el

cuerpo. La luna ya iba a desaparecer; una luna que prometía agua, con grandes nubes agrupadas a su alrededor...

Se oyó un trueno débil, cauteloso como una pisada. Hugo pudo oír a los animales que se agitaban en el establo. Entumecido y soñoliento, el joven se sintió de pronto alerta al advertir que la portezuela del coche se abría suavemente. Su presa se deslizó al suelo y la botella golpeó el costado del automóvil. Luego Spinelli se encaminó por la calle; de ningún modo daba la impresión de estar borracho.

Mientras se le pudo escuchar desde la taberna Spinelli se movió con sumo cuidado y Hugo tuvo que caminar con mayor cuidado todavía, pero al llegar a la mitad de la subida el otro tomó por el medio de la calle. De golpe, se detuvo frente a la pared baja del cementerio y se apoyó sobre ella. Spinelli se rió para sus adentros y miró hacia arriba a la torre cuadrada de la iglesia, cubierta de hiedra e iluminada por la luna, al pequeño pórtico de curiosa forma y a las derribadas lápidas de las tumbas; luego hizo un ademán gradilocuente.

—«Cada uno para siempre en su angosto lecho —recitó en alta voz— duermen los antepasados de la aldea». ¡Bah!

Algo describió un arco en el aire y se oyó el estrépito de una botella al romperse contra la piedra...

Spinelli siguió adelante.

Este desplante, que indignó profundamente a Hugo pareció infundir nuevo valor al otro. El primer impulso de su perseguidor era ahora de alcanzarlo, golpearle el hombre, tomar puntería, asestarle una trompada en la mandíbula y dejarlo fuera de combate, tendido al costado del camino. Era un procedimiento limpio y pulcro que cualquiera aprobaría y que evitaría incontables complicaciones; además tendría la ventaja de aliviar la tensión de esa noche. A Hugo le tenía sin cuidado la pistola llevada por el otro: era indudable que Spinelli, aun en caso de apuro, no iba a tener el valor de emplearla. Al reflexionar con cierta vaguedad sobre esta idea, Hugo trató de descifrar el enigma del carácter del hombre, a la luz de su actuación de esa noche; a Spinelli había que propinarle una buena paliza o bien llevarlo a un especialista de enfermedades mentales, según el punto de vista. Si...

Hugo se detuvo bruscamente; Spinelli estaba de pié, casi frente a la casa oscurecida de Morgan. Luego cruzó a la izquierda del camino, en dirección a la pared que indicaba el comienzo del parque de La Granja; tanteó, encendió un fósforo y tocó el muro. Sin duda se dirigía a la Casa de Huéspedes. Hugo estaba agazapado contra el seto del lado opuesto; trató de adelantarse cautelosamente.

De improviso, alguien le agarró el brazo desde atrás.

Donovan sufrió uno de los sustos más horribles de su vida y quedó inmóvil, incapaz por el momento de pensar o de volverse: su única impresión era que había caído en manos del asesino. Trató de juntar energías para girar bruscamente y atacarlo con los puños, cuando una voz habló cerca de su oreja, en un murmullo tan leve que creyó haberlo imaginado; era más suave que el susurro de las hojas del seto.

—Todo anda bien —dijo la voz—. He estado vigilando. ¿Puedo ir con usted? Tal vez necesite ayuda.

El casi imperceptible murmullo cesó. Volviéndose suavemente, Hugo vio que se encontraba de espaldas a la verja situada en el seto que separaba la casa de Morgan de la calle. Un fugitivo rayo de luna iluminó brevemente las gafas de Morgan: éste se apoyaba sobre la verja y estaba completamente invisible a no ser por ese rápido reflejo. Hugo inclinó sus hombros en señal de asentimiento y arriesgó un «¡Chist!» para pedir silencio. En realidad deseaba tener compañía. Sus nervios en tensión le hicieron pensar que la verja crujía en forma alarmante cuando Morgan saltó sobre ella, para caer silenciosamente sobre sus zapatos de tenis, en el césped húmedo del otro lado.

Pero el crujido provenía de otra verja, situada en la pared, un poco más allá: Spinelli había encontrado la entrada a la Casa de Huéspedes a través de la pared divisoria. Podían oír el ruido de sus pies al pisar la gruesa hierba; luego encendió un fósforo y apuntaló la puerta para que quedase abierta. Una vez concluido este trabajo, entró, y Hugo, con Morgan detrás, se encorvó al cruzar a la carrera el camino iluminado por la luna; para ocultarse a la sombra de la pared, respirando agitadamente. La sensación de tocar la tosca piedra con la mano era tranquilizadora. Luego se dirigieron a la puerta y pasaron por ella...

Una pasajera inquietud se apoderó de Hugo: no podía ver ni oír a Spinelli. Grandes árboles húmedos inclinaban sus ramas sobre el sendero, agitándolas levemente; la luna, parcialmente escondida detrás de las nubes, no podía penetrar a través de las hojas y las sombras deformadas aumentaban la oscuridad. Extrañas hebras de telaraña flotaban por el camino y se adherían al rostro al pasar. Hugo sintió que Morgan empujaba su espalda, y el joven prosiguió el descabellado juego de escondite, adelantando con precaución por el interminable sendero entre los árboles...

El fin de la persecución sé produjo de pronto, a la vuelta de un recodo. Allí estaba el claro entre los árboles, con la casa, fantásticamente fea, en el centro. Sus ventanas enrejadas brillaban vagamente, y allí los jóvenes pudieron ver nuevamente a Spinelli.

El norteamericano había salido de la oscuridad y se había adelantado, lentamente por el calvero; esta vez llevaba la pistola en la mano. Sé apoyó sobre un reloj de sol y apuntó en un lento círculo, como si buscara algo en el espacio descubierto a su alrededor. Nada se movió.

Luego salió de la línea de visión de los jóvenes, dirigiéndose a la vereda de ladrillos que iba hacia La Granja; podían oír el leve chis, chis de sus pisadas vacilantes sobre la hierba húmeda.

Silencio. Luego pareció que él aire se llenaba... de vibraciones, como si ellos, mismos hubieran sentido el respingo sobresaltado que dio el otro. La voz de Spinelli se elevó, no muy fuerte, algo apagada, pero vehemente.

—¡Salga de ahí! ¡Vamos, salga de ahí! Nada de trampas..., nada de trampas, o

juro qué... ¡Sí, estoy apuntando! ¡Vamos!...
—¿El asesino...?

CAPÍTULO XVII

El pensamiento dominante de Hugo fue que él, a todo trance, tenía que ver lo que iba a pasar, aun cuando el hacerlo fuese un desatino y arruinara todos los planes. El joven se preguntaba: «¿Dónde está el inspector Murch?». Murch debía estar allí, oculto en alguna parte. Si por una casualidad irónica Spinelli había tropezado con el inspector, creyendo que era la persona con quien debía encontrarse, esto sería el fin de todo...

Hugo tragó con esfuerzo, trató de dominar un inexplicable temblor y se deslizó audazmente hacia el claro entre los árboles. El fango gemía bajo sus zapatos; pero no le prestó atención.

A unos veinte metros de distancia, dándole la espalda, estaba Spinelli, de pie frente a un grueso roble que crecía, junto a la vereda de ladrillos, sosteniendo la pistola junto al cuerpo para evitar que se la arrebataran de un golpe.

—¡Salga! —mascullaba con inflexión creciente que sonaba a histerismo—. Puedo ver su juego... Le doy nada más que un segundo... No se quede ahí; no le voy a lastimar, pero me va a pagar, y va a seguir pagándome por mucho tiempo, ¿comprende?

Se susurraron algunas palabras, pero demasiado confusas para poder ser oídas a esa distancia. Hugo adelantó gateando. Spinelli retrocedía hacia un punto iluminado por la luna...

—¿Que si le conozco? —decía. Por primera vez Hugo lo vio tambalear un poco. El hombre estaba borracho perdido y se sostenía por pura excitación nerviosa. Dejó de lado toda prudencia y su voz chilló con fuerza—: ¿Que si le conozco? ¿Qué diablos está tramando? Trate de hacerme una jugada y verá lo que va a recibir... — Spinelli tragó con dificultad, parecía no poder respirar—. Anoche le quité el revólver, que si no, me hubiera arreglado como arregló a Nick...

Arrastrándose aún más cerca por la alta hierba, el joven levantó la cabeza, ya había llegado a la vereda de ladrillos, pero como había dado un rodeo, Spinelli ahora casi le daba un costado y quienquiera se escondiese detrás del roble estaba completamente oculto. Un rayo de luna tocó el rostro del norteamericano, Hugo podía ver su boca entreabierta y hasta notó la plumita de color que tenía insertada en la cinta del sombrero. Luego, de atrás del roble, una voz murmuró en tono muy bajo:

—Gracias, mi amigo. Así me parecía. Pero no soy la persona que usted cree. ¡Guarde la pistola, guarde la pistola...! ¡Chi-i-ist!

La mano de Spinelli tembló; el hombre titubeó un poco y se frotó los ojos como para ver mejor. Las ramas crujieron cuando alguien salió de las sombras.

—¡*Rata inmundada*...! —exclamó de repente Spinelli, y se atragantó.

Daba la impresión de que iba a romper a llorar cuando vio a la otra persona. Las palabras proferidas con voz estridente tenían un eco como de incredulidad y desesperación. El norteamericano dio un paso hacia adelante.

Fue mera casualidad que en ese instante Hugo mirase a su alrededor: quería saber si Morgan estaba a su espalda. Al volver la cabeza, sus ojos cayeron Sobre la Casa de Huéspedes, situada a poca distancia detrás de Spinelli, y quedaron clavados. Había allí algo distinto. Le pareció que no veía bien, hasta que advirtió que la diferencia estaba en la hilera de ventanas que reverberaban débilmente: en donde debía estar una de éstas, había un rectángulo de oscuridad que crecía poco a poco, porque una de las ventanas, la más próxima a la puerta de entrada, se estaba abriendo lentamente.

Spinelli no lo podía ver, pero el otro, el hombre escondido detrás del roble, dejó escapar un sonido que parecía un «¡Chua!» estrangulado, seguido por un horrible ronquido inarticulado y saltó hacia adelante, agarrando por los hombros a Spinelli, como para ocultarse detrás de su cuerpo.

De la ventana brotó un pequeño rayo amarillo, menos que un hilo de luz, pero se oyó una explosión que conmovió todo el ambiente, el estrépito, en medio del silencio anterior, fue como un golpe en la cabeza. Hugo trató de incorporarse; a su espalda, Morgan exclamaba: «¡Dios...!», pero el joven sólo tenía ojos para Spinelli. Su absurdo sombrero con la plumita de color había caído al suelo. Una pierna se le dobló y de pronto el hombre empezó a hacer eses; luego le falló la otra pierna y Hugo vio que Spinelli vomitaba en el preciso momento en que caía de bruces con el cerebro perforado de un balazo.

El otro hombre gritó, y su grito se mezcló horriblemente con los chillidos de los pájaros que revoloteaban, espantados por la detonación. Su cuerpo parecía paralizado y sólo movía una mano en dirección a la ventana en frenético ademán como para rechazar a la muerte. Cayó de rodillas y rodó por el suelo, pataleando; luego trató desesperadamente de ocultarse entre la maleza...

¡Bang! Se había producido una pausa deliberada, como si la persona de la ventana hubiese estado haciendo fría puntería. El hombre detrás del roble se estaba poniendo dificultosamente de pie cuando la bala lo alcanzó; chocó contra el tronco del árbol y gritó de nuevo...

¡Bang! Alguien se revolvía en la maleza, gritando aún. Hugo no lo pudo soportar. Se puso de pie y en ese instante Morgan lo cogió del tobillo y lo hizo caer, dando un traspié. Morgan vociferó:

—¡No sea imbécil; nos-liquida-si-nos-lléga-a-ver...! ¡Ah...!

El escritor dejó escapar un gruñido cuando Hugo se zafó de sus manos. Nadie hubiera imaginado que los pájaros pudiesen hacer tal algarabía; el calvero resonaba con sus chillidos mientras que revoloteaban en bandadas despavoridas a la luz de la luna. Una desmañana figura corría a lo largo de la casa emitiendo sonidos ininteligibles. Era el inspector Murch. Corrió con desesperación hacia los escalones del pórtico agitando una linterna cuya luz bailaba locamente sobre las paredes de la casa. En la otra manó llevaba algo que no se podía distinguir bien. El inspector gritaba palabras sin sentido, alusivas al «nombre de la ley».

Nadie tiene un recuerdo exacto de lo que sucedió entonces. Morgan farfulló algo

como: «¡Oh, muy bien!», y luego él y Hugo corrieron en zigzag por el césped, en dirección a la casa. La linterna de Murch iluminó por un instante la ventana del misterioso tirador y algo saltó hacia atrás como un escuerzo. El tirador, perdido el equilibrio, disparó alto, destrozando el vidrio de su propia ventana. Los otros vieron cómo volaban los fragmentos entre la blanca nube de humo y los curvos barrotes de la reja que protegía la Ventana. Luego brotaron más destellos en la nube de humo, porque Murch, olvidando los reglamentos de policía, hacía fuego en respuesta. Cuando los tres se encontraron juntos en el pórtico, el inspector estaba peligrosamente dispuesto a despacharse a cualquiera, pero Morgan le lanzó un juramento a tiempo, con lo cual impidió que el hombre hiciese un nuevo disparo. El tirador había desaparecido. A Murch no se le ocurrió otra cosa que sacudir las rejas de la ventana, hasta que alguien gritó: «¡La puerta!», y todos cargaron contra ella.

Estaba sin llave, pero justo en el momento en que Murch la abría de un empujón, un portazo apagado en la parte trasera de la casa denunció el camino tomado por el tirador...

Cinco minutos después estaban aún buscando entre la maleza, sin encontrar a nadie. El único resultado fue que Murch tropezara contra algo y rompiera la linterna. Desde el pórtico, donde por último se volvieron a reunir, podían divisar el cuerpo de Spinelli, caído con los brazos en cruz sobre la vereda de ladrillos, cerca del roble. Y nada más.

Morgan se apoyó contra el pórtico y trató de encender un cigarrillo con dedos temblorosos.

—¿Y ahora? —preguntó.

—¡No puede escaparse, le digo! —insistió el inspector Murch, que estaba medio loco de ira y de impotencia—. Ustedes dos vean si pueden hacer algo por el herido de allá. Yo voy a la casa grande. Allí está nuestro hombre y nosotros lo sabemos.

—¿Cree usted que llegó a herirlo? —preguntó Hugo con toda la calma que le fue posible—. Quiero decir cuando usted hizo fuego por la ventana... Si fue así...

—¡Ah! Perdí la cabeza por un momento, ¿sabe? —Murch miró desconcertado el arma que tenía en la mano—. No lo sé. Todo fue tan rápido, no lo sé. Ahora pongan atención: hay otro herido...

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—¡Que me cuelguen si lo sé! —respondió Morgan, y agregó con amargura—: Somos un lindo puñado de hombres de acción; lo recordaré en mi próximo libro. Muy bien, inspector, vaya sin cuidado: nosotros buscaremos al herido que falta, aunque, personalmente, preferiría tomar aceite de ricino.

El escritor se encogió de hombros y sintió un escalofrío mientras caminaba por el césped. A Hugo todavía le retumbaba en los oídos el pavoroso estampido de los disparos; la violencia de la escena le había sacudido los nervios. Aceptó el cigarrillo que le ofreció su compañero, pero su mano no estaba firme.

—¿Ha pasado todo esto, realmente? —interrogó con extraña entonación Morgan

—. Este infierno..., el tiroteo..., todo en un minuto; me siento como un trapo... No, no; debe haber un error: no puedo creerlo.

—Sí que es verdad —respondió Hugo y haciendo un esfuerzo se acercó al cadáver de Spinelli.

Todo alrededor había olor a enfermería y a sangre caliente. Cuando Morgan encendió un fósforo, su resplandor hizo brillar las manchas rojas en la maleza, cerca del roble donde el otro hombre se había arrastrado para buscar refugio. Hugo agregó:

—Me imagino que no habrá duda de que...

Spinelli yacía de bruces. Morgan, muy pálido, se inclinó y acercó el fósforo a la cabeza del muerto. La llama le quemó los dedos y se enderezó de un salto.

—Muerto. Indudablemente. Lo... alcanzaron en la parte posterior de la cabeza, justo sobre la línea del cabello. Está..., me imagino —dijo con voz inexpresiva— que las batallas deben ser más o menos como esto. No podría decir exactamente lo que ha pasado. —Morgan se estremeció—. No tengo reparo en confesar que si alguien se asomara en este momento y dijera: «¡Buu...!», me haría saltar hasta las nubes, Pero vea..., ¡hum!, se me ocurre que él campeón de tiro en la ventana tenía la intención de eliminar a Spinelli y a ese otro hombre; a matar deliberadamente a esos dos y a nadie más. No disparó sobre ninguno de nosotros, aun cuando nos debe haber visto claramente...

—Sin embargo disparó sobre Murch.

—¡Hum...! Sí, pero un tiro al aire, para mantenerlo a raya y no como a Spinelli, a quien cazó como a un pajarito. ¡Puf...! Y como al otro individuo... Tal vez perdió la serenidad. Yo no sé. ¡Por Dios; no sé nada!...

El escritor empezó a pasearse nerviosamente.

—Vamos. Tenemos que buscar al otro hombre, aunque nos reviente. ¿Quién era? ¿Usted lo sabe?

—Yo tampoco lo pude ver, por lo menos como para reconocerlo. Tome, tengo un encendedor; será mejor que los fósforos. Si seguimos el rastro de las manchas de sangre... Hugo sintió náuseas.

Pero ninguno de los dos estaba ansioso por comenzar. Morgan hizo un ademán que significaba: «Terminemos los cigarrillos», y dijo en alta voz:

—Tengo una cantimplora. ¿Quiere un trago?

—¡Que si quiero! —exclamó Hugo, con fervor.

—He aquí a dos aficionados a la criminología —dijo bruscamente Morgan, alargándole la cantimplora, aterrados por un espantapájaros. Lo que, pasa es que usted y yo tenemos miedo de encontrar a alguien que conocemos demasiado bien, con dos balas en el cuerpo.

Hugo bebió el *whisky* con ganas. Se estremeció al sentir el escozor del alcohol en su garganta, pero recobró el ánimo.

—Vamos —dijo.

El encendedor hacía una llama sorprendentemente clara; manteniéndola a poca

altura, Hugo caminó por la vereda de ladrillos hacia, el roble. A ambos lados de la vereda las corolas blancas y púrpuras de las digitales asomaban entre los helechos, pero las plantas habían sido pisoteadas y buena parte del rojo era sangre. Encontraron más sangre en una mata de helecho, aplastada contra el suelo como si alguien se hubiera arrastrado boca abajo sobre ella, perdiendo fuerzas...

Se oyó un roce ligero. La llama se movió a derecha e izquierda, luego se inclinó en una corriente de aire y por poco se apagó. Los pies de los jóvenes hacían crujir las hojas secas. Una rama arañó el hombro de Hugo, otra le golpeó el brazo y debió hacer funcionar nuevamente el encendedor.

—Juraría —declaró Morgan— que he oído un quejido.

Hugo casi pisó un zapato negro muy lustrado que se agitaba entre las hojas caídas alrededor del tronco de un arce. Mientras miraban, el pie se sacudió una vez, revelando parte de una pierna de pantalón a rayas y luego se convirtió nuevamente en un zapato. Se veían marcas blancas en la corteza del árbol, donde el dueño del zapato se había raspado al caer. El hombre yacía de lado, sobre una mata de helecho, herido de bala en el cuello y en el hombro. Le vieron morir a la luz vacilante del encendedor.

Morgan dijo:

—Valor; ahora no podemos volvernos atrás. Además...

Hugo se arrodilló y con un esfuerzo puso de espaldas a la pesada figura. El rostro estaba sucio; la boca y los ojos, abiertos, y los rastros de sangre no lo hacían más atrayente. Hubo un largo silencio mientras los dos jóvenes contemplaban al muerto.

—¿Quién demonios es éste? —murmuró Morgan—. Nunca vi...

—Sostenga el encendedor —respondió el otro, haciendo de repente una arcada— y salgamos de aquí. Yo lo conozco: es un abogado. Su nombre es Langdon.

CAPÍTULO XVIII

De algún modo consiguieron volver al claro entre los árboles. En su turbación Hugo recordó que al cruzar la vereda de ladrillos había dado un involuntario puntapié al sombrero de Spinelli. De mutuo acuerdo, los jóvenes se dirigieron a la, Casa de Huéspedes; sin duda, contenía desagradables sugerencias y recuerdos, pero era mejor que este lugar, donde el tirador había dejado sus horribles trofeos.

—Lo único que podemos hacer —dijo Hugo, sentándose sobre los escalones del pórtico— es quedarnos tranquilos y esperar a que Murch vuelva trayendo ayuda.

Morgan asintió con la cabeza; estaba de pie, apretado contra la puerta de entrada, con el cuello de su chaqueta levantado y mirando hacia otro lado.

—¡Hum! Así es —continuó Hugo—. Pero yo me pregunto: ¿quién es ese Langdon y por qué lo mataron? No sé qué necesidad había de matarlo... y en cuanto a saber quién era, tendría que oír el relato de lo que sucedió anoche. Es una historia bastante larga y no tengo deseos de contarla. Pollo menos no en este momento. Pero... —Una idea pareció ocurrírsele—, pero por lo menos hay algo que usted no debe ignorar.

Automáticamente Morgan sacó su cantimplora y se la pasó.

—Hable, pues —dijo.

—Bueno; el hecho es que a mi padre (el obispo, ¿sabe?) se le metió en la cabeza que usted era el asesino o, cuando menos, un personaje muy sospechoso.

El otro no pareció sorprenderse.

—Lo esperaba. Era seguro que se le ocurriría a alguien y no me extraña que fuera a su padre pude notar que me observaba. Pero, ¿por qué?

—En primer lugar por el asunto de la pisada; esa pisada dejada cerca de esta casa por un zapato de Morley Standish. Mi padre desarrolló la teoría de que usted había ido a La Granja para robar esos zapatos; que había entrado por el pasaje secreto que da al cuarto de roble para llegar a la alacena de objetos inútiles, ignorando que alguien dormía en la habitación, y que al descubrir que estaba ocupada, usted hizo de *poltergeist* para cubrir su retirada.

Morgan lo miró con asombró.

—¡Por todos los santos! —exclamó, y se dio una palmada en la parte posterior de la cabeza—. ¡He ahí algo que no se me había ocurrido! Lo de los zapatos, quiero decir. Porque el resto...; bueno, preveía que iba a suceder.

—La teoría es falsa, por supuesto. Spinelli lo probó esta noche. El mismo Depping fue quien usó los zapatos para su disfraz; oí que Spinelli lo declaraba. Después los ocultó arriba, en alguna parte, porque no podía quemarlos y todavía estarán en la casa. Pero mi padre elaboró una teoría bastante plausible, al probar que usted no podía saber que el vicario pernoctaba, en casa y demás: Ahora no tiene importancia. Sabemos que usted no fue el *poltergeist*...

Morgan frunció el entrecejo.

—Es claro qué yo era el *poltergeist* —replicó—. Ahí está la cosa. ¿Acaso no encontraron el rastro que dejé adrede? Eso es lo que me preocupaba. Quería seguir la tradición, y además había bebido demasiado *cocktails*, de manera que dejé caer una pequeña libreta roja con mis iniciales. Después de todo, ¡al diablo! —dijo como argumento—, los sabuesos tienen que tener material para poder trabajar.

—Usted quiere decir que...

—Sí. Me causó bastantes malos ratos cuando lo recordé después. —Morgan, malhumorado, dio un puntapié al marco de la puerta—. Buen castigo por una chiquillada. Me dan ganas de darme de patadas cuando pienso en..., en esto. ¡No es tan divertido, ¿no?, cuando es de veras! Pero yo fui el *poltergeist* eso es cierto. Y es perfectamente cierto qué yo *ignoraba* que el vicario estuviese durmiendo en ese cuarto. Ni siquiera sabía que estaba en la casa.

Después de una pausa agregó con expresión de culpable:

—En realidad la demostración fue dedicada a su viejo... Las cosas pasaron así: yo tengo el hábito de caminar unos diez kilómetros todas las noches, bastante tarde (entre paréntesis, me pescó la tormenta de anoche y no tengo coartada); pero no importa. Bueno, yo sabía que el obispo estaba parando en La Granja: había dado en la costumbre de tomarme el pelo a propósito de mis novelas de policía. La noche del *poltergeist* yo volvía de mi paseo, cortando camino a través del parque, cuando vi una luz en el cuarto de roble. Pensé: «¡Vaya!, ¿qué pasa?», y empecé a atar cabos, porque la habitación está habitualmente desocupada y el obispo conocía la leyenda del duende. Pero, para estar seguro, me deslicé hasta la puerta de servicio y lo atrapé a Dibbs (el mayordomo). Le pregunté: «¿Dónde duerme su reverencia?». Dibbs me respondió: «En el cuarto de roble».

Con gesto apesadumbrado Morgan movió sus gafas de arriba abajo de la nariz.

—Bueno, ¿qué se me ocurrió, naturalmente? No podía adivinar que era el pobre Primley. Le hice jurar a Dibbs que me guardaría el secreto dándole un lindo billete flamante... y apuesto que todavía no me ha delatado. ¡Ja, ja! Cuando más lo pensaba, mejor me parecía. Fui a casa, tomé unas copas con Magdalena y la idea me iba pareciendo cada vez mejor. Y usted ya sabe lo demás.

Morgan dio unos pasos y se sentó sobre los escalones.

—Vi a Spinelli esa noche —dijo bruscamente— bajando por la colina hacia la Casa de Huéspedes, como afirmó el obispo, pero no podía contarle eso al coronel, ¿verdad? Y nadie dio fe a las palabras de su padre..., y después, sucedió esto...

El escritor apuntó al césped con el índice.

La luna estaba ya muy baja; era apenas un resplandor mortecino entre los árboles, hacia el oeste. Hugo sentía una inquietud creciente: a estas horas, ya debería haber llegado gente de La Granja.

—Es asombroso —dijo— que todo el vecindario no se haya despertado con el tiroteo. ¿Por qué no ha venido nadie...? ¿Por qué tenemos que quedarnos aquí como un par de guardianes de cadáveres?

—¡Magdalena! —exclamó Morgan, irguiéndose de golpe—. ¡Dios mío! Debe haber oído todo tan claro como nosotros. Se estará imaginando que yo... —Se puso de pie de un salto—. Estaré de vuelta en cinco minutos. ¿No le importa?

Hugo asintió. Pero deseaba con fervor, que media docena de personas (y de personas conservadoras); llegaran, al calvero con luces, y que se pusieran a retirar los trofeos del asesino. Lo que debía hacer, pensó, era entrar en la casa y encender todas las lámparas. Además afuera hacía un frío del diablo; se podía ver su propio aliento. Pero era dudoso que le sirviera para algo, aunque toda la casa brillara como la entrada de un cinematógrafo...

Titubeó antes de entrar al vestíbulo. El lugar parecía más deprimente aún que la tarde anterior, con su estera amarilla, sus cortinajes negros, los oscuros muebles que olían a barniz viejo y el tubo acústico de la pared.

Hugo se preguntó con desazón si habrían retirado el cuerpo del piso de arriba. Suponía que sí; habían hablado de ello esa misma tarde, pero era desagradable pensar que el viejo podía estar todavía, con su sonrisa petrificada, recostado sobre el escritorio. Mecánicamente, el joven hizo lo que Murch y Morgan habían hecho al entrar, poco tiempo antes, en la casa: se dirigió a la puerta de la derecha y echó una ojeada a la habitación donde se había escondido el tirador desconocido.

Allí no había luz eléctrica. Hugo no trató de encender el gas, se limitó a hacer funcionar su encendedor y miró, pero tampoco vio nada. Era un cuarto lúgubre y desamueblado, que en algún tiempo debió ser una sala y olía a papel húmedo, pero que habían mantenido limpio y barrido. El piso, lustrado en los bordes y con la madera natural, donde debió haber una alfombra, no mostraba vestigios de pisadas. Tampoco se veían rastros de que el asesino hubiese sido herido por los disparos de Murch, aunque la chimenea estaba destrozada por las balas y el espejo hecho trizas. Cerca de la ventana sólo había un vago olor a pólvora y astillas de vidrio.

Su pie hizo restallar un tablón flojo del piso. En el acto de apagar de un soplo la llama del encendedor Hugo se volvió bruscamente: alguien se movía, por la casa.

Era imposible discernir la dirección de los ruidos. En apariencia venían del piso alto. Sería tal vez... Le chocó lo inapropiado de los términos. Lo que había pensado era: «Sería molesto que el viejo Depping bajara ahora por la escalera». El vestíbulo iluminado estaba lleno de crujidos. Se le ocurrió otra explicación: no existía prueba alguna de que el asesino hubiera abandonado la casa; no habían visto a nadie; sólo habían oído un portazo, nada más. Y si el tirador aún estaba allí, le quedaban de reserva una o dos balas...

—Buenos días —dijo alguien desde el fondo del vestíbulo—. ¿Qué tal le parece su trabajo?

Hugo reconoció la voz y el paso pesado que la siguió, a tiempo para tranquilizarse: era la voz del doctor Fell. Pero había una diferencia: su tono agresivo había desaparecido y sonaba como apagada, llena de una amargura que poca gente le había conocido. Apoyado en su bastón y jadeando como quien ha caminado mucho,

el doctor Fell apareció al pie de la escalera. No llevaba sombrero y se abrigaba los hombros con una gruesa manta escocesa. Su rostro rubicundo había perdido el color; su gran mata de cabello grisáceo estaba revuelta; los pequeños ojos, el caído bigote, las formidables papadas, todo llevaba impreso una especie de sardónico cansancio.

—Ya sé —gruñó, y volvió a, resoplar—. Usted quiere saber qué estoy haciendo aquí. Bien, se lo voy a decir: me estoy maldiciendo.

Hizo una pausa. Sus ojos erraron por la oscura escalera y luego volvieron, a posarse en Donovan.

—¿Tal vez...? Sí, con toda seguridad; si me hubieran informado de aquel pasaje que da al cuarto de roble... No importa: fue culpa mía. Debí haber investigado en persona. ¡Yo permití que esto sucediera! —exclamó con rabia, y golpeó el piso con la contera de su bastón—. Yo lo alenté, lo alenté; pero nunca quise que sucediera. Mi intención era armar la trampa, y luego atajarla... —Su voz bajó de tono—. Éste será mi último caso. Nunca más me haré el maldito imbécil sabelotodo.

—¿No le parece —preguntó Hugo— que Spinelli recibió más o menos su merecido?

—Estaba pensando —continuó con entonación extraña el doctor— en la justicia, o más bien, en lo que constituye la justicia, y en otros temas tan abiertos a discusión como el número de ángeles que pueden bailar en la cabeza de un alfiler. Y no podía ver con claridad cuál era mi deber. Este nuevo asunto —el doctor señaló la puerta con el bastón— casi me ha decidido. Pero ojalá no hubiera pasado. Yo traté de impedirlo. ¿Sabe usted lo que he estado haciendo? He estado sentado en una silla en el vestíbulo del piso superior, en La Granja, después que todos los demás se fueron a la cama. He estado sentado allí, vigilando el corredor que da a una fila de dormitorios, entre los cuales yo sabía que estaba el de Alguien. Estaba convencido de que Alguien aparecería por el corredor, mientras todos dormían, que bajaría por la escalera y saldría a entrevistarse con Spinelli. Si yo conseguía ver a esta persona podía tener la seguridad de haber acertado. Habría interceptado a este alguien, y entonces... ¿quién sabe?

Fell apoyó su enorme peso sobre el poste de la escalera, parpadeando por encima de sus lentes.

—Pero yo, en mi bella imaginación vanidosa, no había previsto la existencia del pasaje secreto que parte del cuarto de roble y termina afuera. Alguien salió, en efecto... pero no pasó por delante de mí. Fue muy, pero muy fácil: salir de un cuarto; entrar en otro, bajar por la escalera. Y yo, sin sospechar nada hasta que oí el tiroteo de aquí...

—¿Y qué hizo, señor?

—La habitación de Alguien estaba vacía, y del otro lado del corredor la puerta del cuarto de roble estaba entreabierta. Una, vela había sido dejada indiscretamente encendida, sobre la repisa de la chimenea...

—Mi padre la dejó allí —explicó Hugo— cuando anduvo explorando...

—Estaba encendida para iluminar el regreso de Alguien —dijo Fell—. Cuando vi ese panel abierto...

En el modo del doctor había algo extraño y deliberado: hablaba como cuando una larga explicación a alguna persona invisible, empleando a Hugo sólo como auditorio.

—¿Por que me cuenta todo esto? —preguntó el último.

—Porque el asesino no volvió —replicó el doctor Fell había levantado la voz y ésta resonaba en el angosto vestíbulo—. Porque esperé, de pie junto a la entrada del pasaje secreto, hasta que Murch vino con las noticias. El asesino no podía volver: había quedado fuera de la casa, con todas las ventanas del piso bajo atrancadas a cerrojos y todas las puertas cerradas con llave; se quedó afuera de la misma manera que Depping se quedó afuera de esta casa hace veinticuatro horas.

—Entonces...

—Ahora toda La Granja está en pié. Sólo es cuestión de minutos descubrirán que una habitación está vacía. Murch ya lo sabe y... algunos otros también. Un grupo de personas ha salido con linternas a explorar y están rastreando el parque. El asesino está oculto en alguna parte del parque, o bien —la voz de Fell se elevó, amenazadora—, o bien está aquí.

El doctor retiró su mano del poste de la escalera y se irguió.

—¿Vamos arriba? —preguntó, bruscamente. Después de una pausa Hugo dijo con calma:

—¡Cómo no, señor! Pero supongo que Murch le habrá contado que el sujeto es un excelente tirador y que todavía está armado...

—Me lo dijo, y por eso, si alguna persona está aquí y puede oírme, yo le diría: «Por el amor de Dios, no cometa la locura de disparar tiros cuando esté acorralada, o acabará en la horca. Hasta ahora puede tener alguna excusa, pero no la tendrá si tira contra la policía».

El doctor Fell ya estaba trepando la escalera: se movía lenta pero regularmente, golpeando a cada paso los escalones con su bastón: *pom... rap, pom... rap*, y su sombra amplificaba lo iba precediendo sobre la pared.

—No tengo la intención de buscar a esta persona —dijo por sobre el hombro—. Usted y yo, amiguito, iremos al despacho y nos sentaremos allí. Ahora voy a encender las luces aquí, en este vestíbulo de arriba.

Silencio. Hugo sintió que el corazón se le subía a la garganta cuando oyó el «¡clic!» del interruptor; el vestíbulo desnudo y frío estaba desierto. Sin embargo creyó oír el crujido de una tabla del piso y el ruido de una puerta al cerrarse.

Tap-tap, tap-tap... El bastón del doctor Fell avanzaba por el entablado desprovisto de alfombras. Sus botines chillaban ruidosamente.

En su desconcierto Hugo trató de pensar en algo que le diera ánimo. El doctor hablaba con tranquila firmeza: estaba procurando sacar la luz al asesino, delicadamente, con guantes, como quien maneja un nido de avispas. Y la casa de nuevo estaba alerta. Si el asesino permanecía allí, debía estar oyendo con

desesperación cómo se le iba quitando una a una toda oportunidad de escape, y cada golpe de bastón debía resonar en sus oídos como martillazo estridente que remachara sus esposas...

Hugo esperaba un balazo; no podía creer que el tirador se entregase sin lucha. Sin embargo, comprendiendo el juego del doctor, continuó la conversación:

—Supongo que usted puede demostrar su teoría... —dijo—. ¿Le serviría de algo al asesino negar su culpabilidad?

—No le serviría de nada.

El doctor se asomó a la puerta del despacho; quedó allí un momento, tratando de ver en la oscuridad, claramente delineado contra la luz, para cualquiera que estuviese dentro. Luego hizo funcionar el interruptor. El despacho estaba tan ordenado como antes y el cuerpo de Depping había sido removido. La fuerte luz de la lámpara que colgaba sobre el escritorio dejaba en sombras la mayor parte del aposento, pero pudieron ver que los sillones estaban en el mismo sitio y que la bandeja de comida cubierta con su blanco mantel descansaba sobre la mesa del costado, así como el florero de rosas marchitas.

El doctor Fell miró en torno. La puerta del balcón con su panel de vidrios rojos y blancos estaba cerrada.

Por un momento el doctor permaneció inmóvil, como reflexionando, y luego se adelantó hacia una ventana.

—Ya están aquí Murch y sus compañeros de exploración —dijo—. ¿Ve las luces, allí entre los árboles? Parece que alguien lleva un poderoso faro de motocicleta. Sí, ya han registrado aquella sección del parque y el asesino no está allí. Ahora vienen hacia aquí...

Hugo no pudo contenerse; se volvió y su voz fue casi un alarido:

—¡Por Dios santo, tiene que decírmelo! ¿Quién es? ¿Quién...?

Un rayo de luz blanca pasó iluminando las ventanas y simultáneamente alguien gritó algo desde abajo. El murmullo de voces se convirtió en clamor, se oyó el correr de pies por la maleza y nuevos rayos de luz apuntaron al balcón.

El doctor Fell se adelantó y tocó el vidrio de la puerta con su bastón.

—Será mejor que entre, ¿eh? —dijo suavemente—. Todo ha terminado. Ya lo han visto.

La perilla de la puerta empezó a girar y luego vaciló. Se oyó un golpe contra el panel, al tiempo que el cañón de una pistola les apuntaba a través del vidrio, pero el doctor Fell no se movió. Permaneció parpadeando afablemente en dirección a la silueta que se distinguía del otro lado de la puerta, merced al resplandor creciente de las linternas...

—Si yo fuera usted, no lo haría —aconsejó—. Después de todo, ¿sabe?, hay una probabilidad en su favor. Desde el caso de Edith Thompson existe el convenio tácito de no ahorcar mujeres.

El cañón de acero resbaló hacia abajo, raspando los vidrios, como si la mano que

lo sostenía se hubiese aflojado. Una especie de estremecimiento sacudió a la persona del balcón. La puerta se movió un poco y luego se abrió de golpe.

Estaba tan pálida, tan pálida, que hasta sus labios parecían azules. Esos grandes ojos, claros que poco antes brillaron de audacia, ahora estaban empañados por la desesperación; la barbilla temblaba y el hermoso rostro, de pronto envejecido, sólo expresaba cansancio y hastío.

—Muy bien. Usted, ha ganado —dijo Betty Depping.

La pistola máuser se deslizó de la mano protegida por un siniestro guante de goma amarilla y cayó al suelo. El doctor Fell recibió en sus brazos a la joven en el momento en que ésta se desplomaba sin sentido, como muerta.

CAPÍTULO XIX

Es de temer que esta historia ya haya sido constada demasiadas veces. Betty Depping (que ni se llamaba Betty Depping ni tenía parentesco alguno con el hombre a quien asesinó) la relató ella misma antes de tomar veneno en la cárcel Horfield de Bristol. Por esta razón el doctor Fell insiste hasta el día de hoy en afirmar que el caso no fue uno de sus éxitos.

—Ésa era la clave de todo el asunto —solía repetir—, la joven no era su hija: había sido su amante durante dos años, en la época en que Depping vivía en Estados Unidos. Y ésa era la explicación que yo sólo empecé a vislumbrar al final. Con los datos que teníamos a mano era fácil deducir que la asesina era ella: desde el principio fue bastante evidente. Pero se me escapaba la razón del crimen, el motivo que la impulsaba...

»Ahora poseemos la respuesta, que parece radicar tanto en el carácter de Depping como en el de la joven. Debemos recordar que ella fue la única mujer que supo mantener el interés de Depping. Cuando éste se hartó de ganar dinero sucio en los Estados Unidos y se decidió a poner fin a sus criminales fechorías para crearse otra personalidad en Inglaterra (en este momento no establezco paralelos con nadie), se la llevó consigo. De paso, ella era “la amiga de alta categoría con modales de la Avenida del Parque”; de que nos habló Spinelli.

»Creo que podemos leer entre las líneas de su confesión. Ella sostiene que, originalmente, Depping tenía la intención de presentarla como su mujer, al asumir su nuevo carácter, pero que la casualidad dispuso de otro modo. Dice que Depping, en su afán por conseguir una imponente respetabilidad, se sobrepasó. Cuando estaba, terminando las negociaciones para entrar en la firma editora (sin haber comunicado a nadie sus arreglos domésticos) fue casualmente sorprendido por J. R. Burke mientras estaba con la joven en un hotel de Londres. Ustedes recordarán que ella nos refirió un incidente semejante, pero pretendiendo que en realidad era su hija. Depping, confuso al ser descubierto en compañía de una hermosa joven sin anillo de matrimonio, representó mal su papel imaginando que ello malograría su oportunidad de adquirir respetabilidad social, y en un momento decisivo. De manera que sólo atinó a decir que era hija y luego se vio obligado a continuar la farsa. Por eso, y para evitar escándalo, la joven debió residir en el extranjero. De haber vivido en la misma casa, Depping, en un descuido, podría mostrarse demasiado cariñoso y ser visto por terceros (los criados, por ejemplo). El escándalo originado al descuidarse, que un supuesto “padre” hacía el amor a su hija sería tan enorme que, en comparación, el otro asunto parecía inocuo.

»Ésta, como digo, es la versión de ella. Se puede aceptar si se quiere; pero para mí, Depping era un tramoyista demasiado sagaz y precavido para verse obligado, a raíz de un encuentro fortuito, a adoptar un ardid tan torpe. Yo creo que él realizó la maniobra para librarse de la joven (excepto en aquellas ocasiones en que, olvidándose

de su papel de caballero de campo, le hacía visitas amorosas, a intervalos poco frecuentes). De ahí el departamento en París, la supuesta “dama de compañía” (que nunca existió) y todos los embustes inventados sobre su vida pasada. Depping, fíjense ustedes, creía realmente que podría a su antojo fabricarse una nueva personalidad. No veía la necesidad de apartar a la joven por completo. El arreglo, pensó él, era ideal: tenía verdadera afición por el estudio y por sus nuevas ocupaciones, y colocándola en tal posición, ninguna amante podría tener con él exigencias molestas. La veía cuando quería, y fuera de eso, la mantenía a conveniente distancia. Esta manera de proceder nos revela mucho del carácter de Depping.

»Pero como era de suponer, el hombre se cansó pronto de semejante situación. Sospecho que en esto influyó no poco el hecho de que sus relaciones le habían vuelto la vida bastante difícil. No le tenían simpatía, no lo “admitían” y no le daban esa sensación de poder a que estaba acostumbrado; le demostraban claramente que sólo lo soportaban por su utilidad en los negocios. De ahí sus estallidos y sus ataques de borrachera.

»Por último resolvió abandonarlo todo y marcharse, para iniciar nueva vida entre gente nueva. Mantendría aún cierta “respetabilidad” y llevaría consigo a la joven, ya fuera como mujer o como amante. Y, a esta altura, dos complicaciones aparecieron, crecieron y por fin desbarataron todo: Spinelli se presentó y la joven se enamoró (de veras, según ella) de Morley Standish.

»Les recomiendo que lean la confesión. Es un documento curioso: una combinación de sinceridad, cinismo, ingenuidad de colegiala, madura discreción, mentiras y sorprendentes arranques de retórica barata. Saquen la conclusión que puedan. Ella se firma “Patsy Mulholland”. Durante el transcurso de su asociación con Depping parece haber sentido por él un odio considerable, un poco de amor, un poco de desprecio y mucha admiración, todo a la vez. La joven poseía una suerte de instintiva elegancia y distinción de porte; poca educación, pero talento para disimularlo y un buen gusto que Depping nunca tuvo...

»Inevitablemente él debió traerla a intervalos a Inglaterra. En La Granja la joven cayó en gracia y Morley Standish se enamoró de ella: ella también se enamoró de él, según dice. Recuerdo un párrafo de su declaración: “Para mí era un descanso; Morley era el tipo de persona que yo deseaba. Uno odia (¡textualmente!), uno odia vivir con una mezcla de témpano y tigre”. Cuando pienso en esa joven, serena hasta el fin, sentada delante de los jueces y hablando en esa forma...

»Sea cual fuere la verdad del asunto, la oportunidad para ella era deslumbrante. Pero había que maniobrar, con habilidad: con Depping tenía que burlarse de la pasión de Morley, y Depping hasta simularía estar de acuerdo y aun la estimularía, porque, según él cree, esto le proporcionará la venganza que desea contra la gente que lo ha despreciado.

»En esa época Depping estaba ultimando sus preparativos, para irse con la joven y ella le demostraba estar de acuerdo. “¡Anímallo!”, decía Depping. “Dale palabra de

casamiento: haz alarde de ello en tus cartas”. Estaba encantado y triunfante. Más tarde, cuando se publicara la noticia del compromiso, él en persona declararía la verdadera situación, les haría, una reverencia irónica y se escaparía con la novia. Si alguno de ustedes puede imaginar un modo mejor de convertir en hazmerreír a la gente que odia, me interesaría saberlo.

»En realidad era demasiado perfecto. Betty (llamémosla así) no tenía la menor intención de que la farsa se consumara. Su objetivo era muy claro: quería convertirse en la señora de Morley Standish, y el único modo de convertirse en la señora de Morley Standish y enterrar definitivamente el pasado, era matar a Depping.

»No fue solamente un caso de fría premeditación, aunque esto fue el principio. La joven parece haberse autosugestionado, haberse convencido de que había sido tratada cruel e injustamente, y tanto caviló sobre sus infortunios que acabó por creerlo. En su confesión figura un estallido histérico en contra de Depping, antes de la declaración donde se jacta de la destreza con que planeó el asesinato.

»Spinelli ya había aparecido y Spinelli representaba una amenaza para ambos. Yo dudo que el norteamericano estuviese enterado, cuando tropezó accidentalmente con Depping en Inglaterra, de que la antigua amante todavía estuviese asociada con él en calidad de hija, Pero Depping resolvió que Spinelli debía desaparecer. En primer lugar podía frustrar su última “broma” (el prometer a su supuesta hija a Morley Standish) antes de que Depping estuviera pronto a ponerla en práctica; pero sobre todo porque Spinelli ahora le haría tal chantaje que se volvería una sanguijuela y no se despegaría de él fuese donde fuese y en cualquier disfraz que adoptara. En resumen, Spinelli constituía no tanto una amenaza como una molestia, y Depping tenía métodos drásticos para terminar con las molestias.

»Betty Depping fomentó el plan, y entretanto elaboró el suyo propio. Spinelli podía convertirse en un mortal peligro para ella. La joven mantuvo correspondencia con Depping sobre los medios para sacar a Spinelli del camino: cartas monstruosamente indiscretas. Depping destruyó muy sabiamente todas las que ella le envió, pero en el departamento de París se encontró un paquete de cartas escritas por él. Una de ellas, fechada dos días antes del asesinato, informa a la joven que él ha procurado “lo necesario” y que “ha concertado un encuentro con S., en un lugar convenientemente solitario, para la noche del viernes”.

»Yo opino que ella desconocía los detalles. Lo interesante es que a ésta altura la joven se había dejado llevar de su imaginación hasta sentirse poseída de una ira amarga, y violenta, embarcada en una especie de virtuosa cruzada contra Depping, todo ello mezclado con cierta teatralidad de Opereta. “Yo sentía —dice (y parece casi que lo creía)—, que iba a librar al mundo de un monstruo”. ¿Ha hablado alguien así alguna vez, en realidad? ¡Oh, sí!: hablar, pero sus actos muestran la falsedad intrínseca de sus emociones. No deseo cometer una injusticia contra la mujer y estoy completamente de acuerdo en que el mundo estaba mejor sin Depping; sólo quiero señalar que ella exageró un poco sus sentimientos cuando pintó ese naipe con el ocho

de espadas.

Esto es lo que el doctor Fell dirá antes que se le pida que explique sus métodos para descubrir al culpable.

Durante los meses siguientes Hugo Donovan oyó muchas veces los detalles. Ha sido siempre un tema favorito en La Granja, donde Hugo ha hecho frecuentes visitas, con ocasión de pedir la mano de Patricia y de ser aceptado. También ha aprendido a emplear cierta frase vigorosa como respuesta a un comentario de su futura suegra. Mientras escucha un programa de radio y asegura al coronel que, como jefe de una gran firma editora, su cabeza está en condiciones deplorables que exigen mejora, Maw Standish sostiene que ella advirtió desde el principio la perfidia de Betty Depping y también que el viaje alrededor del mundo le está haciendo mucho bien a Morley. Estos finales son la cosa más vulgar y más verosímil, como se percibirá, y constituyen la adecuada conclusión de una historia verosímil.

Pero en materia de explicaciones lo que mejor recuerda Hugo es una conversación sostenida en la oficina de J. R. Burke una tarde húmeda y oscura de octubre de ese mismo año, cuando varios de los que intervinieron en el asunto se hallaban sentados alrededor del fuego, escuchando al doctor Fell.

El doctor fumaba uno de los cigarros de J. R. Burke, que los tenía más como elemento decorativo que para consumo, y estaba arrellanado amigablemente en un sillón de cuero. Afuera, la lluvia caía acompasadamente en la calle Paternóster y golpeaba el laberinto de turbias ventanas que se amontonaban a la sombra de la cúpula de San Pablo. El fuego ardía alegremente, los cigarros eran excelentes, y J. R. Burke, después de cerrar con llave la puerta de la biblioteca en que se encontraban, para prevenir visitas intempestivas de su secretario, había ofrecido *whisky*. Enrique Morgan estaba presente, pues había venido a Londres para entregar el manuscrito terminado de su nuevo libro *Aconitina* en el Ministerio de Marina. Hugo también había concurrido, pero faltaba: el obispo. El doctor Fell había estado conversando, como más arriba se ha dicho, cuando J. R. Burke le interrumpió.

—Vaya al grano —gruñó—. Díganos por qué pensó que la joven era culpable. No queremos oír estas descripciones de carácter y menos en una novela de policía; el público sólo echará una ojeada a este capítulo para asegurarse de que no lo han defraudado ocultándole datos esenciales. Si tuvo razones, oigámoslas, y si no...

—Exactamente —asintió Morgan—. Después de todo, esto es únicamente una historia de crímenes. Sólo trata de las insignificantes emociones que provoca un asesinato.

—Cállese la boca —dijo severamente J. R. Burke.

El doctor miró, parpadeando, a su cigarro.

—Sin embargo, tiene razón; no sería lo que pasa habitualmente. No pasa habitualmente, por ejemplo, que un novelista moderno dedique a los motivos de un asesinato el mismo análisis profundo y detallado que dedica a la infancia del pequeño Alberto entre las flores, o a los siniestros motivos freudianos que oculta su deseo de

besar a la criada. ¡Hum! Cuando una inhibición ataca a un hombre es una hermosa novela. Cuando un hombre se rebela y ataca a la inhibición es sólo una historia de crímenes.

—Los rusos... —dijo J. R. Burke.

—¡Lo sabía! —interrumpió en son de queja el doctor Fell—. Ya me lo temía. Me niego a discutir a los rusos. Después de largas y maduras reflexiones he llegado a la conclusión de que la única respuesta correcta a la persona que empieza a declamar rapsodias a propósito de los rusos, es un rápido puñetazo a la mandíbula. Por lo demás, me es absolutamente imposible interesarme apasionadamente por las congojas e infortunios de ningún personaje cuyo nombre termine en «ski» o «vitch». Tal vez esto sea aislacionismo. Tal vez sea que, al leerlos, tengo la sensación inquietante de que no son seres humanos. ¡Ah! —exclamó pensativamente el doctor—. ¡Si alguno de ellos, por lo menos, dijese un mal chiste!... Si, aunque fuera por una vez, Popoff le preguntase a Barbavitch: «¿Quién era esa dama con quien te vi anoche?», y Barbavitch le respondiera: «¡No era “Una dama”, era mi esposa!»». Traten de imaginar una conversación en el otro mundo, entre Mark Twain o Anatole France y cualquiera de los mejores escritores rusos, y se formarán una idea aproximada de lo que les quiero explicar.

J. R. Burke dio un bufido.

—No sabe de lo que está hablando y, además, volvamos al grano. Éste es el último capítulo y queremos terminar.

Fell reflexionó por un momento.

—Lo más extraordinario en el asesinato de Depping —dijo, después de refrescarse la garganta con *whisky*— es que la cosa se explicaba sola, si uno se tomaba la molestia de averiguar lo que significaban los hechos.

»Yo tuve fuertes sospechas sobre la identidad de la culpable, mucho antes de haberme encontrado con ella. Lo primero que quedaba establecido sin discusión era que el asesino, con toda seguridad, no era alguien de la pequeña comunidad que vivía dentro o alrededor de La Granja, y que era no solamente una persona de afuera, sino que era una persona que había conocido a Depping en el pasado (pasado que ignorábamos en ese momento).

—¿Por qué?

—Comencemos por la agresión de Depping contra Spinelli. Habíamos decidido, en nuestras anteriores deducciones, que quien salió de la casa era Depping disfrazado y que había regresado por la puerta del frente. El problema era éste: ¿trabajaba Depping con un cómplice, a quien había dejado instalado en el despacho para probar la coartada? O bien, ¿era X alguien que había llegado a esa habitación con intención de matar y que colaboró con Depping en su engaño sólo cuando vio en ello la oportunidad de probar su propia coartada? En cualquiera de los dos casos, ¿existía alguna indicación de la identidad de X?

»Muy bien. En ese momento todos los datos pesaban en contra de la posibilidad

de que Depping tuviera un cómplice. Para empezar, ¿por qué había de necesitar un cómplice? Para probar una coartada, es un pobrísimo expediente, ¿comprende usted?, dejar en una habitación una persona que no puede mostrarse, que no puede actuar como si fuera usted, que no puede, pues, dar la impresión de que usted está realmente en este lugar. Si Depping verdaderamente hubiese querido atestiguar su presencia en ese cuarto, habría puesto un cómplice que evidenciara que él estaba allí..., como, por ejemplo, que escribiera a máquina o que se paseara por la habitación, o hiciera cualquier ruido notable. Pero eso no sucedió. ¿Y para qué sirve una coartada que no prueba nada y que, en cambio, le pone a usted a merced del cómplice? ¿Por qué compartir un secreto que de ningún modo es necesario compartir?

»Lo que nos lleva a la segunda y más poderosa objeción: Depping estaba representando un papel ante aquella sociedad, y lo último en el mundo que se le ocurriría sería revelar su verdadera personalidad, decir lo que realmente era...».

—¡Un momento! —interrumpió J. R. Burke—. Yo mismo hice esa objeción. Depping no podía participar a nadie lo que había sido o que tenía la intención de salir para matar a Spinelli: no conocía bien o no se fiaba bastante de nadie para ello. Pero alguien —Burke miró por encima de sus lentes a Morgan— inventó una larga historia sobre una «víctima inocente» a quien Depping persuadió a quedarse allí con el pretexto de que se trataba de gastar una broma a alguien. Y que después el cómplice no pudo revelar el plan sin comprometerse a sí mismo.

El doctor Fell lanzó una ojeada a Morgan y sonrió.

—Reflexionen un poco —dijo—. ¿Puede cualquiera de ustedes concebir que alguien creyese una fábula como ésa, viniendo de Depping? ¿Cree usted, Morgan, que alguno de los vecinos podría imaginárselo a Depping haciendo el papel de bromista gracioso y delicado? Si se hubiera presentado a usted con una propuesta semejante, ¿le hubiese creído o ayudado? Lo dudo. Pero la verdadera objeción reside en el ocho de espadas. Si creen en la existencia de un cómplice inocente, ¿cómo explican ese símbolo, esa marca de fábrica del asesino? ¿Cómo llegó allí? Y para empezar, ¿por qué lo llevó a ese lugar el cómplice inocente?

»Más adelante estudiaremos el punto de ese naipe: por el momento dejamos sentado, en teoría, que Depping no tenía cómplice, a) porque no lo necesitaba, y b) porque no se hubiera atrevido a revelar su auténtica personalidad: tesis que puedo probar en otra forma. Como testimonio a mi favor, tenemos su declaración, Burke...

—La hice con desagrado —replicó el otro—. Pensé que le iba a dar ideas.

Burke dio un bufido.

—Cuando usted visitó a Depping, éste se sobresaltó al oír que golpeaban a la puerta, aun sin ver que era usted. Ésa no es la conducta de un hombre que espera a su cómplice. Además, primero sacó la llave del bolsillo para abrir la puerta y, más tarde, usted vio a través del vidrio que la volvía a guardar en el bolsillo luego de cerrar la puerta detrás de usted.

»En resumen, iba a salir solo y había dispuesto cerrar la puerta y llevarse la llave

cuando se fue a matar a Spinelli.

El doctor Fell golpeó con el índice el brazo de su sillón.

—Al tratar de identificar al asesino de Depping (esa persona que penetró a la casa sin ser vista y que lo esperaba a su regreso) se nos presentan varios hechos sugestivos. Uno de ellos es tan obvio que resulta cómico.

—¿Cuál?

—El asesino *se comió la cena de Depping* —respondió Fell.

Sé hizo un silencio que duró varios segundos y luego el doctor movió la cabeza...

—Piensen, por favor, en la monstruosa; solemne y deslumbrante revelación que nos proporciona ese hecho. Estúdienlo desde todos los ángulos y traten de convencerme de que el asesino fue alguien *de ese vecindario*. ¡Imaginen el fantástico cuadro del coronel Standish, de la señora de Standish, de Morley Standish; de Morgan, de usted mismo..., de quienquiera se le ocurra nombrar, saliendo a matar a Depping y, al no encontrarlo en su casa, entreteniéndose para pasar el rato, en engullir la comida del hombre que se dispone a asesinar! O, si prefieren, imaginen a cualquiera de esas personas haciendo una visita casual y corriente a Depping, ¡y comiéndose la cena que encuentra convenientemente preparada en una bandeja! No solamente es absurdo, sino que es inconcebible.

»Por eso dije que el caso se resolvía solo. No hay más que una explicación plausible. Cuando estaba reflexionando sobre la sorprendente conducta de X, pregunté: “¿Por qué se comió la cena de Depping?”, y Morley Standish respondió con aire de triunfo: “Porque tenía hambre”. Pero a nadie se le ocurrió que X tenía apetito porque *X había llegado de lejos y con mucha prisa*. Nadie pareció notar que la gente que cena normalmente en los alrededores de La Granja no acostumbra conducirse de este modo.

»El corolario de esta no muy complicada deducción es que X no solamente venía de lejos, sino que tenía tanta intimidad con Depping que (él o ella) podía sentarse, a la mesa y comer como lo hizo sin pensarlo dos veces. Es el tipo de cosa que se puede hacer con un pariente cercano, pero fuera de eso, con muy pocas personas. Sólo resta preguntarse: “¿Cuántas personas *tenían* bastante intimidad con Depping para entrar en este cuadro?”. Y además, hay que averiguar lo de la llave. ¿Cuántas personas podían tener una llave que correspondiera a la puerta del balcón? Todos sabemos, ¿no es así?, que Depping le echó llave cuando salió y que X debió entrar.

—Sí, pero Depping pudo haber entrado por la puerta principal... —comenzó a decir Morgan; pero advirtió la falla y se detuvo—. Ya veo; sería lo mismo; con cualquiera de las puertas. Es evidente que X no podía llamar para que le abriera el criado.

—Es claro que no, a causa, de lo que se proponía hacer —dijo Fell—, esto es, asesinarlo Depping. Ahora bien, a la combinación de estos dos factores, una persona que posee llaves de la casa y que, sin embargo, vive a gran distancia, se agrega otra circunstancia significativa... Después de su intento de matar a Spinelli, Depping

regresó y en ese momento descubrió que en alguna parte del camino había extraviado la llave de la puerta del balcón. Depping subió, miró por la ventana y vio a X instalado. ¿Acaso se habría revelado con tanta prontitud a alguno del vecindario, entrado en conversación con él y consentido en el plan de entrar por la puerta del frente, a menos que la otra persona fuese... quién? Y, en mi inocencia, la contestación que se me presentó, fue: una hija que, siendo su hija, no lo iba a traicionar. Yo ignoraba el hecho de que fuera su amante, pero el razonamiento se aplica, en los dos casos.

»Ahora llegamos a ese misterioso ocho de espadas. Lo más curioso del caso es que, no solamente nadie del vecindario sabía lo qué significaba, sino que nadie había oído que Depping se interesara en el ocultismo. Depping nunca lo mencionó, nunca echó las cartas en público, aun cuando sus estantes estaban llenos de libros sobre esos temas... Archivé la idea, aunque la cosa me daba que pensar, hasta que Spinelli, tan pronto como apareció en escena, *reconoció el naipe*. Con toda certeza, el asunto pertenecía al oscuro pasado de Depping. El asesino, por lo tanto, era alguien que había conocido a Depping en Estados Unidos, o por lo menos, que conocía algún secreto que los demás ignoraban.

»Traté de concertar este nuevo hecho con lo que sospechaba ya de la hija. Era, una corroboración, aunque nunca se me pasó por la cabeza desconfiar que la hija fuese otra cosa que lo que pretendía, *hasta* que Spinelli y Langdon entraron en escena.

»Advertí cómo eliminaban cuidadosamente de su conversación toda referencia a la hija. Lo que Langdon hizo fue aludir a “una mujer misteriosa” con quien iba a escaparse Depping. ¿Por qué lo hizo? Luego Spinelli cometió un error y dejó, escapar que conocía el monto de los bienes, de Depping. Sea cual fuere la deducción que se saque de ello, hay que admitir qué estos dos, entre ellos, sabían algo sobre la vida pasada de Depping y que pensaban sacar partido de ello.

»Yo comprendía el punto de vista de Spinelli, porque estaba convencido de que él sabía quién era el asesino, pero ¿qué cosa podían saber los dos que les reportara provecho? ¿Qué había descubierto Langdon? Y me entró la primera sospecha, aunque al principio no le di crédito. Esta hija que no vivía con su padre, a pesar de que (según Morley Standish) “siempre se preocupaba por ella y por lo que podía estar haciendo”; esta carta de “taroc” que Depping sólo empleó en Estados Unidos y cuya pintura a la acuarela sugería una mano femenina; esta extraña actitud del abogado...

»Porque, fíjense ustedes, si Betty Depping no era en realidad la hija, el saberlo constituía un arma excelente para Langdon. Me refiero al chantaje. “Vamos a medias con la fortuna, o usted se queda sin nada”. Como ven, todos los datos se ajustan perfectamente...

El doctor Fell hizo un ademán expresivo.

—Lo que sucedió fue simplemente esto: lo sabemos por la confesión de la joven. Ella vino desde París ese viernes por la noche, con la intención de asesinar a

Depping. Ignoraba dónde encontrarlo; sólo sabía que andaría sobre la pista de Spinelli y Betty deseaba que Depping le hiciera *ese trabajito* antes de dispararle un tiro. La joven llevaba preparada una pistola (la misma que más tarde usó contra Spinelli y Langdon).

»Betty subió al balcón y entró por la puerta. Depping ya se había marchado. Pero ella vio..., ¿me comprenden?

Morgan asintió con la cabeza, con aspecto abstraído.

—Los preparativos de Depping para su disfraz, su propia ropa y todos los rastros de la mascarada.

—Exactamente. Comprendió que Depping había salido disfrazado en busca de Spinelli. Todavía no se le había ocurrido la brillante idea; no podía saber que Depping había, perdido la llave. Pero sí se le ocurrió (declara, con cierta arrogancia) cuando oyó que Depping trataba de abrir la puerta, renegando porque no podía entrar. Todos saben lo que sucedió: la joven provocó un corto circuito con su guante de goma y se representó la comedia.

»Entretanto, Spinelli había seguido a Depping al volver éste del río. Desde la ventana vio y oyó todo. La mujer ayudó a Depping a vestirse con su ropa habitual y el escenario quedó listo. Ni siquiera debió emplear su propia pistola; sacó el revólver de Depping del cajón (sin usar los guantes por supuesto) se sentó en el brazo del sillón y disparó.

»Después limpió el arma, apagó las velas y se fue... para encontrarse con Spinelli, abajo, sobre el césped.

»Éste tomó sus precauciones. Primero le arrebató el bolso donde llevaba la otra pistola, se lo arrancó de las manos y descargó el arma, antes de hablar de negocios. La tenía acorralada. Ella no podía darle todo lo que pedía; protestaba que Depping no había sido tan rico como Spinelli creía.

»Pero si la dejaba libre, juró, arreglaría algo, y convino entrevistarse con él a la noche siguiente, en él mismo lugar.

»¡Ay de mí! La joven no volvió a París, por supuesto. Alcanzó el último ómnibus y se fue a Bristol, donde tenía una habitación en un hotel, bajo nombre supuesto. Luego tomó el tren de la mañana a Londres, llamó por teléfono a su departamento de París, habló con su criada (que desde el principio había sido bien enseñada) y supo que él telegrama donde se le comunicaba el fallecimiento de su padre ya había, llegado.

»Dejando pasar un tiempo razonable llamó a Langdon y le pidió que la acompañara a La Granja... Pero Langdon, como ustedes recuerdan, sabía que ella en realidad no era hija de Depping, y durante el viaje se lo participó. Depping había sido indiscreto y le había contado toda la historia.

»Langdon exigió la mitad de la herencia, y ella accedió. Mientras tanto, Langdon se preguntaba cómo podía relacionar ese asesinato; con la llamada telefónica que había recibido de Spinelli, informándole que él (Spinelli) estaba por ser arrestado,

acusado del crimen, y pidiendo consejo. Langdon llegó a la conclusión —exacta, por cierto— de que Spinelli conocía todos los hechos del asunto, es decir, que Betty no era hija de Depping, y así se lo insinuó a la joven.

»Y *ella* inventó un brillante plan para librarse de ambos: le dijo al abogado que no solamente Spinelli sabía, sino que además pedía su parte como precio de su silencio; le dijo que iba a encontrarse con el norteamericano esa noche, en la Casa de Huéspedes, y le propuso que fuera él también, para tratar de intimidar a Spinelli ejerciendo sobre él presión moral o legal.

»El proyecto casi fracasó porque, como saben, confrontamos a Spinelli con Langdon y ambos tuvieron oportunidad de conferenciar en privado. Pueden comprender ahora el horror y la nerviosidad de Langdon cuando yo anuncié que Spinelli estaba pronto a *hablar*. Creyó que yo quería decir hablar sobre la joven. Pero el proyecto resultó porque Langdon, al oír la declaración de Spinelli, empezó a sospechar que “Betty Depping” tenía razones más serias que el asunto de su identidad, para desear silencio.

»Nunca sabremos lo que pasó durante la entrevista de Spinelli con Langdon. Langdon advirtió que Spinelli sabía más de lo que decía, pero ocultó sus sospechas y decidió estar presente esa noche (sin que nadie lo viese u oyese) durante el encuentro de la joven con Spinelli.

El doctor Fell arrojó su cigarro al fuego, se recostó y escuchó el caer de la lluvia.

—Ambos estaban sentenciados —dijo—. Ya saben lo que ocurrió.

—Es oportuno ahora hacer observaciones morales —manifestó J. R. Burke, después de una pausa—. Alguien deberá hablar durante una página o dos sobre lo lamentable del caso y de cómo la joven pudo haberse salvado si no hubiera dejado un solo pequeño rastro condenador...

—Me temo que no cuela —dijo riéndose el doctor Fell— ese rastro pequeño pero revelador era nada menos que una abundante cena llena de calorías que humeaba delante de nuestras narices. Es lo mismo que decir que los anuncios de *Guinness* pegados en todas las cercas son un indicio que sugiere la teoría de que alguien trata de vender cerveza negra.

J. R. Burke frunció el entrecejo.

—De todas maneras —dijo— me alegro de que la única intriga criminal en que yo haya tenido algo que ver no estuviese plagada de cosas inverosímiles y situaciones absurdas, como, por ejemplo..., bueno..., como el libro de Morgan *Asesinato en el asiento del Gran Canciller o Aconitina en el Ministerio de Marina*. No hubo siniestros secretarios que soplaran dardos emponzoñados a través del agujero de la cerradura contra el primer almirante de la flota, o lujosos escondrijos secretos del genio del hampa, ocultos en el barrio de Lime house. Lo que yo entiendo por probabilidad...

Hugo se volvió con cierta sorpresa y notó que Morgan se atragantaba de rabia.

—¿Y usted cree de veras —interrogó el escritor— que *ésta* es una historia

verosímil?

—¿No lo es, acaso? —preguntó Hugo—. Es exactamente igual a esas novelas de Guillermo Block Tournedos. Como dice el señor Burke...

Morgan se dejó caer en su asiento.

—¡Oh, está bien! —dijo—. No importa, no importa, mi amigo. Tomemos un trago.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997). Fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Político norteamericano, candidato a la presidencia en 1896, 1090 y 1908 (N. del T.). <<